

A man with a muscular physique is shown from the waist up, wearing a white button-down shirt that is unbuttoned at the top, revealing his chest and abdominal muscles. He is also wearing blue denim jeans. His hands are tucked into his front pockets. The background is a soft-focus forest scene with trees and a path.

Serie Match Point 2

*Un acuerdo*  
**INCONVENIENTE**

Kristel Ralston

**Un acuerdo  
inconveniente**

*Segundo de la serie*

*Match Point*

**Kristel Ralston**

“Da el primer paso con fe. No necesitas ver todo el camino, solo da el primer paso”.

Dr. Martin Luther King, Jr.

Dedico esta novela a una mujer que ha tenido que pasar por pruebas difíciles, momentos agridulces, pero que jamás se ha dado por vencida. Una mujer capaz de seguir soñando con los finales felices, aun cuando era consciente de que quizá ella no lo pudiese tener. Con su entereza, perenne sonrisa y el anhelo de salir adelante es para mí un ejemplo de vida y superación.

Ana Munguia Robles, esta novela es tuya. Gracias por hacer de mi paso por México una de mis experiencias más bonitas y memorables. Fue un verdadero honor haberte conocido. Por lectoras como tú, merece la pena continuar en esta aventura de ser escritora.

Con todo mi cariño y admiración,

Kristel Ralston.

©Kristel Ralston 2016.  
Un acuerdo inconveniente.  
*2do de la serie Match Point.*  
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Esta es una obra literaria de ficción. Lugares, nombres, circunstancias, caracteres son producto de la imaginación del autor y el uso que se hace de ellos es ficticio; cualquier parecido con la realidad, establecimientos de negocios (comercios), situaciones o hechos son pura coincidencia.





# ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)





## PRÓLOGO

*Palermo, Sicilia, Italia.*

*Años atrás.*

A medida que el ataúd descendía a la tierra, una parte de su corazón se iba apagando. El accidente había cegado la vida de una mujer maravillosa y llena de vida. No había esperanza.

El corazón de Cesare le pesaba como un ancla echada en altamar. Sentía las manos manchadas de sangre. La había presionado demasiado, a pesar de que conocía la naturaleza tímida y cauta de Elizabetta. Ella había sido su puntal en cada torneo, una fuente de solaz ante las duras competencias mundiales al regresar a Italia. Su mejor amiga. Él, sin embargo, la había empujado hacia la muerte. No podía perdonárselo.

Los padres de Elizabetta parecían haber envejecido cincuenta años, en dos días. Cesare había intentado decirles que tenía la culpa, pero Gianette, la amable señora Vitale, le dijo que no debía culparse; que había sido un accidente. Thangus, el esposo de Gianette, le agradeció que al menos su hija estuviera acompañada durante sus últimos minutos de vida. Ambos ignoraban que el asesino de Elizabetta estaba entre ellos. Ignorantes de que no solo le habían permitido estar en el sepelio, sino que se habían abrazado a él, pidiéndole que les repitiera las últimas palabras, los últimos momentos de vida de su hija mayor.

—Eres un amigo incondicional de nuestra casa, Cesare —le había dicho Gianette cuando él visitó la mansión Vitale el día en que tuvo que contarles los detalles de la trágica noticia—. Esto es muy difícil, pero lo será aún más si insistes en culparte.

—Señora Vitale...—había pronunciado con la voz rota—, por favor, permítame al menos...

—Déjalo, hijo. No es necesario que te hagas cargo de nada. Sé que le prometiste a Elizabetta firmar los papeles para sacar adelante los viñedos. Nos las arreglaremos. Conseguiremos pagar la hipoteca y la aprobación del préstamo en el banco. No queremos molestarte de ninguna manera. Cuando estés de descanso de tus torneos de tenis, por favor, visítanos. Siempre serás bienvenido.

—Vamos, muchacho —había intervenido Thangus, conteniendo las lágrimas—, ya tenemos suficiente dolor como para añadir el tener que hacerte comprender que no fue tu responsabilidad la muerte de nuestra niña.

El desgarrador momento en el que cerraron la fosa con la última pala de tierra estuvo a punto de hundir a Cesare. Hubiera preferido estrellar su automóvil y morir en lugar de estar contemplando una escena que jamás habría imaginado. Se sentía impotente, pero sobre todo, culpable. Una culpa que se asemejaba al clamor de los moribundos en el campo de batalla, que anhelantes pedían al enemigo que terminase con sus vidas para poner fin al sufrimiento.

El frío viento siciliano golpeó contra el abrigo negro de Cesare impulsándolo a regresar al presente, a aquel duro momento, al camposanto. Él era la última persona frente a la tumba. Abstraído en su dolor apenas había notado cuando los demás amigos y familiares de Elizabetta abandonaron el cementerio.

El cielo estaba gris, lúgubre, tan parecido al invierno que él sentía recorriéndole la piel. Un invierno que estaba considerado por los meteorólogos como uno de los más intensos que se había vivido en Italia en los últimos diez años.

A pesar del gélido viento, la mente de Cesare estaba en otro sitio, en otra escena. Una escena en la que podía recordar con claridad los ojos color café y el cabello negro, suave; las facciones delicadas en la piel morena, pero sobre todo la risa... Luego, sangre y un grito estrangulado. Al final, el silencio lacerante.

Las hojas de los árboles crujieron alrededor al ser arrastradas por una ventisca. Un pequeño remolino. Cesare se arrodilló, posó la mano sobre la lápida recién colocada y acarició la inscripción con dedos temblorosos.

*Elizabetta Marie Vitale.*

*Amada hija y hermana. Inolvidable amiga.*

—Lo siento... Lo siento tanto... —murmuró. Se quedó un rato más, hasta que el cielo empezó a oscurecerse con una promesa de tormenta inminente.

La única forma de lograr resarcir su conciencia era ayudar a la familia Vitale. Cesare no podía permitir que perdiesen los viñedos, así que solo había una manera de poder impedirlo sin herir la orgullosa sangre italiana de Thangus y Gianette...





*Lago Tahoe, Nevada, Estados Unidos.*

La casa estaba ubicada en Kent Way, a una altura considerable para que la privacidad fuese absoluta. Con seis y media hectáreas de terreno y una vista panorámica del lago, la montaña y la ciudad, la propiedad era un enclave perfecto alejado del mundanal ruido. Cada rincón de los dos pisos de madera poseía ángulos modernos y ventanales impresionantes, una piscina cubierta en el área trasera, y un jacuzzi en la terraza con barbacoa.

En un principio, Virgil pensó en convertir la propiedad en un hotel, pero Rowena, su esposa, lo convenció para ponerla en alquiler con fines vacacionales. Así que allí estaba la hija de ambos, Kate Blansky, con un precioso vestido verde, unas *leggings* negras, botas de cuero a tono con el vestido y su cabello rubio descansando a la altura de sus hombros, mientras intentaba ganarse el prometido veinte por ciento del valor total del alquiler, si lograba cerrar ese contrato.

—¿Qué les parece si los llevo a la habitación principal? —le preguntó Kate a la pareja de recién casados que había acudido a ver la mansión esa tarde.

—Por supuesto —contestó la mujer de ojos celestes—. Nos recomendaron mucho este sitio. El aroma de la madera y el entorno de naturaleza y paz me encantan. Parece que estás cocinando algo, ¿cierto? —preguntó Tina, llevándose una mano al abdomen con una sonrisa. Su esposo, Rupert, la observó con adoración—. Lo siento, no fue... Estamos esperando nuestro primer hijo —confesó con emoción.

Kate sonrió.

—¡Enhorabuena! Hace seis meses que rentamos la casa a varias familias que quieren vacacionar. Ustedes son los primeros interesados que serán padres primerizos.

—Somos de planificar mucho y este silencio nos vendrá más que bien —intervino Rupert, palmeando la mano de su esposa.

—Estoy haciendo unos panecillos aprovechando la cocina profesional que tenemos. En el caso de que se animen a quedarse las dos semanas que me comentaron, yo vivo en la suite contigua a la casa principal. Así que cuando algo se les ofrezca siempre estoy a disposición —explicó Kate, y Tina asintió—. El sistema de calefacción está en óptimas condiciones. La propiedad ha sido readecuada con modernas cañerías, una revisión exhaustiva de los sistemas de ventilación y hemos instalado un sofisticado programa de seguridad digital.

Kate abrió de par en par las cortinas de la habitación principal que estaba en el segundo piso. Aquel era un truco que aplicaba con cada persona que rentaba la casa, pues la hora del ocaso enviaba los rayos de luz naranja y amarillo creando un espectro casi mágico sobre la cama doble *king-size* de sábanas blancas.

—¡Vaya! —exclamó Tina sin poder evitarlo.

—Estamos en oferta por inicio de temporada —continuó Kate—. Como habrán escuchado, la zona ofrece muchas opciones. Los turistas vienen a esquiar, hay competencias y muchos sitios donde disfrutar de un buen chocolate caliente. Y las noches, bueno, son maravillosas. El cielo estrellado en Tahoe es inigualable.

—Somos de Chicago, y estamos cansados de tanto edificio —comentó Rupert, mientras deambulaba sobre el suelo de parqué. Tina pasó con embeleso la mano sobre la piedra de la chimenea de la habitación. Abrió la puerta contigua y ahogó una exclamación. Estaba ante un cuarto de baño más que completo.

—¡Toda una sorpresa! —dijo el pelirrojo mirando a Kate—. Nos guardaste la joya de la casa para el final. —Kate sonrió sintiendo cómo el veinte por ciento que ganaría con ese alquiler iría directo a su cuenta bancaria. Ya se veía a sí misma comprándose una preciosa cámara profesional Nikon.

—El área de masajes funciona a la perfección —les explicó—. Y tenemos alianza con el SPA Opal, así que cada vez que nuestros inquilinos lo requieren, ellos envían a sus mejores profesionales para atenderlos sin costo alguno. —Ese era un farol, pero haría lo que fuera y hasta le pagaría al masajista del resort de Daisy Morgan, su amiga que vivía en Lago Tahoe, con tal de que ese matrimonio firmara el contrato de alquiler—. Desde la tina se puede observar el lago, no teman que los vean —sonrió—, ustedes pueden observar desde dentro, pero estamos a una buena altura, así que nadie podrá espíar ni aunque quisiera.

—¿Nos repites el costo por la estancia de dos semanas? —preguntó Tina.

Kate se lo dijo, y el matrimonio Thornton se miró, indeciso.

—Puedo dejarlos un rato hasta que lleguen a un acuerdo. Yo estaré en la planta baja sirviéndoles un poco de chocolate caliente. ¿Les apetece?

La expresión complacida de la mujer, la hizo sentir triunfante. ¡Ese contrato era suyo!

—Sí, gracias, Kate.

—Un placer.

Bajó las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja. El invierno era duro en Nevada, pero el Lago Tahoe era un sitio precioso por más de que el frío calara los huesos. Kate hubiera preferido quedarse en Orange County o quizá en Santa Mónica, pero su madre tenía razón: era tiempo de tomarse un respiro. No podía continuar aceptando trabajos que no la hacían feliz.

Sus empleos como dependienta de una hamburguesería, cuidadora de perros, niñera y su más reciente “profesión”: corredora de bienes raíces familiares, nada tenían que ver con la carrera que tanto amaba: el periodismo. La idea de trabajar para su padre continuaba siendo poco atractiva. No importaba si se trataba de *Numeral*, la revista de economía; *Contornos*, la revista de política; o *Fundraiser*, el ejemplar con reportajes sobre causas sociales para reflejar las penurias de los países en vías de desarrollo y los eventos que se llevaban a cabo en la alta sociedad y a nivel académico para mejorar las condiciones de vida en esos lugares; ella no se concebía a sí misma dentro de una redacción.

Kate necesitaba viajar el mundo, conocer gente extravagante, exótica y con historias fabulosas que contar para ponerlas en papel y atrapar a los lectores con su narrativa. Cielos, amaba escribir, pero amaba mucho más la idea de vincularse con las personas y entrevistarlas; lograr penetrar aquellos pensamientos que otros no lograban sacar a flote; darle un giro a las historias y convertir un cliché en algo nuevo. Innovar. Tal y como hacía con su guardarropa cada cierto tiempo.

A pesar de lo bien que se le daba hacer amigos, en su vida sentimental tenía problemas para estrechar vínculos con el sexo opuesto. Especialmente en relaciones que implicaran algo más que solo un beso o unas caricias sin importancia que no llegasen demasiado lejos como para hacerla sentir en peligro.

Jamás permitía que se acercaran tanto como para herirla. Su ingenuidad le había pasado una factura muy alta. Ocho años atrás, su vida se había convertido en un infierno. Solo gracias a la confabulación del universo seguía viva. Y eso no debía olvidarlo jamás.

—¿Kate?

Ella se giró con la bandejita de panecillos, mientras observaba los rostros de los Thornton. Ambos parecían poco aficionados al ejercicio, pero sí muy interesados en comer dulces. Aquello era algo que Kate celebraba, ¡ella amaba los dulces!, pero salía a trotar todas las mañanas, y si hacía mal tiempo, entonces se quedaba en la casa y utilizaba el gimnasio que estaba junto a la piscina. Cuando vivía en Santa Mónica con su mejor amiga, Colette, ambas solían trotar en el muelle. Estar activa era una necesidad. No por vanidad, sino porque realmente disfrutaba sintiéndose saludable.

—Espero que esto los ponga más cómodos y a gusto con el entorno —dijo entregándole a cada uno, una taza de humeante chocolate con piscas de canela. Exactamente como su abuela Tessa le había enseñado cuando era pequeña.

Tina y su esposo se miraron con una expresión de culpabilidad, pero aceptaron la invitación. Los Thornton acabaron con los ocho panecillos. Charlaron un poco sobre sus planes de vacacionar para disfrutar de su primer aniversario de casados. Le contaron a Kate sobre cómo se enamoraron, y eso sí, le pidieron más chocolate caliente.

Kate los complació en todo, y en ningún momento dejó de pensar en que había visto la Nikon de sus sueños, en rebaja, en una de las tiendas a un par de millas de distancia. Tenía veinticinco años, unos padres con mucho dinero, pero también le habían enseñado a valerse por sí misma. Inclusive después de la tragedia familiar, ambos se contuvieron de mostrarle lástima. Aun en las circunstancias más aciagas, la empujaron a luchar, a no darse por vencida. Y ella no los defraudó. Intentaba vivir a mil, como si fuera el último día, porque ya había estado una vez al borde de la muerte.

—Lo cierto es que Rupert y yo amamos cocinar juntos —dijo Tina, limpiándose el borde los labios con la servilleta blanca—. Nos ha encantado la casa... —miró a Kate con tristeza—, pero lastimosamente nuestro presupuesto es un poco ajustado y aún queremos recorrer otros sitios de esta zona del país.

—Me encantaría poder hacerles una rebaja, de verdad que sí, pero ustedes han visto la casa... Lo lamento —comentó tratando de ocultar su desilusión. Tal como había aprendido en la clase de teatro durante la carrera de periodismo, logró mantener intacta su sonrisa.

—Y nosotros... —terció Rupert con pesar. Él trabajaba como vendedor de repuestos de automóviles de lujo, y comisionaba bien, pero no para gastarse el salario de medio año durante unas vacaciones—. Espero que no te sientas ofendida porque nos comimos primero todo antes de darte una respuesta, Kate... Pensarás que somos de mal gusto —dijo él sonrojándose.

—Lo prepararé especialmente para ustedes, así que me alegro mucho de que les gustara —expresó con sinceridad—. De hecho, me han hecho un favor. ¿Se imaginan que me quedara con todo ese montón de calorías para mí sola? ¡Un pecado! Lo devoraría. —Al menos se quedaría con sus contactos, pensó, y si alguna vez hacía un reportaje sobre los coches de lujo, Rupert sería su fuente informativa perfecta. Ella jamás dejaba de pensar en cómo alimentar su ya de por sí espléndida lista de contactos. Su nivel de curiosidad era objeto de burla de Colette Weston. Su amiga se había casado recientemente con Jake Weston, un exitoso tenista retirado que bebía los vientos por ella.

Kate acompañó a los Thornton a la puerta.

—El sitio es perfecto y tú nos has atendido a las mil maravillas —dijo Rupert—. Lamentamos haberte hecho perder el tiempo. Pero te recomendaremos a nuestros amigos para que pasen por aquí cuando quieran vacacionar.

«Adiós cámara Nikon», fue lo único que pensó Kate.

—Gracias. Me ha gustado mucho escuchar su historia. Soy una romántica incurable —mintió. Ella era de todo menos romántica. De hecho, en los días de San Valentín solía ir a los restaurantes donde había parejas celebrando la fecha, vestida de negro, y su blusa generalmente llevaba la imagen de un angelito asesinado con varias flechas y una soga al cuello. Todo un detalle para los empalagosos y ridículos enamorados—. Espero verlos alguna otra ocasión.

Cuando estuvo segura de que los Thornton habían desaparecido de su vista, Kate cerró de un portazo. Una hora y media perdida que bien pudo aprovechar para ir con Daisy a tomar algo en el bar de moda. Pero por atender al matrimonio había cancelado la cita. Lo único que le quedaba era ir a dar un paseo por la playa y saludar a la señora Milliseth. La anciana era una amiga de su madre y estaba en la onda del Budismo. Aunque ella no era de religiones ni tendencias espirituales, la idea de meditar un poco siempre venía bien.

Caminó hacia el corredor que conectaba la casa principal con la suite independiente que ella ocupaba. Un lugar calentito y acogedor. Fue hasta la ducha. Se desnudó y estuvo feliz cuando el agua caliente abrigó su cuerpo de curvas proporcionadas y elegantes. Sabía que llamaba la atención de los hombres, aun cuando no era esa su intención. Sus pechos eran respingones y tersos; su cintura estrecha, y gracias al ejercicio constante sus piernas se mantenían esbeltas.

Al salir de la ducha se contempló en el espejo de cuerpo entero que estaba en el lateral del cuarto de baño. Con un suspiro recorrió con sus dedos la gruesa cicatriz de su vientre. Su padre le había dicho que podía hacerse una cirugía plástica que mejorara la marca. Ella rehusó.

La cicatriz era un recordatorio de su imprudencia, de su ilusa creencia de que los hombres sabían ver más allá del físico y de las conexiones de su padre para acercarse a ella. Kate lo había pagado caro.

Tiempo atrás, el solo ver la marca en su vientre le causaba una profunda tristeza y se le llenaban los ojos de lágrimas. Sin embargo, el paso de los años le había brindado entereza. Aquella cicatriz se había convertido en un recordatorio de que no podía confiar de nuevo su corazón a nadie.

Con un suspiro empezó a vestirse.

A Kate le gustaban los colores vivos. Eligió un vestido fucsia que resaltaba sus cabellos rubios y el color miel de sus ojos. Después se puso las *leggings* negras, doble, y se sentó frente al televisor mientras se ajustaba las botas. Lo encendió y empezó a hacer zapping. Faltaba un par de horas para el noticiero estelar, pero ese día se lo perdería. Le haría bien meditar y charlar con Milliseth.

Dejó el canal de un *reality* muy conocido, mientras se cerraba la cremallera de la cazadora de cuero. Se ajustó la bufanda. Kate estaba presta a guardar el móvil, cuando este empezó a sonar. Vio el identificador y sonrió.

—¡Colette! —dijo con entusiasmo. Las llamadas eran ahora más breves entre ellas. Kate comprendía que Colie, como le decían de cariño, estuviera más atenta a su hija, Madisson, y dejándose consentir por su esposo—. ¿Cómo estás?

—Algo cansada... Tu sobrina es muy demandante —dijo con un tono lleno de adoración, y contemplando el cabello rubio de su hija a quien tenía en brazos—. ¿Tienes un poco de tiempo o estás por recibir algún cliente para la rentar la casa?

Kate soltó un sonoro suspiro.

—En realidad me pillas en buen momento. La pareja de hoy desistió, así que esperaré a que me lleguen requerimientos por la página web o que Daisy me avise algo. Estaba terminando de arreglarme para ir donde Milliseth. Ya sabes, practica Budismo, y además le gusta mucho leer las cartas del Tarot.

—¿Vas a hacerte una lectura?

—Lo cierto es que no. Prefiero no saber.

—Qué raro... —dijo Colie con tono de burla desde su casa en Santa Mónica.

—Bueno, me gusta saber sobre otros, pero en mi caso particular, a veces prefiero que la vida me sorprenda... al menos con buenas noticias.

—Pues son precisamente esas las que tengo para ti.

—¿De verdad?

—Absolutamente.

—Pues tú dirás —replicó con entusiasmo.

—Quiero que seas la madrina de Bautismo de Madisson.

Kate soltó un grito de alegría.

—¡Estaré más que encantada! Claro que sí. Positivo. Solemnemente. Seré la mejor madrina del mundo —dijo con el corazón henchido de amor. Adoraba a la hija de los Weston. Tenía pocos meses de nacida, pero para ella fue amor a primera vista cuando la fue a ver al hospital—. ¿Me ha echado en falta?

Colette se echó una carcajada. Jake estaba recostado a su lado, ayudándola a sostener a la niña, mientras contemplaba embelesado cómo su pequeña hija mamaba del pecho de su esposa.

—Seguro que sí, pues nadie le cuenta los mejores cotilleos como lo hace la tía Kate.

—Colie, ¿Jake no puso muchos reparos? —preguntó en un susurro como si Jake pudiera escuchar la conversación—. Después de todo debe estar un poco reacio a verme con frecuencia alrededor, al menos luego del chantaje que le hice. —Muchos meses atrás, cuando Colette estuvo a punto de dejar a Jake para siempre, Kate fue el único punto de comunicación entre ambos. Ella mantuvo en vilo al pobre hombre sin darle indicios de dónde podría encontrar a Colie. Al final se compadeció, más de la tristeza de su amiga que del arrepentimiento de Jake, pero, por supuesto, encontró el modo de lograr una compensación al haberle revelado a él en dónde podía encontrar a Colette. Consiguió entradas a los mejores asientos durante un año para los torneos de tenis locales—. La verdad es que me merecía esos boletos que me dio, y se portó como un cretino aquel tiempo contigo, pero como ahora te hace feliz, pues...

—No te preocupes por él —la interrumpió con una sonrisa mirando a su esposo—, que ya aprendió su lección. —Kate escuchó a su amiga reírse cuando Jake dijo algo ininteligible—. En realidad, ambos estamos encantados de tenerte como la madrina de Madisson.

—¿Sí?

—Claro —dijo con dulzura. Colette conocía los demonios de Kate, y para bien o para mal, su amiga combatía sola sus fantasmas; era una mujer sorprendente y Colette no podía pedir una mejor amiga para ella, ni una mejor madrina para su hija—. La ceremonia de Bautismo será dentro de una semana. Espero que para entonces muevas tu trasero desde el Lago Tahoe y vengas a Santa Mónica. —Kate se rio—. Quédate con nosotros. Nada de hoteles. Caso contrario, me resentiré.

—Me quedaré con ustedes —dijo entre risas mientras apagaba la televisión y se dirigía hacia la puerta—. ¿Y con quién tendré el honor de compartir el sitio entre los padrinos?

—Cesare Ferlazzo.







## CAPÍTULO 2

*Santa Mónica, California, Estados Unidos.*

La ceremonia empezaba a las once de la mañana, y ya habían pasado veinte minutos desde la hora estipulada sin que pudiera dar inicio. El motivo era sencillo: faltaba el último invitado. El que sería el padrino de Madisson Weston.

—Quizá se fue de juerga —dijo Kate a Colette para intentar ser graciosa, pero su amiga puso los ojos en blanco—. ¿No me dijiste que es mujeriego? Seguro se le pegaron las sábanas... ajenas —susurró ahogando una carcajada.

—No lo creo —respondió Colette en voz bajita tratando de contener la risa. Llevaba un vestido color lavanda que destacaba su físico, la maternidad la había redondeado ligeramente, pero Jake estaba igual de embobado por ella. Kate no conocía una pareja de esposos más enamorados que los Weston, y se alegraba por Colette —. Cesare no es mujeriego, solo encantador, pero eso no puedo decir delante de Jake —susurró con una sonrisa, mientras observaba a su esposo que tenía a Madisson en brazos y le hacía carantoñas.

Kate esbozó una sonrisa torcida.

—Supongo... ¿Por qué no elegiste a Rex como padrino? Al final es el que se ha mantenido más tiempo en Estados Unidos, y tiene un vínculo algo más constante con ustedes —quiso saber Kate recordando al rubio y guapo tenista que continuaba saliendo en las revistas de moda y en los programas del corazón. Era todo un conquistador, además del mejor amigo tanto de Jake como de Cesare.

—Jake siempre ha tenido una suerte de tira y afloja con Cesare porque suelen ser muy distintos, así que él cree que nuestra hija se verá beneficiada de un padrino que con el tiempo pueda aconsejarla bien, aunque no necesariamente coincida con lo que piensa su papá. Y como Rex es bastante similar a Jake... —se encogió de hombros—, me imagino que si tenemos otro bebé, Rexford sería el padrino.

—Imagino que Jake tiene su punto.

Colette frunció el ceño ligeramente.

—El día de mi boda, ¿acaso no se hicieron amigos tú y Cesare?

—En realidad...

—Ahí llega, ¡por fin! —exclamó Colette, interrumpiéndola, cuando vio aparecer una figura alta y conocida en la entrada de la iglesia—. No es propio de Cesare llegar tarde.

—Si tú lo dices... —murmuró Kate encogiéndose de hombros.

Kate contuvo la respiración mientras Cesare avanzaba con paso firme y ágil por el pasillo de la iglesia. Vestía un traje café, corbata a tono y todo en él rezumaba elegancia. Aquel cabello negro y espeso aportaba fuerza a su rostro atractivo. Todo un espécimen italiano con su barba de dos días y la piel morena.

¿Si acaso lo recordaba? ¡Vaya si lo hacía! Le resultaba fácil a Kate evocar la noche de la fiesta de matrimonio de los Weston.

Ella estaba bailando con John, una apuesta segura, pues era gay, así que no tenía que preocuparse por rechazar a quien fuera que tuviese ideas de insinuarse durante la velada. Pero no contaba con que el muy tonto se desentendiera de su existencia de un momento a otro para aceptar los flirteos de uno de los invitados. Tan divertida como se encontraba, Kate no dudó en bailar sola.

Se lo estaba pasando fenomenal. Empezó a dar saltitos al ritmo de la música de David Guetta, pero dio un paso en falso y estuvo a punto de caer, cuando de pronto un par de manos firmes la sostuvieron de la cintura evitándole un mal rato. Y un moretón de seguro.

Se giró para dar las gracias, y se le atoraron las palabras. David Guetta definitivamente dejó de cantar y la pista con sus ocupantes se difuminaron de repente. «Madre mía», pensó pasándose la lengua sobre los labios al ver el hombre que estaba frente a ella. Creía que solo estaba escuchando las precipitadas palpitaciones de su corazón. ¿O eran las de ambos? «Respira, vamos. Respira.»

—Hola —expresó él con voz aterciopelada. Parecía un ronroneo. «Un peligroso ronroneo», pensó ella—. Al parecer nos volvemos a encontrar. La dama de honor de Colette. Kate, ¿verdad?

El vello de la nuca se le erizó e inexplicablemente su cuerpo tembló. Ese hombre emanaba riesgo y dosis indiscriminadas de testosterona. Lo mejor sería alejarse, como ya lo había hecho en aquel partido de tenis... y durante toda la fiesta de Colette. «Aléjate de él. Hazlo. Ahora.» Sus pies no se movieron.

Kate asintió. Él aún tenía las manos en su cintura. Sentía la piel quemándole. No quería que la tocara. Que nadie la tocara. Se alejó abruptamente. Él frunció el ceño, desconcertado por esa reacción tan ajena en las mujeres hacia su persona.

—Yo... —se aclaró la garganta—, gracias por haber evitado que me cayera, Cesare...

Él asintió, y luego sonrió.

«Ay no, no, ¿cómo le permitían sonreír a ese hombre? ¿Algún policía dispuesto a llevárselo? ¿Alguien?», gimió para sí misma. Temía estar cometiendo un grave error al continuar hablando con él. Cesare Ferlazzo era el tipo de hombre que ella tenía que evitar: atractivo, con voz seductora y vestido tan elegantemente que parecía salido de una revista de moda masculina. Ni siquiera se atrevía a pensar en su físico, porque eso sí sería un suicidio para su sistema nervioso.

La experiencia le había enseñado que los hombres tendían a confundir las señales. Ella ya había pasado por...

—Tu acompañante se ha ido. Así que, ¿bailamos? —preguntó extendiéndole la mano e interrumpiendo sus cavilaciones.

«Ni loca que estuviera», pensó Kate. Aunque le pareció bastante curioso escucharse responder otra cosa.

—Sí...

Al finalizar la pieza, mientras alrededor todos los invitados al matrimonio continuaban riendo y charlando, Cesare y ella se quedaron abrazados, mirándose con intensidad. Ella había estado segura de que aquellos labios hechos para pecar iban a unirse con los suyos. De hecho, él había empezado a inclinarse hacia ella al tiempo que le acariciaba la cara interna de la muñeca con el dedo. Su mirada oscura era penetrante y decidida. Y ella tuvo miedo. Él era peligroso de un modo que no podía explicarse. Todos sus demonios personales la habían asaltado de pronto esa noche y se separó de él como si la hubieran atizado con un hierro candente. Lo vio fruncir el ceño.

—¿Te he incomodado de algún modo? —le había preguntado con aquel tono profundo. Era un ronroneo invitador, sensual, pero no era fingido. Y eso era lo peor. Todo en ese italiano rezumaba autenticidad y naturalidad. Y todo en ella era desconfianza y miedo—. Pensé que estábamos bailando muy a gusto.

—Me... me tengo que ir —había respondido ella alisándose el vestido y bajando la mirada—. Ha sido un día muy largo, la verdad. —Se giró para alejarse, pero la voz grave de Cesare la detuvo.

—Espera —había pedido él, tomándola de la muñeca con suavidad. Kate se había mordido suavemente el labio inferior sintiendo el corazón latirte a mil por segundo mirándolo por encima del hombro—. ¿Te apetecería entonces sentarte a beber una copa conmigo?

—Yo... Me tengo que ir de verdad.

Entonces él hizo algo que le aflojó las rodillas: desplegó una lenta sonrisa, hasta que se ensanchó del todo. Luego se inclinó para hablarle al oído.

—Espero que volvamos a encontrarnos, y terminar esta conversación.

«Ni loca que estuviera.»

—Espero que no —había replicado ella con acidez ante la mirada desconcertada de Cesare y antes de salir como alma que perseguía el Diablo.

Y ahora, casi un año después, lo tenía a pocos pasos de distancia.

Kate no era cobarde. Solo evitaba los inconvenientes, y bueno, Cesare lo era en todos los sentidos posibles. Se consideraba lo suficientemente sensata para aceptar cuando había química con alguien del sexo opuesto y con Cesare había suficiente para crear una bomba atómica. No solo eso, sino que estaba convencida de que con él un par de besos y caricias no serían suficientes.

Una vez ya había estado interesada en un hombre encantador, guapo y atento. Una vez era su cuota de fantasía e ingenuidad, en especial cuando el príncipe azul no solo se convertía en sapo, sino también en la peor decisión de tu vida.

Recordándose que era mejor controlar sus nervios, se relajó. Un hombre con la sensualidad natural de Cesare no estaba soltero demasiado tiempo y mucho menos iba a recordar que lo habían dejado plantado en medio de una pista de baile tanto tiempo atrás. O al menos eso esperaba Kate.

—Lamento el retraso —dijo Cesare a Colette mientras le daba un abrazo, y con la otra mano, estrechaba la de Jake, quien lo miraba con cara de pocos amigos. Kate al escuchar su voz regresó al presente de sopetón—. Fue un tema de último momento que me retuvo. Lo compensaré —aseguró.

—¿Cómo? —preguntó Jake con su habitual tono cínico.

—Le compraré a mi ahijada todo lo que desee en la juguetería cuando pueda elegir, y a ti dejaré ganarme el primer set del próximo partido que tengamos.

Jake se echó a reír. El sacerdote carraspeó. Colette les lanzó a los dos una mirada de advertencia, y la ceremonia empezó.

Cesare miró a Kate y le dedicó un asentimiento de cabeza a modo de saludo, mientras el sacerdote hablaba. La respuesta de ella fue una ceja arqueada, antes de girarse para atender la ceremonia.

Ese gesto femenino consiguió hacer sonreír a Cesare. Le gustaban las mujeres hermosas, y Kate lo era sin duda. Ella lucía un vestido aguamarina que realzaba su curvilínea figura, y unas botas negras que invitaban a querer descifrar las formas de sus piernas. El cabello lo llevaba en un tocado alto y dejaba algunas ondas alrededor de su rostro lozano. Pero eran la boca hechicera y aquellos labios lo que lo mantenía intrigado. Quería saborear y...

—Cesare —dijo Colette dándole un codazo. Eso lo sacó de su intenso estudio a Kate, quien era ajena a las imágenes que él conjuraba mentalmente.

—¿Eh?

—Que digas tu parte —murmuró.

—Oh, sí, a eso iba...

La ceremonia prosiguió.

Kate nunca había visto el lado tierno de Jake Weston. Lo conocían por ser temperamental, pero no por su dulzura y peor por poner ojitos de cordero degollado al ver un bebé. «Esa es consecuencia del amor que siente por Colette y Madisson», pensó con una sonrisa.

Durante la sesión de fotos, Kate evadió a toda costa la posibilidad de quedarse junto a Cesare, pero era muy consciente de la mirada burlona que este le

lanzaba, como si supiera que estaba evitando su cercanía. Ella aprovechó para mezclarse con los invitados, mientras salían de la iglesia para ir al almuerzo en casa de los anfitriones.

Durante la comida, Kate no vio a Cesare por ningún sitio. Y experimentó una mezcla de alivio y curiosidad, pero pensó que era mejor si no estaba, pues así podría relajarse a gusto y disfrutar con sus amigos.

Mientras los meseros contratados ofrecían canapés a los invitados llegó Rexford, Rex, Sissley. Kate se conocía al revés y al derecho la vida de muchos famosos, pero especialmente de los deportistas. Le encantaba ese mundo de disciplina y competición masculina. Rex llegó con una mujer guapísima. No era para menos, pensó Kate, contemplando al rubio de ojos verdes. Pero pronto dejó de interesarse por esa pareja cuando el sobrino de Jake, Brad, se acercó para enseñarle el nuevo videojuego que su tío le acababa de obsequiar por haberse portado bien y sacar buenas notas en la escuela.

El almuerzo fue fantástico.

Madisson estaba durmiendo o al menos eso creyeron todos cuando de pronto un llanto irrumpió la hora del postre. Colette iba a ponerse de pie, cuando Kate se apresuró a hacerlo.

—No pasa nada, quédate con tus invitados —interrumpió Kate—. Es tiempo de que la madrina haga su trabajo hoy —dijo a Jake, luego miró a su mejor amiga—. No te comas todo ese cheesecake de cerezas, Colette.

Dicho eso desapareció por el pasillo.

Encontró a la pequeña moviendo los bracitos sin cesar. Kate tragó en seco. La niñera dudó en quedarse o salir cuando ambas coincidieron en la entrada de la habitación infantil. Con una sonrisa, Kate le pidió un rato a solas con su ahijada, y la niñera se apartó para dejarla entrar.

El cuarto estaba precioso. Todo de rosa con toques mostaza y decoración de La Bella Durmiente. La niñera, algo reacia a abandonar del todo a la beba, le preguntó a Kate desde la puerta si quería que la ayudara, pero Kate le aseguró que tenía todo controlado. Una gran mentira, por supuesto. Debía enfrentar sus miedos. Sola.

—Ufff, tenemos olorcito, eh —dijo poniendo a una llorona beba sobre el cambiador. Kate se las apañó como pudo.

Con una sonrisa temblorosa contempló a la niña. Contuvo las lágrimas que pugnaban por salir. Era la primera vez que se quedaba a solas y tan de cerca con un bebé después de la traumática experiencia que le había tocado vivir años atrás. Una añoranza casi primitiva la envolvió. Cómo le habría gustado retroceder el tiempo. Cambiar las circunstancias... Respiró varias veces, no sin antes decirle a Madisson que era la niña más hermosa del mundo.

—¡Kate! —exclamó Colette acercándose al verla de regreso. La tomó de la mano y prácticamente la arrastró a la sala con vistas al mar. La chimenea estaba encendida—. ¿Se portó bien mi hija?

—Ya me puedes dar licencia para cambiar pañales y calmar berrinches —dijo con alegría—. La niñera se quedó con ella. Deberías aumentarle el salario.

Colette sonrió. Esperaba de todo corazón que Kate sanara algún día las heridas del pasado, pero no iba a sacar el tema entre ellas. No era el momento y estaba segura que su amiga no lo asumiría bien.

—¿Cómo marchan las cosas en Nevada? ¿Pretendes quedarte a vivir por allá indefinidamente? —preguntó Colie.

Kate se encogió de hombros, mientras tomaba una copa de la charola que le ofrecía el mesero.

—No lo sé... Por ahora trabajar rentando la casa para turistas no me viene mal, y estoy estudiando algunas posibilidades en el camino.

—No me digas que ya se te pasó la fiebre del cotilleo —dijo Colie en broma, mientras Jake le hacía un guiño desde la distancia.

—Muy graciosa. De hecho, estaba pensando en sentarme a conversar con Rex —dijo en voz bajita—. ¿Por qué sigue en Santa Mónica? Además, aquella chica, la joven tenista... —chasqueó los dedos—, ya recuerdo, ¡Charlotte Jenkins! ¿No la invitaste?

—Lo hice...

—¿Pero?

—Rex vino con otra mujer para demostrar que Charlotte solo es la persona que recibe entrenamiento de tenis de su parte y nada más que eso.

Kate se echó a reír.

—¿Sabía Charlotte que Rex vendría acompañado?

Colette la miró sin remordimiento en su expresión.

—Solidaridad femenina —dijo con tono conspirativo.

—¡Genial! —comentó Kate—. Hablé muy poco con Charlotte en tu matrimonio, pero si ella es una chica de armas tomar entonces más le vale a Rexford Sissley andarse con cuidado. —Colie asintió mientras se llevaba un dulce a la boca—. Ahora, cuéntame, ¿qué clase de negocios tiene ese rubio en California?

Colette soltó una risita. Su mejor amiga no podía dejar de ser cotilla, pensó de buen humor.

—Le han ofrecido un contrato estupendo, y él quiere iniciar un negocio nuevo. Es probable que tome a Santa Mónica como sitio fijo de residencia. Ya sabes que igual viaja mucho para acompañar a Charlotte en los torneos de tenis.

—¿De qué clase de negocio hablas?

—Si quieres un cotilleo que no me comprometa, pues te anticipo que Rex le acaba de comprar la casa de BelAir a Jake. Dentro de dos semanas se irá a esquiar a Suiza como suele hacer siempre en esta época del año. Nos invitó, pero no me atrevo a sacar a Madison del país ni a cambiar a un clima tan frío siendo tan pequeña. Le dije a Jake que si le apetecía ir, pues que lo hiciera. Confío tanto en él, Kate, y me siento muy consentida y amada —dijo con un tono de voz soñador.

—Me alegra saberte feliz con tu familia. —Apretó con cariño la mano de su amiga.

—Gracias por acompañarme hoy. Por cierto... ¿Por qué no aceptas el trabajo que te ofrece tu padre? Ha pasado ya demasiado tiempo desde...

—No estoy lista —respondió cortante.

Colette no se ofendió. Sabía que estaba pisando terreno sensible.

—Solo es una revista.

—Todos los saben, Colie... No quiero que me vuelvan a mirar y sentir que recuerdo aquel día.

—No fue tu culpa —le dijo mirándola con afecto—. Por favor, entiéndelo.

—Intento, lo intento...

En ese momento uno de los meseros abrió la puerta principal y apareció Cesare. En esta ocasión no iba solo. Llevaba del brazo a una morena preciosa de ojos celestes y una figura que quitaba el hipo. A Kate la invadió una sensación que no tenía nada que ver con la empatía, y sí con celos. «La carga emocional del día me está pasando factura.» No había otra explicación.

—Lo siento, *cara* —le dijo Cesare a Colette, mientras le presentaba a su acompañante—. Fui a recoger a Fiorella al hotel. No podía dejarla sola.

—Hola, Colette —saludó la acompañante del italiano—. Se me quemó la tenaza para el cabello y Cesare me consintió esperando hasta que los del hotel me fueran a comprar una. Al final, no me terminé de arreglar a tiempo. No podía permitir que él faltara a la iglesia —hizo un puchero—, ¿nos disculpas la demora?

Colie sonrió con indulgencia. Cesare no sabía qué condenada estupidez se había apoderado de él como para pedirle a su prima Fiorella, que por cierto era una metomentodo y desastrosa, que lo acompañara a una reunión de ese estilo. Como se trataba de la primera vez de Fiorella en California, a él no le quedaba de otra que llevarla consigo casi a todas partes. Era difícil quitársela de encima. Menos mal ella quiso quedarse en un hotel argumentando ser independiente, en lugar de aceptar hospedarse en el piso de Santa Mónica que él le ofreció. Menos mal ella se iba al día siguiente de regreso a Italia.

—Cesare, tu ahijada querrá toda la juguetería. Dos veces tarde hoy, eh, casi imperdonable —expresó Colie—. Puedo pasarlo por alto. Una vez.

Él soltó una carcajada.

Eso logró que Kate frunciera el ceño, pero justo en el momento en el que Cesare se giró, ella optó por alejarse para ir a conversar con una de las hermanas de Colie. No le caía particularmente bien ese par por cómo se habían portado siempre con su amiga, y a veces con ella, pero era mejor esa compañía que intentar controlar cómo se le encendían los poros de la piel cuando el italiano estaba cerca.

Al llegar el atardecer, Kate no pudo soportarlo más. Ya estaba bien. Si escuchaba una vez más aquella risita nasal y ese acentito italiano de la novia de Cesare, iba a explotar. Agarró una copa de vino tinto y salió a la terraza. Desde ahí podía contemplar el mar.

El cielo estaba presto a oscurecerse, pero la calefacción exterior era potente y no se sentía tanto el frío. El vino le recorrió la garganta hasta envolver su cuerpo como un suave edredón.

Suspiró.

Virgil Blansky la había llamado esa mañana. Le comentó que estaba pensando abrir una nueva línea informativa para el conglomerado editorial del cual era propietario, BlaCorp, y que, a pesar de que sabía que era una mujer independiente, nada lo haría más feliz que aceptar un proyecto firmado por ella en su escritorio. Le aseguró que la trataría como cualquier otro profesional, tanto en pago como en exigencias. Solo quería que aceptara e intentara dejar a un lado el pasado.

Kate comprendía que Virgil no fuese dado a compadecer a otros, si no a empujarlos a ser fuertes. Si él hubiese actuado dejando que la tristeza embargara la familia, tanto el negocio como los lazos entre ellos se hubieran visto afectados. Sus padres eran maravillosos, y los adoraba; adoraba todavía más saber que, a pesar de que entendían su dolor, porque era también el de ellos, no intentaban tratarla con pinzas ni algodones. La impulsaban a sacar los fantasmas que la atormentaban, aunque para ella continuaba siendo difícil.

Ella sabía que su padre era un hombre de palabra, y podía ser tan tenaz como cualquier otro jefe, pero no se trataba de eso. Ella tenía temor de verse con los periodistas de la revista política, *Contornos*. No quería que la miraran con pena o culpabilidad, porque la única culpable era ella.

El secuestro había ocurrido hacía ya ocho años, pero no podía sentir aquella amarga experiencia como lejana. Bloqueaba su mente con cosas agradables cuando surgían reminiscencias, porque era eso o volverse loca.

Por las noches no podía dormir del todo bien. En ocasiones se despertaba gritando y bañada en sudor. Huía de los hombres que podían querer más de ella, más que unos simples besos o unas caricias subidas de tono. Ya no sabía diferenciar entre la verdad y la mentira de las promesas. Ignoraba si la buscaban por los contactos de su padre, por los suyos o por cualquier otro motivo que no fuese ella misma. Gabe Schmidt había acabado con sus ilusiones tempranas e inocentes sobre el amor. Unas promesas vacías que ella ingenuamente creyó.

Sacudió la cabeza. Como si pudiese espantar el pasado de ese modo. No quería recordar en ese momento. Tan solo deseaba contemplar el horizonte, aspirar el aroma de Santa Mónica. Le picaban los dedos por tener su cámara fotográfica, pero mientras ajustaban su vieja Nikon en la tienda cercana a su casa de Zephyr Cove, en el Lago Tahoe, tendría que conformarse con pensar en escenarios posibles.

—Hola, Kate —saludó una inconfundible voz masculina desde las puertas corredizas que daban paso a la terraza.

Aun mirando hacia el mar, ella apretó la copa entre las manos. No se giró.

—Hola... —dijo con cautela. Bebió un sorbo de vino. No era un buen momento para ser sociable, de hecho, era lo que menos le apetecía, peor con un hombre que le causaba un cortocircuito en su sistema—. No deberías estar aquí. A tu acompañante no va a gustarle quedarse sola.

Cesare contempló la figura de Kate recortada con las luces que fenecían poco a poco en el cielo. El cabello ondulado le caía suave sobre los hombros. Su figura era estilizada y tenía la forma de un reloj de arena, sin parecer voluptuosa. Cada curva perfectamente marcada.

—Fiorella es fácil de entretener —replicó acercándose. Se quedó junto a ella. Él también llevaba una copa, en su caso, vino blanco.

—¿También de llevar a la cama?

Él se rio.

—Eso fue muy agudo, pero no lo responde un caballero, Kate —replicó con un tono grave y suave.

«¿Así que cree que Fiorella es mi amante? Interesante», pensó Cesare. Era bastante evidente que ella también sentía la atracción entre ellos. Tan solo no lograba entender por qué evadía su cercanía. Cuando la conoció por primera vez en un partido de tenis ella prácticamente lo ignoró, algo a lo que él no estaba habituado; en el matrimonio de Jake, lo dejó plantado en la pista al iniciar la segunda canción, y ahora trataba de hacerlo de nuevo.

Kate lo intrigaba de un modo diferente a cualquier otra chica. No pretendía engatusarlo haciéndose la interesante, tal como era el truco de algunas mujeres para que el hombre se sintiera tentado a conquistarla. En el caso de ella, genuinamente, no quería tener nada que ver con su cercanía. Él era un hombre seguro de sí mismo, y la parte más básica de su personalidad, aquella que lo había llevado a ganar grandes torneos, le pedía una estrategia para derribar las defensas de Kate.

—Y una dama...

—Una dama puede preguntar lo que desee, en especial una tan curiosa como tú —interrumpió con un tono burlón, aunque sincero. —Kate se arrepintió de haber hecho la pregunta. Solía decir lo primero que se le cruzaba por la cabeza. Un mal hábito, sin duda—. Colie dice que si hay alguien que puede conseguir información esa eres tú. Siempre hablaba de ti cuando estábamos en Francia.

—Mmm... —Bebió el último trago de su copa. Luego colocó la pieza de cristal a un lado—. Imagino que ser periodista tiene sus ventajas. —¿Por qué estaba Cesare ahí con ella? De los amigos de Jake, Cesare era el más difícil de leer para Kate. Aparte de las mujeres que solía llevar del brazo en alguna foto de revista del corazón, no se hablaba más que de su trayectoria profesional como tenista, antes de su retiro, y ahora sobre su faceta como empresario exitoso—. Me gustaría poder pasar más tiempo en Santa Mónica, pero por ahora no me es posible. Veremos más adelante qué surge.

—¿Estás haciendo algún reportaje especial?

Ella frunció el ceño, y volvió la vista al horizonte.

—Me estoy tomando un tiempo para decidir algunas cosas. Estoy a la espera de algo que verdaderamente merezca la pena. —Soltó un suave suspiro—. ¿Para eso saliste a la terraza, para preguntarme sobre mi trabajo?

—En realidad lo hice porque me pareciste un poco sola.

—No necesito que me rescaten.

—Pretendía ser amable, ya sabes, mis genes italianos. —Dejó la copa a un lado. Puso las manos sobre los hombros de Kate y la giró hacia él. Ella contuvo el aliento y se perdió en la profundidad y el fuego que vio en los ojos negros. El tacto de esas manos fuertes parecía traspasar el material de la tela de la chaqueta que llevaba sobre el vestido—. No sé si recuerdas, pero dejaste la pista de baile en el matrimonio de Jake demasiado rápido. Nos quedó algo pendiente... Hay cosas que a veces resultan ineludibles, Kate —dijo con suavidad—. No me gustan los capítulos inconclusos. ¿A ti?

Ella sintió acelerársele la respiración como si él estuviera apropiándose del aire del entorno. Su perfume de sándalo y madera la envolvió como una nube suave y poderosa. Lo miró intentando ocultar en sus ojos el anhelo que le causaba tenerlo tan cerca. No se consideraba una mujer débil, pero algo en Cesare parecía invitarla a confiar, y ese era un lujo que no volvería a permitirse.

—No tiene ningún sentido esta conversación —expresó con firmeza. Sintió los pulgares de Cesare acariciar sus hombros. Debería apartarlo... apartarse...

No hizo ninguna de las dos cosas.

—Creo que estás equivocada.

Kate rio.

—Si estoy o no equivocada lo decido yo, Cesare. Supongo que la arrogancia también la llevas en los genes, ¿eh? —se encogió de hombros—, al final, da igual lo que yo piense o crea. No te conozco, y salvo las pocas ocasiones en que seguro coincidiremos por nuestros amigos en común, espero que respetes mi espacio. —En esta ocasión, sí se apartó.

—Arrogante y seguro de sí mismo no son sinónimos, Kate —replicó antes de sortear lentamente el breve espacio entre ellos hasta que sus labios estuvieron apenas separados por un par de centímetros. El aroma de ambos se unió como una estela tentadora que los atrapó por igual, colándose por sus fosas nasales y afectando cada poro de piel.

—¿Vas a sermonearme? —preguntó con seguridad en su tono, aunque no reflejaba para nada su verdadero estado interior. Le cosquilleaban los dedos por tocarlo. Una total idiotez de su parte. «Contrólate.»

—Hay formas y formas de sermonear... —susurró mirando aquellos labios rosados—, unas están fuera de lugar, otras, no —dijo con una media sonrisa.

Cesare estiró la mano y dibujó con el pulgar el labio inferior de Kate. Ella no se movió. Sus pies, una vez más, no respondían.

—Quizá Colette se equivocó contigo —espetó.

—¿Qué quieres decir? —indagó Cesare. Luego sonrió y le acarició la mejilla. Le gustó el tacto suave y sedoso de la piel blanca de Kate.

Ella le apartó la mano con firmeza. ¿Cómo se atrevía a coquetear con ella cuando tenía a su novia a pocos metros de distancia?

—Colette, muy ingenuamente, cree que eres una persona encantadora, pero a mi parecer solo eres un mujeriego. Y dadas las circunstancias, bastante descarado —explicó con desprecio.

Cesare apretó la mandíbula. No podía reprocharle nada, pues él había dejado que Kate pensara que Fiorella y él tenía un vínculo amoroso. Decidió que era momento de aclararle las cosas. Ya había probado su punto: que ella también lo deseaba. El pulso alocado en la suave garganta, y el modo en que respiraba agitadamente eran una clara prueba.

Nadie se ponía a la defensiva a menos que se viera amenazado por algo o alguien. Lo que no lograba entender era cómo podía la pasión y el deseo sexual ser una amenaza. En su caso, le parecía más bien sano y natural. De hecho, todas las mujeres con las que se vinculaba o se había vinculado, pensaban igual que él. La reacción de Kate lo desconcertaba.

—Fiorella no es mi novia —dijo con firmeza y mirándola fijamente. Ella se encogió de hombros—. Simplemente es...

—Novia, amante, amiga con derecho a roce, el asunto es que estás con alguien —interrumpió Kate.

—¿Cesare? —preguntó Fiorella entrando a la terraza y haciendo un puchero. Él miró un rato más a Kate, y luego se apartó por completo—. Ya me quiero ir, *per favore*. Me duelen los pies. Estos Manolo me están matando. Prefiero mis marcas italianas —se quejó sin ser consciente de la tensión que había alrededor.

Kate se recuperó y se echó a reír. Al menos tenía a ese hombre bien calado. No había nada de qué preocuparse, porque no volvería a verlo en un largo tiempo. Probablemente hasta el siguiente cumpleaños de Madisson, Colette o Jake.

—Será mejor que atiendas a tu acompañante —dijo mirándolo con suficiencia.

Él achicó los ojos.

—Y será mejor que tú entiendas que nos queda algo pendiente.

Ella le dedicó una mirada burlona.

—No tengo intención de entenderlo.

Él esbozó una sonrisa cargada de intención.

—Ya veremos.

Kate volvió la vista al mar y se bebió el contenido de la copa de un solo trago. Entre más rápido se alejara de todo lo que tuviera que ver con ese hombre demasiado seguro de sí mismo, pues más rápido sus poco dignas hormonas dejarían de traicionarla.

Tomó una decisión.

Iba a tener una cita en toda regla por primera vez en muchos años. De hecho, conocía al hombre perfecto para su plan. Se trataba de alguien que no representaba un peligro para sus sentidos y con quien podía conversar a solas sin temer que la pasión podría atraparla sin remedio de un momento a otro: Liam Sanders. Era un experimento seguro.

Liam era un pelirrojo de ojos azules que trabajaba en la organización de eventos de alta gama en Lago Tahoe. En varias ocasiones la había invitado a salir. Cada vez, lo había rechazado por los mismos motivos por los que procuraba no comprometerse emocionalmente con nadie: su pasado. Pero era hora de acabar con eso. No podía seguir viviendo de besos y flirteos vagos. Quizá pudiese encontrar una compañía que no le resultara peligrosa ni exigente, lo cual evitaría que se involucrada emocionalmente. Así se mantendría a salvo.

No hacían falta promesas ni confianza, porque iba a idear un plan para Liam y ella. Todo iría según lo que decidiera en su estrategia. Era perfecto.

«Cero riesgos», pensó sonriente ante la idea de volver pronto a Nevada.





## CAPÍTULO 3

Cesare sentía el cuerpo entumecido. La desesperación empezaba a invadirlo. Se tenía por un hombre calmado y analítico a la hora de reaccionar, pero no podía evitar que la ansiedad lo carcomiese. Era un experto esquiador, y aun así, no había logrado escapar de la avalancha.

No tenía idea de lo que podría haberles ocurrido a sus dos amigos, Leonard y Angello, quienes estaban también en ese viaje de tres días. Cesare recordaba que iban detrás de él cuando empezaron a descender la pendiente, y uno de los monitores les hizo señales para que salieran del camino. Pero vieron al monitor demasiado tarde.

Cesare iba adelantado y no tuvo ocasión de escapar, a pesar de su agilidad. En menos de lo que podía contar se vio engullido por la nieve. Lo primero que hizo fue tomar una profunda bocanada de aire para cuando las capas de nieve alrededor se compactaran entorno a su cuerpo, él no se viera oprimido por ellas. Sus reflejos del tenis le servían para reaccionar a todo. En esta ocasión no fue la excepción.

Intentó mover el brazo izquierdo, pero un tirón lo hizo gemir de dolor, sin embargo, continuó moviendo los dedos hasta que topó el borde superior del iPhone. Siempre llevaba el móvil consigo. Estaba seguro de que no se había alejado demasiado del área principal de la tercera pista, que casualmente era la más arriesgada en altura y obstáculos.

Rogaba que la señal del móvil se mantuviese activa. Ignoraba cuánto lo separaba de la superficie, pero le daría un año gratis de publicidad a Apple si el maldito teléfono lograba contacto con la central de emergencias.

Presionó el botón central. Nunca la ridícula voz de la aplicación Siri le pareció tan útil. Intentó hablar, pero tenía la garganta seca. Se aclaró. Pasó la lengua sobre sus labios helados para tratar de humectarlos.

—Llamar al 911... —susurró lo más claro que pudo—. Llamar al 911 —insistió controlando la angustia.

Segundos después, Siri lo conectaba con la operadora.

Cesare suspiró con alivio. Se identificó, y le dijo escuetamente a la mujer lo que había sucedido. Luego hubo un intercambio de preguntas básicas para que la operadora pudiera conocer el estado, o al menos en lo posible, en que estaba él.

—¿Hace cuánto tiempo que está bajo el hielo, señor Ferlazzo? —preguntó la mujer desde la central de emergencia.

—No lo sé... Unos cinco minutos, pero parecen una eternidad. Me duele mucho la cabeza... Creo que en mi intento de huir debí tropezar con una roca o algo...—Lo cierto es que le palpitaba el cráneo y respirar no era tan fácil.

—Quédese conmigo mientras triangulo la localización de su teléfono y consigo ayuda. Todo va a salir bien, señor Ferlazzo.

Cesare había rechazado la invitación de Rex para ir a esquiar a Verbier, un precioso y exclusivo sitio francoparlante de Suiza, porque ya había reservado un resort en Nevada con antelación. Se arrepentía de haber declinado la invitación de uno de sus mejores amigos. Al menos en esos momentos podría estar disfrutando de Europa, en lugar de estar a punto de morir congelado.

—Necesito salir de aquí...—murmuró más para sí mismo.

—Señor Ferlazzo, la ayuda va en camino. Quédese conmigo en la línea. ¿Qué más siente? Cuénteme. Hable conmigo —pidió la operadora.

Él se quedó un rato en silencio.

—No puedo moverlos dentro de la bota. Dios, no puedo mover las piernas... —dijo sin ocultar el terror que eso implicaba. Era un deportista, y lo seguiría siendo el resto de su vida aunque ya no compitiera en las grandes ligas del tenis mundial. Hacer deporte era algo inherente a él. Lo llevaba en la sangre, en su ADN. Él y Rexford habían acordado constituir una compañía de entrenamiento de élite en Santa Mónica, pero además tenía otros proyectos personales que deseaba llevar a cabo y había postergado demasiado tiempo. ¿Por qué había sido tan estúpido al dejarlo todo para un “futuro”? —. He intentado abrir un espacio sobre la capa de nieve que hay encima de mí. Imagino que estoy muy por debajo de la superficie...

—Lo encontrarán pronto —dijo la operadora. Necesitaba transmitirle calma e iba tomando nota de todo lo que la víctima decía—. ¿Tiene usted activado el ARVA? Quizá su teléfono no sea suficiente en caso de que se agote la batería, así que el ARVA es su punto sólido para que lo encontremos sin demora.

—El dispositivo de búsqueda de víctimas de avalanchas..., sí. Está activado. Todos llevamos uno. Siempre que esquiamos.

—¿Quiénes son *todos*, señor?

—Dos amigos y yo. Venían detrás de mí... Espero que no estén en las mismas circunstancias...

—Me alegra de que fueran precavidos y tuvieran el ARVA —comentó sin hacer mención a si ella tenía o no idea del destino de los amigos de Cesare—. ¿Llevó con usted el equipo de supervivencia?

—Me deshice de algunas cosas cuando vi que era inminente que no lograría escaparme por más que intentara ir a velocidad... —jadeó—, me quedé con la pala para poder hacer un espacio que me permita respirar... Intenté sacar la mano sobre mi cabeza, pero no puedo... me duele el brazo, y perdí los bastones de esquiar...

Cesare sentía cada vez más frío. Se preguntaba si cuando su estupidez mató a Elizabetta, ella habría sentido esa sensación de abandono en el cuerpo. Habían pasado cuatro años y la extrañaba. Había intentado reparar el daño, pero probablemente era hora de que pagara su karma. Una vida por otra.

—Quizá sea el modo de expiar mi culpa... —susurró en voz alta.

—¿A qué se refiere? —preguntó la operadora.

—Yo... divago...

—Me acaban de informar que la ayuda está avanzando. Estarán con usted dentro de breves momentos, señor Ferlazzo. ¿Lo comprende? Manténgase conmigo.

Silencio.

—¿Me escucha? ¿Sigue conmigo?

Silencio.

—¿Señor Ferlazzo?

—Sí... —susurró Cesare—, dese prisa.

Había regresado de Santa Mónica hacía poco más de dos semanas. ¿Qué le pasaba a la gente que no cerraba el trato de alquiler?, se preguntó Kate con fastidio. Estaba de acuerdo en que el valor de la renta diaria era un poco elevado, pero la casa lo valía, y lo cierto es que ella también ofrecía un margen de descuento muy bueno si los huéspedes se quedaban más de seis días.

En el paquete de estadia se ofrecía al mejor personal para que se encargara de la limpieza cada mañana y de dejar hecho un delicioso desayuno, salvo que los turistas desearan intimidad, entonces Kate se limitaba a vivir en la suite trasera y en lugar de salir por el corredor que conectaba con la casa principal lo hacía por una puerta lateral. Ella había incluido, sin costo adicional, el número de un guía turístico a disposición por si a los huéspedes les apetecía explorar la zona más allá de las áreas obvias como lo eran las pistas de esquí, el lago y algunos restaurantes.

Durante los cuatro días que se quedó en Santa Mónica aprovechó para visitar a su hermano, Damon, en Burbank. Él se dedicaba a la industria de la animación y los cómics. Era un crack del diseño digital y le pagaban más que bien desde su alianza con Disney. Gracias a ese contrato había incrementado la demanda de trabajo, tanto así, que la apertura de otra oficina parecía inminente.

Damon solía ser bastante discreto, pero de ella no se escapaba. Así que finalmente le confesó que estaba saliendo con una chica que trabajaba como programadora de videojuegos. Todo un personaje por cómo él empezó a describirla, o al menos si Kate podía llamar descripción a enumerar tres características y a ella le tocaba presionar para obtener un poco más de información.

Kate tenía en mente el trabajo que su padre le ofrecía, y a pesar de las insistencias de Damon, ya había decidido declinar. Quizá por cobardía. Quizá por rebeldía. O un poco de ambas. Sabía que un día el grupo editorial sería su legado, y lo aceptaría de buena gana, pero por ahora no quería pensar en ello.

Lo cierto era que le apasionaba más la fotografía. Captar en un clic la belleza, el desastre, la angustia, la pena, la valentía, la pasión... las posibilidades eran muchas, y ella añoraba poder dejar su huella. Y hasta ahora no había tenido la oportunidad.

En sus archivos guardaba un portafolio variado, entre ellos había fotografías que realizó un año atrás cuando viajó a Perú y Chile. En ambos países retrató la rutina de los pueblos indígenas. Su cámara había disparado y disparado hasta que en el último día en Chile, con los mapuches, su Nikon colapsó. Pero le había dejado unas gráficas maravillosas.

Una de sus fotos favoritas de siempre correspondía a la famosa *niña afgana*, fotografiada por Steve McCurry. Para Kate era la mezcla de la belleza y la desolación. Una mirada de esperanza de aquellos ojos verdes, y a la vez temerosos. Quizá era ese temor que se escondía tras una aparente calma y valentía en la *niña afgana*, lo que hacía que Kate se identificara con aquella imagen.

Kate quería comerse el mundo. Recorrerlo. La idea de estancarse en una ciudad por más de cuatro años no le parecía atractiva. Aunque si era sincera consigo misma, debía admitir que también estaba huyendo. Del pasado y el miedo. Era como si su alma le pidiera ir de un sitio a otro hasta calmar su ansia de expansión...

La programación musical del iPod dio paso a *Stay with me* de Sam Smith, devolviéndola al presente. Nevada.

Daisy y ella habían quedado para ir a comer juntas. No le gustaba llegar tarde, y su estómago rugía. Tomó el abrigo y salió a enfrentar la fría tarde invierno.

Abrió la puerta del automóvil y tiritando encendió la calefacción. Soltó un suspiro de alivio cuando sintió la agradable temperatura. Puso Retro y salió del garaje que tenía espacio para tres coches. Enderezó el volante y aceleró.

A diferencia de Kate, Daisy Morgan era más bien callada y algo insegura. Sin embargo, no había hombre que no se volteara a mirarla cada vez que entraba en un sitio. Con el cabello negro brillante, unos preciosos ojos celestes y curvas de modelo, la chica originaria de Reno, encandilaba. Si a eso se sumaba un carácter afable y sin pretensiones, los hombres no tenían posibilidad de resistirse.

No obstante, ellos ignoraban que Daisy estaba superando una dura ruptura amorosa y no quería saber de nadie. Su prometido la había dejado plantada en el altar cuando se dio cuenta de que ella no iba a heredar el dinero de su tío abuelo. Si aquel imbécil la viera ahora se podría pecar de que perdió una gran persona.

Daisy había montado su propio negocio turístico. En verano, alquilaba botes en el lago, y además regentaba el precioso resort Snowy Pine para esquiadores aficionados y profesionales. El resort funcionaba todo el año, tenía habitaciones preciosas y una reputación que le garantizaba clientes de altas esferas sociales.

Quizá por el pasado de Daisy y la empatía que le causaba, Kate se sintió de inmediato identificada con ella. Solían verse ocasionalmente y disfrutar en los bares de moda de alrededor. Entre ambas habían logrado tener un ameno grupo de amigos a los que se solían unir para pasar un buen rato.

Era Snowy Pine hacia donde se dirigía Kate. El sitio estaba a cuarenta minutos de distancia de la mansión.

Kate condujo tarareando una canción y moviendo la cabeza al ritmo de la música. Se detuvo abruptamente cuando vio una concentración de personas en las inmediaciones del resort. Inclusive cámaras de televisión y una ambulancia.

¿Qué diablos?, se preguntó aparcando rápidamente y bajándose con ímpetu del Ford Explorer, el automóvil que Daisy le había prestado indefinidamente durante su estancia en Lago Tahoe. Se abrió paso entre la gente. Algunos policías apostados en el exterior no quisieron permitirle el paso, pero cuando uno de ellos la reconoció, le permitió el ingreso. El oficial se llamaba Denver Colter, y Kate lo había ayudado a conseguir dos pases para el Super Bowl del año anterior. Ella sabía que se había ganado un amigo. Ahora lo comprobaba.

Los reporteros protestaron, pero el cerco policial se mantuvo firme, y Kate se hizo un espacio hasta entrar en el lobby. Empezó a buscar a Daisy, pero no la vio por ningún sitio. Se aventuró a la oficina. Nada. Eso le pareció extraño, pues su amiga siempre estaba o en la oficina o en el lobby haciendo vida social con sus clientes. Intentó llamarla, pero no hubo suerte.

Avanzó hasta el área de administración y saludó a Mijail.

—¡Hey! —Se quitó el gorro de nieve—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué tanto alboroto? —preguntó mirando al exterior desde la ventana de la oficina del ruso.

Aunque todo el resort estaba construido en madera, los detalles lujosos y los equipos de alta tecnología daban cuenta de lo próspero que era el negocio.

—Mi periodista favorita —saludó Mijail—. Pues verás curiosilla, se trata de un accidente en una de las pendientes de la tercera pista de esquí. La más arriesgada y peligrosa —respondió con su acento de San Petersburgo. Guardó el libro de reseñas de los visitantes. La miró con sus ojos azules y agregó—: Daisy, ha dicho que un esquiador fue atrapado por una avalancha. Eran tres. Uno de ellos dio la voz de alerta, y el otro, ya fue rescatado. Ambos están camino a un centro médico. El tercero... pues el equipo de búsqueda está localizándolo.

Para Kate no era novedad escuchar de accidentes o de personas extraviadas. Siempre rogaba que fueran encontradas, pero no entendía ese afán que tenían algunos de probar riesgos por mera diversión.

—¿Por qué hay medios de comunicación? —preguntó intrigada, mientras se guardaba los guantes en el bolsillo de la chaqueta impermeable color rojo—. No es como si se tratara de un accidente fuera de lo común. Siempre hay este tipo de situaciones en un resort de esquí, ¿no?

Mijail Kartzorov tenía treinta y dos años. Parecía más bien un actor de televisión, en lugar de un gerente administrativo y experto en montañas y nieve. Para Kate no era un misterio que el ruso estaba muy interesado en Daisy. Le daba pena que el pobre no tuviera oportunidad. Al menos no de momento.

—Alguien ha filtrado información de que uno de los accidentados es un deportista famoso. No tengo idea de si está atrapado o si es uno de los dos que ya está camino a un centro médico...

Kate no pudo evitar sacar su iPhone del bolsillo con una sonrisa.

—¿Sabes quién es?

—No. Y como no soy un hombre dado al cotilleo, cuando vi pasar a Daisy como un bólido no le pregunté mayores detalles. —Mijail pareció leer sus intenciones, cuando ella frunció el ceño—. Oh, ni lo pienses, Kate. No puedo permitir que te acerques a la pista —dijo con seriedad.

Poniéndose el gorro de nieve nuevamente, ella lo miró sin perder su sonrisa.

—¿No? —preguntó mientras se alejaba a paso rápido. «Seguro puedo vender ese reportaje. Y dado que a los reporteros de fuera no se les permite entrar al resort, yo tendría todas las primicias», pensó optimista.

Minutos más tarde, Kate rezongaba por lo bajo. El necio del jefe del equipo de rescate no le permitió acercarse ni un milímetro a las pistas que ya habían sido vaciadas. Los clientes y huéspedes más curiosos se arremolinaban para enterarse de la más leve información.

—Señor Jamison, tan solo quiero saber si todo va bien —insistió Kate al jefe del equipo mirando el nombre que llevaba bordado en el uniforme.

El rescatista la miró con impaciencia.

—Está interrumpiendo mi trabajo, señorita. A la única que debe importarle que todo vaya bien es a la dueña del resort y ella está bastante inquieta. ¿Es usted familiar de las víctimas?

—Soy amiga de la dueña...

Los ojos negros del hombre relampaguearon.

—Entonces, dado que no tiene ningún vínculo con las personas accidentadas bajo la nieve será mejor que guarde su curiosidad —dijo con acidez—. Ahora, ¿querría volver al área que marca la cinta de seguridad o tendré que pedir a mis colegas de la policía que la escolten?

Kate se encogió de hombros, resignada. Y eso que le dedicó al tal Miles Jamison una de sus más resplandecientes sonrisas.

Volvió detrás de la línea de seguridad. Si salía a la calle no la volverían a dejar entrar, y ella quería saber qué estaba ocurriendo. Entró al área de la recepción y avanzó hasta una salita muy confortable. Se aventuró a acercarse hasta una chica con una bufanda turquesa que canturreaba con sus audífonos *Beats* color negro.

Kate le hizo una seña con la mano para llamar su atención.

—¿Sabes qué ha ocurrido? —le preguntó a la adolescente, mientras esta se bajaba los audífonos hasta el cuello.

—Nadie suelta ni una prenda —suspiró mirando una taza de chocolate humeante que le habían dejado hacía un momento—, además, no es que me interese... Mi novio está por venir a recogerme. Vamos a ver si consigue entrar con este circo —dijo de mala gana.

—Vale, gracias.

La chica se encogió de hombros, subió los audífonos a la posición original y continuó su canturreo.

Resignada, Kate fue hasta donde Mijail. Este le entregó una copa de vino tinto para que se calentara. Ella lo bebió de buena gana. Muy aparte de la curiosidad que siempre la movía, esperaba que encontraran pronto y con vida a la víctima antes de que la nevada arreciara. «Qué horrible morir congelado», pensó con tristeza.

Una hora más tarde, la agitación alrededor se había disipado, pero Daisy no daba señales de aparecer pronto. Así que Kate finalmente le envió un mensaje de texto diciéndole que esperaba que todo se solucionara sin inconvenientes para el resort. La mala publicidad siempre afectaba el negocio. Los accidentes eran la peor.

—Mijail, ¿por qué no le dices a Daisy que estás enamorado de ella? —preguntó a bocajarro.

El ruso se quedó en silencio un rato. Luego respondió:

—Todavía no ha superado lo que ese imbécil de Conrad le hizo. ¿Cómo crees que va a querer involucrarse con otro hombre? Tengo que darle un poco más de tiempo.

—Han pasado dos años desde ese cretino, y ese es el tiempo que tú trabajas con ella. Quizá es tiempo de que hagas algo al respecto. Yo no confío en los hombres en general, pero cuando se trata de mis amigas tengo buen criterio juzgando, y tú eres un buen tipo. —Le dio una palmadita en el hombro.

Mijail sonrió, y unas ligeras arruguitas se marcaron alrededor de sus ojos.

—¿Por qué mejor no te preocupas también de sanar tu propio corazón, cariño?

Ella resopló, y lo miró con tristeza. Mijail no sabía de su pasado, más que el hecho de que su rechazo al romance y a una relación duradera era consecuencia de un episodio que iba más allá de un simple corazón roto. No podía contarle al ruso ni a nadie al respecto. Tan solo Colie conocía la historia. Y aun así, su mejor amiga ignoraba la parte más importante.

—Mi caso da más para una película de acción o para una buena novela negra —dijo con humor.

Mijail no compartió su sonrisa esta ocasión.

—El hombre que realmente se enamora de ti querrá saberlo todo. Compartir contigo la carga de lo que sea que hubieras vivido, y será su amor el que te ayude a cicatrizar. Tú solo tienes que tomar una pequeña decisión.

—¿Cuál...? —preguntó con un hilillo de voz.

—Permitirlo —replicó. Kate tragó en seco, porque la confianza para ella era un tesoro, pero se lo había entregado al hombre equivocado—. Seguro más pronto que tarde te enteras del cotilleo de hoy —dijo cambiando el tema al ver que Kate se había puesto pálida—, por ahora tengo que volver al trabajo. Ya sabes: los pedidos de víveres y coordinar el concurso de muñecos de nieve para los hijos de los huéspedes. Nos vemos luego.

—Seguro...

Con el estómago rugiéndole de hambre e intentando olvidar el comentario de Mijail, Kate fue hasta la planta superior.

Lo que más le gustaba a Kate era la vista a las montañas y las pistas de esquí. El teleférico funcionaba normalmente, y aunque ella no esquiaba porque su equilibrio no era el mejor, sí que le gustaba subirse e ir de un extremo a otro solo para contemplar desde las alturas la magnífica naturaleza que la rodeaba. Aparte de su deplorable equilibrio le daba vértigo la sola idea de la pista más peligrosa, en donde había ocurrido el accidente. Tenía más de trescientos metros de caída vertical y algunas partes tenían un ángulo similar que el de una rampa de saltos olímpicos. Esperaba que quien fuese la persona accidentada no tuviese nada que lamentar físicamente.

Pidió al camarero un lomo de salmón relleno de langosta.

Disfrutó cada bocado tomándose su tiempo. Sabía a cielo. El chef francés, Lamier Troufat, era tan quisquilloso como solo él podía ser. Kate se reía de las quejas de Daisy sobre las excentricidades del especialista, pero al final se le perdonaba todo, porque Lamier cocinaba maravillosamente.

Kate saboreó las especias y disfrutó el ambiente. Coqueteó con un guapo esquiador que estaba también almorzando a tres mesas de distancia. El hombre no hizo intentos de acercarse, y ella tampoco de darle a entender que aceptaría su compañía. Así era más seguro, pensó.

Se disponía a beber un sorbo de zumo de limón cuando sonó su teléfono. Sin pensarlo deslizó el dedo sobre la pantalla.

—Kate, ¿dónde estás? —preguntó Colette con angustia.

El tono apremiante y asustado le quitó a Kate la sonrisa. Dejó el tenedor a un lado y se reclinó en la silla.

—Colie, estoy en el restaurante de Daisy...

—Necesito que me hagas un favor —dijo con urgencia.

—Lo que sea. ¿Tú estás bien? ¿Madisson, Jake...?

—Estamos perfectamente, pero necesito que vayas al Hospital Ferguson que está a treinta minutos de tu casa.

—Eso está en la otra esquina. Desde aquí sería poco más de una hora de trayecto —murmuró Kate—. ¿Qué hay en ese sitio?

—Siento mucho pedirte esto, pero Cesare ha sufrido un grave accidente y...—Kate dejó de escuchar el resto. La noticia la paralizó. Como fanática de los deportistas, Kate sabía que Cesare era vital, ágil y exudaba virilidad por cada poro de su piel, pero sobretodo había sido un inteligente estratega en la cancha de tenis. Que ese hombre estuviera golpeado o impedido físicamente le parecía una crueldad. La sola idea de que estuviera en peligro le causaba una terrible angustia—... ¿Puedes?

—¿Eh?

—Kate, ¿has escuchado algo de lo que te dije?

—Yo... sí... sí... ¿Qué está haciendo él en Lago Tahoe? —replicó. Luego su cabeza sumó dos más. El accidente. Un famoso deportista. El resort de Daisy. ¡Dios! —. Oh. Ohhh. ¡Madre mía! Es él... entonces era él...

—¿De qué hablas?

Kate se lo dijo prácticamente a mil palabras por minuto.

—Estamos preocupados, Kate —expresó Colette—. Me acaban de llamar del hospital. Jake, Rexford y yo estamos entre los contactos de emergencia en Estados Unidos de Cesare, pero dado que Rex está en Europa, y nosotros a horas en avión, por favor, Kate, tienes que ir a verlo... Necesitamos saber cómo está. Llamar a su familia en Italia no es una opción.

—Sí... sí... Lo entiendo... ¿Te dieron algún indicio de su diagnóstico? —preguntó mientras se colocaba la chaqueta con dificultad, al tiempo que empezaba a bajar las escaleras para ir por su coche.

—Su condición es estable, pero tiene algunas contusiones. No alcancé a hablar demasiado con el personal que me llamó, fueron muy breves y por eso quiero que me digas de primera mano qué ha ocurrido —se le quebró la voz—, es uno de los mejores amigos de mi esposo, y, ¿recuerdas que cuando Jake me dejó en París, Cesare se portó maravillosamente conmigo?

—Claro, me lo contaste —replicó encendiendo el motor de su coche—. Espero que me dejen entrar, no soy familiar ni nada...

—Te las ingeniarás estoy segura —dijo Colie con alivio desde Santa Mónica—. Comunícate conmigo apenas puedas, por favor. Jake y yo queremos saber qué es lo que no nos dicen los médicos. ¿Me prometes que lo conseguirás información...?

—Lo prometo —dijo sin un ápice de duda en su voz.

Condujo a toda prisa hacia el Hospital Ferguson con el corazón agitado y los nervios de punta.





## CAPÍTULO 4

Cesare escuchaba los pitidos de las máquinas del hospital. Saberse vivo y a salvo era indescriptible. Intentó abrir los ojos, pero sentía los párpados demasiado pesados. Recordaba haberse quedado dormido bajo la nieve, y lo siguiente que vino a su mente fue el grito de lo que él suponía fueron los malditos paparazzi que habían descubierto su paradero. Luego el ingreso a la sala de emergencias, el doctor haciéndole mil preguntas mientras lo curaban, y finalmente el dolor que fue aplacado por una medicación.

—¿Hola? —susurró en un graznido que ni él mismo reconoció. No le apetecía abrir los ojos. Estaba agotado y necesitaba dormir. Después del Bautizo de Madisson, él había estado una semana en Londres y luego dos días en Brasil por negocios. Necesitaba un tiempo fuera de juego. Pensó que unos días esquiando le irían geniales, pero ahora sufría las secuelas de un accidente. «Vaya relax.»

Escuchó un frufú. Y luego percibió el aroma a limpio acompañado de un ligero perfume dulzón. Entreabrió los ojos, y los volvió a cerrar. Una enfermera.

La mujer no habló, sino que le tomó la temperatura y la presión. Luego trasteó en el aparato que controlaba los líquidos que eran administrados vía intravenosa.

—Buenas tardes, señor Ferlazzo. Soy la enferma Pearl Daniels. Se encuentra en el Hospital Ferguson de Lago Tahoe. —«Como si no lo supiera», pensó él con fastidio—. Sus signos vitales son estables al igual que su pronóstico médico.

—¿Y cuál es ese pronóstico...? —preguntó de mala gana. Odiaba a la gente que se andaba por las ramas, en especial cuando se trataba de temas importantes. Como su maldita salud. Abrió los párpados del todo. La luz blanca le pareció cegadora en un principio, pero se fue habituando con prontitud. Ante él apareció la imagen nítida de la enfermera Daniels. Vaya sorpresa. Detrás de la voz aburrida había oculto un bombón de cabellos negros y ojos azules. «Al menos mis apreciaciones masculinas están intactas», pensó con sorna.

—El doctor Orson Mortimer vendrá dentro de un momento y podrá responder con más especificidad a todas sus interrogantes.

—Tengo derecho a saber el maldito pronóstico —rezongó con la voz más clara.

—Por supuesto —dijo sonriéndole de modo encantador—. En un momento vendrá el doctor y...

—Mis amigos —la interrumpió—, hace unas horas no me dieron información sobre ellos, quiero saber si están bien.

—Lo siento, pero usted vino solo. Ignoramos sobre sus amigos o conocidos.— La mujer se sonrojó antes de agregar—: Me gustaría decirle que soy una gran admiradora. Siempre he seguido su carrera. Me apena mucho verlo en ese estado. Hemos hecho todo lo posible para que estuviera cómodo. Su forma de jugar al tenis se echa en falta en los grandes torneos. ¿Sabe? Con mis amigas nos reuníamos en cada competición que participaba y apostábamos en la final quién se llevaba el trofeo. Yo siempre le apostaba a usted, y...

—Llame al maldito doctor que no he venido a hacer ningún espectáculo ni a complacer a nadie —expresó con fiereza interrumpiendo la perorata. Generalmente no era grosero con las personas, menos con las mujeres, pero esta situación era ajena a lo que él consideraba “normal”. No tenía tiempo para atender halagos, cumplidos o lo que fuera de nadie.

—Sí... Sí, claro... Lo siento... —replicó con nerviosismo, mordiéndose el carnoso labio inferior—. No quise importunarlo. Soy muy profesional.

—Enfermera...

—El doctor Mortimer está pasando visita, pero no tarda en venir.

—¡Me importa una mierda si está pasando visita en la China! Llame al maldito médico. ¿Comprendió o es que no hablo bien inglés? —espetó con su marcado acento italiano. Odiaba no poder moverse. Era un hombre por antonomasia activo y amaba el deporte. La sola idea de verse impedido de mover sus extremidades a gusto lo turbaba de un modo indecible.

La mujer dejó de mirarlo embobada, y salió en busca del médico.

¿Es que no podía un hombre llevar en paz sus heridas?, pensó Cesare. Solo faltaba que se acercara a pedirle un autógrafo. La enfermera podía tener un cuerpo interesante y un rostro de muñeca, pero no le afectaba más allá de una simple apreciación masculina. Era partidario de una vida sexual sana, y ofertas jamás le faltaban, pero él era muy selectivo. Al menos esperaba poder sostener una conversación decente con su pareja por más que la mujer con la que se acostara no volviese a cruzarse en su vida. Las *groupies*, no le iban.

Minutos después entró doctor Mortimer acompañado de la enfermera Daniels, quien ya lucía un semblante más serio. El médico tenía bigotes blancos, cabellos del mismo tono, espeso, y una sonrisa que daba seguridad a sus pacientes.

—Buenas tardes, señor Ferlazzo.

—Doctor...

—Tal como le comenté en la sala de emergencias su caso no es grave, podemos dar gracias por ello, sin embargo, se quedará en observación durante cuarenta y ocho horas. Luego podrá irse a casa.

—Solo tengo un esguince en el pie —se miró el pie vendado—, un vendaje en la pierna, y el brazo izquierdo vendado también. No veo la necesidad de quedarme aquí dos días. Con un poco de ejercicios...

—Le recuerdo que el golpe que se dio en la cabeza fue muy fuerte —interrumpió el doctor—. El pie lo mantendrá inmovilizado unos días, aunque no es



ningún esguince grave, sí que está hinchado el pie, el yeso es solo es una medida adicional, aunque en su caso no es necesaria.

—¿Entonces para qué lo aplica? Déjeme solo el maldito vendaje.

—Tenga en claro que lleva un corte justo detrás de la oreja derecha que sangró bastante, de hecho, se abrió y por eso le apliqué los puntos. Aunque la tomografía no ha arrojado problemas o similares debido al golpe sufrido en la cabeza, lo pondré en observación —continuó como si Cesare no hubiese hablado. En la escuela de medicina le habían enseñado a ser muy acucioso y no iba a dejar que este paciente decidiera por él mismo. Sabía que el yeso era para casos más extremos, pero siendo Cesare Ferlazzo una persona al parecer bastante necia, sería mejor inmovilizarlo un tiempo para que sanara sin problemas—. Es mi responsabilidad como médico. Y la suya es atenerse a las órdenes que implican su bienestar, señor Ferlazzo.

Cesare rezongó por lo bajo, no tenía cómo objetar.

—¿Tiene alguna noticia de mis amigos que estaban esquiando conmigo?

—No. Lo sentimos. Una de las enfermeras se comunicó con —revisó su libreta—, la señora Colette Weston como nos indicó usted que hicieramos.

Cesare gruñó. Necesitaba hablar con Chantal y Farah, las esposas de sus amigos con quienes había ido al resort a esquiar. Si no estaban en el hospital solo podría implicar que ellos también habían sufrido lesiones. Esperaba que no fueran graves, porque no quería ni imaginarse si acaso... Algo dentro de él se agitó. No podían haber muerto. Él no podría con esa culpa. No otra vez.

—No me dejaron llamar por teléfono... —se quejó con acidez.

—Es política del hospital que las enfermeras se encarguen de hacer las llamadas de las listas de contactos de emergencias que tienen los pacientes que, como usted, llegan solos y han sufrido un accidente de cualquier índole —contestó con firmeza.

—Ahora estoy bien... o a salvo. Necesito mi teléfono. ¿Dónde está?

La enfermera Daniels, que se había quedado a un lado por temor a un estallido del genio de Cesare, fue a abrir el pequeño clóset de la habitación y tomó el teléfono. Se lo entregó con cautela.

—No muerdo —le dijo Cesare.

La muchacha asintió con una sonrisa tímida.

—Pasaré en la noche para ver cómo evoluciona —dijo el médico—. Adicionalmente, señor Ferlazzo, me gustaría...

Fuera de la habitación se escuchó un forcejeo. Murmullos. Voces airadas, y después, la puerta de se abrió de pronto.

Un vendaval de un metro sesenta y cinco centímetros y cabellos rubios entró seguido de una furiosa enfermera que la jaloneaba de la manga de un elegante abrigo negro. La mujer, de espalda a Cesare, intentaba sin éxito deshacerse del agarre de la canosa enfermera.

La chica tenía unas piernas bonitas, notó él. Algo en la muchacha se le hacía muy familiar. Frunció el ceño.

—¡Le he dicho que me suelte! —espetó la mujer dándose la vuelta por fin.

Con la respiración agitada, las mejillas sonrosadas y una mirada decidida, Kate miró a Cesare. Por un instante nadie dijo nada. O al menos ninguno de los dos lo notó. Solo con mirar aquellos ojos color miel, Cesare sintió una descarga explosiva de adrenalina. Una colisión química que los afectó a ambos.

—¿Señorita...? —dijo el doctor Mortimer aclarándose al ver que la enfermera se había marchado furiosa al no poder detener a la curiosa muchacha.

—Oh, qué pena entrar de este modo. Mi nombre es Kate Blansky —expresó como si no hubiese estado correteando por los pasillos del hospital, sonriendo a diestra y siniestra, coqueteando un poco, hasta haber conseguido informarse de dónde estaba Cesare Ferlazzo. Todo el esfuerzo era por su mejor amiga, Colette. Claro que era por ella. Porque a Kate, Cesare, le daba igual—. Este personal de enfermería deja mucho que desear... si me permite comentárselo —dijo con todo el cinismo que le corría por las venas, pero el doctor no tenía por qué notarlo.

—Señorita Blansky, no puede entrar de esta manera —dijo el médico con parsimonia—. Entiendo que algunas seguidoras del señor Ferlazzo, así como miembros de la prensa, han intentado entrar aquí hoy y por eso hemos asegurado el exterior. —Soltó un suspiro cansado. A él no le gustaba que lo importunasen. Era un fastidio cuando le tocaba lidiar con un paciente famoso—. Me veré obligado a llamar a seguridad si no se retira. No entiendo cómo consiguió siquiera que le informasen en dónde localizar al paciente...

Cesare observaba divertido la escena. Estaba viendo a la hermosa y cotilla amiga de Colette armar uno de sus números. Era toda una revelación. Por primera vez en todo el día, realmente estaba relajado.

—Oh, pero yo conozco a Cesare, doctor. Es lo que había tratado de explicarle a esa enfermera. Supongo que debe ser porque no traje hoy el anillo —explicó solicitamente y con un tono compungido. «Ay, Dios. Colette me debes una», se dijo Kate—. Habíamos decidido encontrarnos en el resort, pero ocurrió este terrible accidente y todo se volvió una absoluta confusión.

Cesare contuvo una sonrisa. La mujer tenía dotes de actriz, sin duda. Pasaba del enfado, a la circunspección, y finalmente, a la desolación. «Con que un anillo, ¿eh?» Estaba ansioso por escuchar qué otras invenciones salían de esa cabeza. Pero sobre todo, quería saber qué estaba haciendo en el hospital y en Lago Tahoe.

—No constaba usted en la lista de contactos de emergencias del señor Ferlazzo —intervino de pronto la enfermera Daniels—. Llamaré a seguridad.

Kate no dudó en fulminarla con la mirada.

—¿Acaso usted hizo la llamada a esa lista? —preguntó.

Pearl negó. Kate sintió alivio, porque no tenía cómo explicar el hecho más obvio. Si estaban prometidos, ¿cómo no estaba ella en su lista de emergencias? «Un bache menos.»

—¿Se da cuenta, enfermera? Lo más probable es que su compañera haya llamado a la primera persona que Cesare mencionó en su estado de aturdimiento y fue Colette Weston. ¿Me equivoco?

Pearl negó de nuevo.

—Siempre le he dicho a Cesare que tanto Colette, que por cierto es mi mejor amiga y está casada con uno de los amigos de mi prometido, como yo, podemos ponernos un poco histéricas en una situación delicada —dijo con una risa suave sin mirar a Cesare—. De las dos, Colette suele ser la más sosegada. Por eso debí pensar en ella de buenas a primeras. Pues, bueno, fue Colette quien me avisó —explicó. «Eso ha sonado coherente, Kate. Muy bien.»

—Está todo aclarado entonces, señorita Blansky, lamentamos el mal entendido —terció el doctor.

—Gracias...

Cesare frunció el ceño, pero no abrió la boca para nada. Además tenía un poco de sed. Le hizo una seña a la enfermera, y esta le acercó un vaso. Él bebió todo el contenido. En ese instante entró la enfermera gruñona que había querido impedir la entrada de Kate a la habitación. No regresó sola, sino que lo hizo con dos agentes de seguridad.

—Es usted entonces la prometida del señor Ferlazzo —afirmó el doctor observando a los dos agentes que estaban prestos a llevarse a Kate.

—Una feliz prometida —dijo con una resplandeciente sonrisa. No quería mirar al italiano. Seguro pensaba que se le había ido la olla. Y en ese momento, ella también estaba presta a creerlo, pero tenía que seguir con el número si quería cumplir su promesa a Colette.

El doctor hizo una seña a los guardias y estos se retiraron con la enfermera gruñona y la enfermera Daniels detrás.

¿Por qué Cesare no decía nada?, se preguntó Kate, nerviosa.

—Mu... muchas gracias...

—Me alegro de que haya logrado llegar hasta aquí. El cariño de la persona amada es el mejor remedio. —Si Kate hubiera estado bebiendo algo, seguro y lo escupía. El doctor, ajeno a sus mejillas arboladas por la vergüenza, le entregó un recetario para que comprara las medicaciones que tenía que tomar Cesare durante los siguientes diez días.

Kate soltó un suspiro aliviado. No le duró demasiado tiempo.

—Kate, cariño —dijo Cesare con voz ronca a su espalda. El tono tan sensual con que él pronunció su nombre, con aquel ligero acento extranjero, la cautivó.

Ella se giró con una sonrisa. Tenían un espectador. ¿Por qué no se iba el médico de una buena vez?

—¿S...sí, mi amor? —preguntó consciente del brillo burlón en los ojos negros.

—Creo que luego del calvario que he vivido merezco un poco de consuelo —expresó con voz divertida y sensual.

—Claro, yo te contrataré una enfermera las veinticuatro horas del día...

—Oh, no me refería a eso, *cara mía*.

—Ah, ¿no? ¿Entonces?

Cesare extendió la mano invitándola a acercarse. Ella, con renuencia y sintiendo el corazón palpitante a mil, accedió. Le dio la mano.

—Luego de una experiencia tan difícil, nada deseo más que un beso tuyo, cariño.

Kate ahogo una exclamación. Compuso una sonrisa, pero sus sentidos estaban en alerta absoluta.

—Oh, no creo que...

Cesare tiró una sola vez, con firmeza, de la mano de Kate y ella prácticamente cayó en sus brazos. Kate se apoyó en la cama para no tocarlo. Pero su aroma era más que suficiente para intoxicar de adrenalina sus fosas nasales.

—Bésame —pidió Cesare. Un tono rico como el más fino café. Oscuro y tentador.

Ella continuaba sin moverse.

—Será mejor que me beses si no quieres que el médico crea que eres una de esas *groupies* o fanáticas mentirosas y alocadas que me perseguían en los torneos y que ahora continúan haciéndolo. Eso haría venir a los guardias de seguridad. Qué horrible, ¿verdad? —insistió él mirándola a los ojos.

A Kate le gustaba ese tono leonino que expresaba tanto. Sabía que estaba atrapada y él pensaba aprovecharse de ello.

Estaban muy cerca. Sus bocas separadas por milímetros y sus ojos enlazados como dos firmes cadenas de energía sensual.

Kate carraspeó.

—Yo...

Él no le dio tiempo a nada. La tomó de la nuca para tener acceso a ella sin restricciones. La boca de Cesare era caliente y colmaba los sentidos de Kate de un modo imposiblemente delicioso. En su beso encontró dureza y suavidad al mismo tiempo. Ella fue a protestar, pero Cesare fue más ágil y aprovechó para deleitar aquellos labios sensuales con su lengua.

Durante los siguientes segundos ambos se dedicaron a explorarse. Ella apartó la mano del colchón, y la apoyó sin querer sobre el brazo herido de Cesare haciéndolo dar un respingo. Esa reacción consiguió que Kate recuperara la cordura y volviese al mundo real, que por un momento le pareció demasiado plano sin la calidez y persuasión de la boca maestra que se había entrelazado con la suya.

Preocupada al recordar que tenían público, Kate se giró, pero el doctor Mortimer ya se había marchado.

—Supongo que nos creyó —dijo Cesare con la voz ronca siguiendo el curso de la atención de Kate. Estaba duro. Muy duro. Le hubiese gustado continuar devorando los carnosos labios que ahora lucían hinchados por el beso. ¡Y qué beso! Esa mujer era puro fuego. Y ahora más que antes, él estaba decidido a arder en ese fuego con ella.

Kate se apartó, y fingió estar muy ocupada rebuscando en su bolso rojo, mientras trataba de recuperar el resuello.

Nunca la habían besado de aquel modo, y ella tampoco había logrado responder jamás como si en un simple y llano contacto de labios pudiera irsele la vida. Prácticamente había devorado la boca pecaminosa de Cesare y le había dado carta blanca para que hiciera lo mismo con ella. ¿Disfrutarlo? ¡Madre mía! Más que eso. Cesare acababa de resquebrajar la muralla de precaución que solía llevar auestas. Por un momento se había sentido arropada por una sensación de placidez y quiso más... Ella *nunca*, en especial después del cretino de Gabe, había querido sentir *más* con nadie.

No se reconocía a sí misma. Deseaba sentir esa boca en cada trocito de piel, en cada rincón de su ser y perderse en los trazos eróticos que él podría dibujar en su cuerpo dejándole una marca indeleble. Debía recuperar la calma. Volver a ser la misma Kate Blansky de antes del beso.

Necesitaba ocuparse en algo y volver a mirar a Cesare no era una opción de momento. Ella llevaba ventaja. Él no podía incorporarse para obligarla a nada. Y no era precisamente que ella hubiese puesto resistencia a ese beso. Los labios le palpaban, el corazón competía con su cerebro para intentar ralentizar las emociones y los pensamientos.

Kate pensó en llamar a Colie, pero prefirió escribir un mensaje de texto. *Cesare está bien. Una pierna vendada por un corte profundo a la altura del muslo, y el pie enyesado por un esguince. El brazo vendado porque se hizo una herida y le aplicaron puntos de sutura. Puntos en la cabeza, pero no es grave. Le han ordenado reposo en hospital 48 horas y luego le dan el alta. Al instante Colette respondió. Qué alivio. Eres la mejor. Le diré a Jake para que se tranquilice. Gracias.* Kate no se pudo guardar el replicar por las mismas. *Me debes una... bien grande. Pero bieeeen grande, Colie.* Luego volvió a guardar el teléfono.

—¿Terminaste? —preguntó él de pronto haciéndola dar un respingo—. Es de mal gusto dar la espalda a una persona con la que acabas de besarte tan apasionadamente. O quizá no lo hice tan bien... Si es así, me gustaría reivindicarme —comentó con un ronroneo.

Por un acto reflejo, Kate lo miró. Aun a pesar de toda la parafernalia de aparatitos y su estado, Cesare lucía imponente. Tenía una fuerza interior capaz de irradiar alrededor. Su madre, tan experta leyendo el aura y entendiendo las emociones ajenas, podría seguro darle una mejor descripción.

—No sé a qué te refieres —replicó a la defensiva. Debería hacer caso a su instinto y haberse mantenido a distancia de Cesare. No debió devolverle el beso. ¿Acaso no había aprendido de sus errores? ¿Acaso era una idiota sin sentido común?—. Si estás buscando un halago por ese —hizo un gesto con la mano como si intentara restarle importancia— beso, pues lo siento. No eres el primer hombre que me besa ni creo que seas el último.

Cesare soltó una carcajada grave.

—El beso ha servido para demostrarte, tal y como te dije en Santa Mónica, que tú y yo tenemos un asunto pendiente. Ahora más que antes —afirmó.

—Solo nos hemos visto un par de veces... —repuso cruzándose de brazos.

—¿No me digas? Bueno, dado que ahora aparentemente tengo una prometida que se llama Kate Blansky, quizá pasar tiempo con ella sea lo que más me apetezca. —A pesar de que ella llevaba todavía el abrigo encima, Cesare no pudo evitar evocar las imágenes de Kate en el sensual vestido como Dama de Honor en el matrimonio de los Weston. Ni tampoco la forma en que el vestido en el Bautismo de la hija de Jake se había pegado a cada una de sus curvas. Se imaginó cómo serían los pechos de Kate desnudos, a qué delicioso pecado sabrían sus pezones, ¿serían sus areolas rosadas o del color del capuchino? ¿Cómo serían sus gemidos cuando los chupara y halara con sus dientes? De seguro el vientre de Kate sería liso y suave. Él sabía que tanto Colette como Kate hacían siempre ejercicios. Estaba seguro que cuando llegara al vértice entre sus muslos, su sabor natural lo pondría a mil. Le daría con su lengua, sus dedos y su sexo todo el placer que la llevaría a gritar su nombre—. Porque después de todo, ¿dónde crees que voy a alojarme? —preguntó controlando su excitación.

Ella abrió y cerró la boca. Achicó los ojos.

—En el resort de Daisy. ¿Dónde, si no? Yo estaba ahí para almorzar con la dueña que es muy amiga mía. Me enteré del accidente, solo que no sabía que uno de los accidentados fueras tú, hasta que me llamó Colette y uní los cabos. Creo que debería llamar a Daisy y decirle que no cancele tu reservación y la amplíe en cambio unos diez o quince días. Así podrás recuperarte, hacer tu terapia física y regresar donde sea que vivas actualmente. —Se ajustó el abrigo y elevó la barbilla.

—Solo para que lo tengas en cuenta, *bella*, yo viajé mucho, pero la mayor parte del tiempo paso entre Palermo y Santa Mónica. Así que la pregunta es: ¿intentas librarte de un pobre impedido físicamente?

Kate no pudo evitar reírse. Y ella que pensaba ser la reina de la manipulación.

A Cesare le gustó poder romper el hielo. La risa de Kate era suave y lo invitaba a querer probar aquella risa en sus labios. Y si no se andaba con cuidado iba a tener una perenne erección hasta que sus condenadas extremidades pudieran moverse con libertad, y tomar así cartas en el asunto para intentar que Kate clamara por más del placer que él podía darle.

—Prefiero pensar que se trata de mantenerte en un sitio en donde te atiendan.

—¿Qué haces en Lago Tahoe? —preguntó él de pronto con sospecha—. Entiendo por Colette que eres muy dada a... digamos entretenerte con los cotilleos.

—El rostro de Cesare se volvió frío de pronto—. ¿Es que acaso piensas vender esta historia? —La sola idea de que aquello fuese posible, le escoció y lo indignó. Su vida privada era eso *privada*.

La furia contenida de su voz hizo que Kate se estremeciera. Y no de gusto. Fue una advertencia muy clara.

—No sé qué impresión tengas de mí, y la verdad no me importa en lo más mínimo —mintió y trató de sonar indiferente, aunque lo cierto es que inexplicablemente la idea de que Cesare la pudiese considerar taimada y rastrera la afligía—. Pero si sientes curiosidad por saber si venderé tu historia, no lo haré. Yo tengo ética, ¿sabes? Quizá me guste conocer información del mundo del espectáculo, pero no vivo de eso. Lo hago porque me entretiene. Y si eres amigo de Colette, entonces no tengo interés en lo que hagas o dejes de hacer.

Cesare se relajó y asintió convencido de las palabras de ella.

—Lo siento, me dejé llevar por lo que Jake...

Kate desconfió del tono diáfano de aquel hombre. Tenía la barba de dos días. Sus cejas gruesas y perfectas enmarcaban unos intensos ojos negros, rodeados por unas pestañas tupidas que deberían ser reservadas solo para las mujeres. Cesare ejercía una atracción básica en ella. Tan básica que al sentir su mirada, los pezones se le endurecían y un calor líquido empezaba a lubricar su sexo.

—Sí, ya sé —lo interrumpió, sorprendiéndolo con una sonrisa—, cuando hice un *intercambio* de información por unos pases para la temporada de tenis. Se lo merecía por haber sido un cretino —se encogió de hombros—, será mejor que no te llesves impresiones equivocadas por lo que otras personas puedan comentar sobre mí, y en general.

—Tomo nota —dijo con una sonrisa.

Ella se aclaró la garganta.

—Contestando a tu primera y coherente pregunta, yo vivo aquí hace varios meses y regento una mansión familiar para vacaciones —explicó escuetamente—. Estoy en este hospital simplemente porque Colette se preocupó por ti, y le prometí que haría todo lo posible por decirle los detalles de tu accidente. Los cuales, por supuesto —señaló el teléfono que acababa de guardar en su bolsa— ya se los he comentado.

—¿Pretendes dejarme en la estacada cuando has hecho tanto esfuerzo por ingresar a la fuerza por esa puerta? Mmm... yo que pensé que los norteamericanos tenían el mismo sentido de la hospitalidad que los italianos —comentó. Era divertido pinchar a Kate. Mordía el anzuelo, y el rubor marcaba sus mejillas cuando lo hacía—. Siento haber pensado mal de ti hace un rato, pero ya que mencionas a Colie, ¿no sería más completo tu informe si me dieras hospedaje en tu casa? —preguntó con media sonrisa.

Kate suspiró.

—Escucha, Cesare, solo estoy aquí por Colette. ¿De acuerdo? No me interesa vincularme contigo ni con nadie de ninguna manera. Ese beso fue agradable, sí, pero un gran error que no se volverá a repetir. No cambia nada. Si quieres ser encantador, pues sé eso, pero no conmigo —dijo con suavidad sin responder la pregunta.

La única información que Cesare registró fue la concerniente a la calificación que Kate había hecho del beso. ¿Agradable? ¿Esa mujercita estaba describiendo aquel beso volcánico como agradable? Muy pronto le iba a demostrar que el adjetivo que había utilizado era el menos apropiado para describirlo. Si fuera vulgar podría decirle que mirase bajo la sábana, cuán “agradable” estaba su sexo ante la idea de volver a tocarla.

—Ahora mismo lo que me place es volver a besarte —comentó sin tapujos—, sin embargo, creo que necesito dormir un poco más antes de reponerme de estos golpes. Entonces veremos si los besos, en condiciones, te parecen todavía *agradables*.

—Así que te he afectado el ego por un simple adjetivo —replicó sin molestarse en ocultar su fastidio por la pretensión de que ella iba a permitirle besarla nuevamente.

—Se necesita más que un *simple adjetivo* para afectar mi ego, *bella*.

La puerta se abrió y entró el doctor Mortimer, interrumpiendo la réplica que Kate tenía en la punta de la lengua.

—Señorita Blansky, me temo que el horario de visitas ha terminado.

Ella asintió, aliviada, porque era su puerta de escape. Sin embargo, lo que dijo a continuación el doctor, la dejó sin salida.

—Antes de que se marche, me gustaría pedirle que me indique a qué dirección debemos enviar la factura del hospital.

Kate estaba atrapada. Si decía que la enviaran al resort, sonaría falso y ridículo. Estaba atrapada en la mentira que le había dicho al doctor Mortimer. «Vaya si Colette no me debe más de una.»

Miró de reojo a Cesare, quien fingía estar dormido. Infame. Como si fuera tonta para no darse cuenta que tenía los labios ligeramente curvados hacia arriba.

Entre dientes, y con resignación, le dio la dirección de su casa al doctor.





Cesare estaba complacido con la habitación principal que Kate le había asignado. La vista era preciosa. Puesto que él viajaba mucho, y no precisamente por placer, eran pocos los momentos en que tenía oportunidad de relajarse de verdad, tal y como estaba haciendo en ese preciso instante.

Leonard y Angello, con sus respectivas esposas, habían ido a visitarlo al hospital ya bastante entrada la noche del día del accidente y cuando Kate ya se había marchado. Leonard, en su desespero por huir de la avalancha, se había golpeado la cabeza contra un árbol perdiendo el conocimiento durante un buen rato, pero logró salir del caos. En el caso de Angello, solo sufrió un par de golpes y fue quien logró dar la voz de alerta.

Cesare se había alegrado y tranquilizado al saber que sus amigos estaban bien. Ambos iban ya de camino a Georgia de donde eran originarios. No querían saber de esquiarse por un buen rato. Él no los culpaba.

Sentado en el cómodo colchón de la que sería su habitación hasta que estuviera físicamente repuesto, escuchaba el crepitar de las llamas mientras el fuego consumía los trozos de madera. Él solía recuperarse rápidamente de los golpes o lesiones, así que esperaba que en esta ocasión la situación fuese igual. Tenía treinta y seis años, y siendo deportista, su cuerpo estaba habituado a la terapia física, dolencias, etcétera. El médico le había aconsejado tomarse la situación con calma antes de embarcarse en un avión. Dentro de tres días tenía que ir al hospital para hacerse una evaluación de reconocimiento en especial por el golpe de la cabeza.

Apenas surgió la oportunidad se había comunicado con su madre en Italia para decirle el motivo por el que no podría acudir a la gran comida de cumpleaños de su hermana Tarissia.

—En este momento le digo a tu padre que envíe a sus amigos médicos a Nevada. ¿Por qué no nos llamaste antes, Cesare? —preguntó su madre en tono acusatorio, mientras él escuchaba de fondo el sonido de las risas y música familiar. No pudo evitar sonreír. Adoraba a su familia—. ¡Un médico italiano es lo que tú necesitas, no esos norteamericanos poco prácticos que no te dejan volar a casa!

—Estás siempre entre Sicilia, el Lago Como, y La Toscana, ¿cómo diablos iba yo a preocuparte por algo tan tonto como una caída? Los médicos norteamericanos son tan buenos como los italianos. Y te recuerdo que soy mitad norteamericano por ti.

—¡No maldigas jovencito! —rezongó la guapa señora Ferlazzo, mientras su esposo enarcaba una ceja. Ella le hizo una seña para que se callara, y él le respondió con un guiño—. Además, le había dicho a Prudence que viniera a la fiesta con la intención de...

Cesare se echó en la cama y cerró los ojos.

—Madre, no necesito que me busques una esposa. Deja de invitar mujeres a las reuniones de la familia con esa finalidad. Ya hemos hablado del tema.

—¡Dio! Pero qué muchachito más mal agradecido. No son *mujeres*, Cesare. Son las hijas de mis mejores amigas. Chicas de buena cuna, italianas, que saben...

—*Mamma, come sta la nonna?* ¿Cómo está la abuela, eh, mamá? Creo que eso es más importante.

—Extrañándote...

—*Mamma...*—pidió con renuencia.

Escuchó desde el otro lado del mundo un suspiro resignado. Cesare, sonrió.

—Oh, muchacho terco, de acuerdo. Ya quiero que se acabe esa ridiculez que creaste con Lavinnia. —Cesare iba a replicar, pero su madre no lo permitió—: Por esta vez te acepto el cambio de tema. Pero no quiero morir sin que mi único hijo me dé los nietos que deseo.

Cesare puso los ojos en blanco, y escuchó el cotilleo de su madre sobre cómo su abuela Odessa despotricaba todos los días contra el cocinero que procuraba hacerle una dieta para que no se le subiera la presión. Luego, su madre le dijo que todo iba bien en casa y que esperaba que fuese a visitarlos lo antes posible, porque ya se había perdido demasiados eventos familiares. Su padre se puso también al teléfono y luego de decirle que no le hiciera caso a los planes casamenteros de su madre porque él entendía su situación, le hizo prometer que una vez que estuviese recuperado de sus leves lesiones físicas estaría en un avión rumbo a Sicilia.

—Qué cómodo es todo esto —dijo en voz alta sintiendo la calidez de la habitación rodearlo.

Él y Kate habían llegado del hospital esa mañana. Su renuente anfitriona se había cuidado de no quedarse a solas con él. ¿Para qué si no, le contrató a una enfermera que estuviese veinticuatro horas al día pendiente de sus necesidades? «Cortesía de la casa por tu seguridad», le había explicado Kate. Pero esa artimaña infantil, lejos de exacerbarlo, solo había logrado incrementar las ganas de llegar a ella.

La idea de conquistar a Kate le parecía muy atractiva. Solo estaba esperando que su abogado le diera una confirmación. Eso era todo. Luego, empezaría una vida distinta. El accidente en la nieve le había hecho abrir los ojos.

Cesare estaba cansado de viajar de un sitio a otro, y consideraba que ya era tiempo de que sus hermanas, Tarissa, Nicoletta y Luccia, se dieran de lleno al trabajo en las empresas de la familia. Él ya tenía bastante con supervisarlas, aparte de hacer lo propio con sus discotecas y bares en varias ciudades como Nueva York, Los Ángeles, Santa Mónica, Madrid, Roma, Londres, Palermo y Tokyo. Quería viajar solo lo estrictamente necesario.

—Señor Ferlazzo —dijo la enfermera irrumpiendo en la estancia.

Se llamaba Heather Grants, y Cesare la consideraba más bien una generala que una mujer dada al cuidado de un enfermo. Aunque él de enfermo no tenía nada. Esa iba a cobrársela a Kate. Y la sola idea del modo en que lograría que resarciera el tratarlo como si tuviera la peste, lo ponía de buen humor.

—¿Sí? —preguntó girándose hacia la puerta. La mujer llevaba uniforme blanco. Se rehusaba a ponerse ropa informal, porque según ella le quitaba profesionalismo y en sus cuarenta años al servicio médico se había acostumbrado a vestir así. ¿Por qué no se le ocurrió a Cesare contratar a la preciosa Pearl Daniels?

Así hubiera resarcido el ácido humor con que la había tratado. Y no es que cuando le dieron el alta, él la hubiese ignorado, de hecho, le pidió disculpas y le firmó un autógrafo. Pearl, sin embargo, le insinuó que le hubiera gustado que le ofreciera algo más que solo una firma con su nombre—. Espero que no me quiera acompañar a dar una ducha, enfermera —dijo con seriedad, aunque nada le divirtió más que ver cómo la mujer se ponía roja como la grana.

—Señor Ferlazzo, no he venido a bañarlo, no es un usted un inválido...

—Vaya, me alegra mucho que me lo aclare —interrumpió poniéndose de pie con su metro ochenta y siete de altura de puro músculo. Se apoyó en la muleta que llevaba bajo el brazo derecho—. Eso significa que viene a comunicarme que ha desistido de continuar perdiendo su tiempo intentando hacer de enfermera con alguien que no lo necesita. ¿Es eso?

La mujer de cejas gruesas frunció el ceño.

—No, señor —dijo en tono severo—. Me ha indicado la señorita Blansky que le comunique que hay sopa de mariscos, y risotto de cuatro quesos por si le apetece.

—¿Cortesía de la casa?

La enfermera asintió.

—Imagino que la obligó a usted a cocinar.

Heather lo miró, ofendida.

—Nadie me obliga a nada que no haya sido estipulado antes en el convenio de trabajo. Lo ha hecho la señorita Blansky.

—Interesante... —replicó—. Dígale que será un placer cenar con ella dentro de un rato.

Heather se aclaró. Miró a través de la ventana el cielo que iba perdiendo el color. En invierno anochece más rápido. Eran las seis y media de la tarde. Ella conocía a Kate, porque la madre de esta, Rowena, la había contratado para que la asistiera durante el tiempo que duró la recuperación de la operación en la que le extirparon varios quistes de los ovarios. Kate era una chica estupenda, y cuando la llamó para que se hiciera cargo de otro enfermo, no dudó.

—No lo ha invitado a comer...—respondió cruzándose de brazos. Ella trabajaría solo hasta las ocho de la noche en que le tocaba la última medicación al muchacho. Ya vislumbraba problemas.

—¿Ah, no? ¿Se ha vuelto a recluir en ese oscuro callejoncito que da a no sé qué parte de la mansión?

—No es de mi incumbencia lo que ella haga o no. Ahora, le agradeceré me comente si piensa bajar a cenar o prefiere que le traiga la comida a la habitación —replicó. Miró el pie enyesado de Cesare—. Será mejor que se la suba.

Cesare sonrió.

—Dígale, por favor, a la señorita Blansky que si quiere que un huésped se sienta a gusto puede venir ella misma a invitarlo. —En la mañana, apenas llegaron a la mansión, Kate le enseñó la casa, pero se negó a explicarle hacia dónde conducía el corredor lateral por el que ella iba y venía trayendo documentos para que él firmara como arrendatario. «No forma parte del valor que has pagado por rentar la casa, te lo aseguro», le había dicho y luego le entregó un juego de copias de las llaves. Después, le presentó a la enfermera y posteriormente desapareció de su radar.

—Para eso me paga a mí. Ahora, haga el favor de sentarse o bien acompañarme al comedor. Decídase.

Cesare contuvo una sonrisa. Aunque era una generala, le caía bien. Tenía ese mismo espíritu mandón que solía tener su abuela Odessa.

—Cenaré aquí, gracias.

Heather iba a cerrar la puerta, cuando Cesare habló de nuevo.

—¿Sabe dónde está Kate?

—Solo sé que ha salido. —Dicho esto cerró la puerta dejando a Cesare con el ceño fruncido. No estaba acostumbrado a que lo rechazaran ni ignoraran. Kate había hecho ambas cosas.

\*\*\*

El escenario estaba esperándola. Caminó con seguridad. Llevaba unas botas negras de tacón de aguja. Una falda roja muy corta. Una blusa de seda negra con mangas transparentes hasta el codo, cuyo escote dejaba a la vista una sugerente insinuación de sus pechos. El cabello suelto se combinaba con unos ojos delineados de negro, sombra celeste y azul, blush y labial rosa brillante.

Kate estaba segura de que Mike, el chico que era guardia interno del club, jamás permitiría que ningún hombre se acercara. De hecho, Mike solía acompañarla hasta el coche cada vez que terminaba la función cerca de las dos de la madrugada.

Le hubiese gustado que Liam estuviera alrededor, pero después de la fallida primera cita, decidió que no volvería a intentar manipular de ese modo a su amigo. Él se había mostrado encantador, sí, pero ella sentía como si hubiese besado a un primo o a un amigo fraterno. Ridículo, pero cierto. Solo esperaba que Liam volviese a dirigirle la palabra luego de que lo rechazara cuando él la invitó a salir, entusiasmado por el beso, una segunda ocasión.

Kate observó el bar. Estaba a reborar. No era la primera vez que se presentaba en Arca Espacial. Llegó al sitio por casualidad, un sábado, con Daisy y otros amigos cuando la sala estaba abierta para un karaoke y entre risas se animó a tomar el micrófono. El dueño del local, Gino Carrera, la escuchó y le propuso cantar una



noche para ver si le agradaba la idea y si el público se enganchaba con su voz. Desde aquella ocasión del karaoke habían pasado ya dos meses. Ahora iba una vez a la semana a cantar. Cuando no podía, llamaba con antelación.

Le fascinó la sensación de volcar sus sentimientos a través de las letras, ritmo y musicalidad de las canciones, perdiéndose en las sensaciones. El aplauso del público era una recompensa maravillosa.

Saludó a los asistentes de esa noche y empezó el repertorio. Interpretó a Mariah Carey, luego a Norah Jones y al final, Adele.

Había merecido la pena aceptar la oferta de Gino. Siempre la merecía, pensó mientras salía del escenario. Esa noche había acudido más temprano que de costumbre. Se pasó por Snowy Pine para saber si todo iba bien. Daisy le aseguró que no tenía de qué preocuparse, y a cambio la invitó a cenar con ella y Mijail. Se quedaron charlando, hasta cuando Kate notó un brillo especial en la mirada del ruso y supo que esa noche, Daisy tendría que tomar la decisión de avanzar con su vida sentimental o estancarse. Kate no quería tener que aconsejarla ni escuchar que Mijail le pidiese opinión. ¿Quién era ella al fin y al cabo con todos sus fantasmas a cuestas?

En el pequeño baño del bar se cambió de ropa. Las mismas botas, pero ahora con un jean color negro, una blusa verde oscuro con cuello de tortuga, luego la bufanda a tono con el jean. Se recogió el cabello.

Abrió la puerta del bar y salió al frío de la noche. Para esos momentos Cesare ya estaría dormido. Había sido una idea genial contratar a la enfermera. Esperaba que pronto le dieran el alta médica para que él pudiese regresar a donde fuera que quisiese y ella así podría deshacerse de ese embarazoso anhelo de querer tocarlo. No podía ser. Era una debilidad peligrosa para su supervivencia.

—¿Te acompaño al coche, Kate? —preguntó Mike, mientras le sonría. Era un negro de ojos verdes. Guapísimo. Algunas chicas solo iban al bar para intentar ligar con él—. Hoy has salido un poco más tarde.

Ella se ajustó el abrigo.

La temperatura debía rondar los menos cuatro grados Celcius.

—Sí, me quedé charlando con un par de personas muy amables. No pasa nada. Puedo caminar hasta mi automóvil sin problema.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Gracias, Mike. —Le hizo de la mano, y el hombre asintió, antes de volverse y entrar al club.

Kate empezó a caminar de prisa. En el silencio de la noche sus tacones resonaban sobre el pavimento en las zonas que no estaban cubiertas de nieve. Un par de búhos parecían querer cantarle. Algunos sonidos vagos llegaban desde bar, pero eran apenas audibles. Gino se había encargado de que la construcción fuera maciza y con material que no permitiera que el exterior se viera perturbado por el interior, ni viceversa.

Condujo el camino a casa.

Estaba presta a entrar en el garaje cuando recibió un mensaje de texto. *Kate, llámame. Espero que no estés dormida. ¿Con un chico? Jajaja. Me quedé sin minutos para llamar. ¡Llámameee!* Ella no tenía registrado el número. Pero su curiosidad estaba al mando.

Marcó.

—¡Menos mal respondiste! —sonó la voz masculina. Era agradable y a ella se le hacía ligeramente conocida.

—Son casi las dos y media de la madrugada. ¿Quién es?

—Mi curiosa, Kate. Te habla Ronald Loghin. *¿Hello?*

—¿Ronie-Don? ¡El de Susurros Escandalosos!

La risa contagiosa sonó desde el otro lado, arrancándole una sonrisa Kate.

—El mejor diario online y en papel de cotilleos de la Costa Oeste a tu servicio. Espero no haber interrumpido nada, pero lo cierto es que ya no podía conciliar el sueño y la operadora de la compañía de teléfono me tiene tonteando hasta que me solucionen el asunto de mis minutos... que deberían ser ilimitados, pero mi jefe es un tacaño. ¿Cómo creen que un periodista de la farándula hollywoodense de mi talla tiene que pedir a sus amigos que lo llamen porque se quedó sin minutos? ¡Fatal, *darling*, fatal!

Kate soltó una carcajada y se relajó contra el asiento, mientras la calefacción hacía delicias en su cuerpo y los copos de nieve caían en el exterior. Ronald era uno de sus mejores contactos. El encargado de conseguirle los mejores asientos en conciertos, y a veces lograba que estuviese en camerinos. Era además un amigo estupendo y lo conocía desde cuando Colette se fue a París, muchos años atrás.

No habían estudiado juntos, pero durante una reunión de la universidad se conocieron y de inmediato tuvieron química. Desde entonces, cuando Kate sabía algún dato se lo pasaba a Ronie-Don, como le decía de cariño. Y cuando Ronie-Don necesitaba de ella, pues era igual. Aunque generalmente esto último era raro, pues él tenía contactos mucho más importantes de los que Kate nunca podría conseguir. Ronie-Don se dedicaba ciento por ciento al periodismo de la prensa del corazón, y Kate solo lo hacía para reírse un rato y conseguir ciertos privilegios.

—Bueno, si me has buscado a esta hora debe ser que lo que te quitó el sueño es importante...

—En realidad, sí.

—Tú dirás. Soy toda oídos. Cuéntame.

—¡Mira que eres malaaa! ¿Pretendes hacerme creer que no sospechas qué me carcome la curiosidad?

Kate se rio al escuchar el tono dramático.

—Es que me pillas totalmente desprevenida, así que de verdad, Ronie-Don, no tengo idea de qué hablas.

Se escuchó un suspiro desde Beverly Hills.

—Me dijeron que hace tres días hubo un accidente en un importante resort de Lago Tahoe. Y uno de mis periodistas que a veces ronda por allí en esta época en que algunos famosillos suelen ir a esquiar, me dijo que vio tu preciosa cabecita haciéndose un espacio para entrar a Snowy Pine. Pero eso no fue lo más divertido, mi contacto me dijo que uno de los accidentados era el soltero italiano de oro. Cesare Ferlazzo.

Kate aferró con firmeza el móvil.

—¿Y...?

—*¡Darling!* Ay, eres tremenda, bueno a ver. Tú estabas ahí. Lo mismo que si hubiese sido yo. Es decir, a estas alturas ya deberías tener toooda la información del caso. ¿Qué te parecen unos boletos para asistir al concierto de *Beyoncé* en primera fila y acceso al camerino? Y no solo eso, va a estar cantando con ella Bruno Mars. —Kate contuvo el aliento. No podía ser, ella *amaba* a Bruno—. ¿Lo único que tienes que hacer? Decirme todo lo que sabes. Ya entiendes nuestros acuerdos especiales. Han salido recortes con especulaciones, pero nada que realmente vale la pena. He tardado en dar contigo porque cambiaste el número. Niña mala, pero ya sabes que recursos, no me faltan.

*Bruno Mars. ¡Bruno Mars!* Tenía muchas ganas de conocerlo. Por otra parte, aunque Cesare estuviese hospedado en su casa, exponerlo de esa manera con Ronald no se le hacía tan agradable. ¿Por qué? No tenía idea. En otra circunstancia habría soltado la lengua en dos segundos.

—Sí, ya sé que eres muy recursivo —dijo con un suspiro. Había cambiado su número de teléfono móvil porque Gabe estaba intentando localizarla, y ella no quería tener nada que ver con él. La sola idea de ver a Gabe Schmidt le ponía los pelos de punta. No sabía cómo reaccionar si volviese a ver al hombre que había roto sus sueños—. Sé que salió herido y lo llevaron a un hospital cercano. Estuvo tres días y ya le dieron el alta. No tengo más información, porque estoy ocupada tratando de rentar mi casa para vacaciones —mintió—. Ya sabes un trabajo común...

Ronald suspiró.

—Escucha, tesoro mío, *mon amour*, yo te conozco. Así que imagino que tienes más información, pero veo que para ti la oferta de un concierto y con la intervención especial de Bruno Mars, esta vez no es suficiente. Lo pillo.

—No se trata...

—Entonces, ¿qué te parece si hago un mejor trato contigo? —interrumpió.

—Ronie-Don...

—La próxima pregunta que te haga quiero que la respondas sin pensártelo dos veces. ¿De acuerdo?

—No tengo más que decirte. A estas alturas el italiano debe estar en Tokyo o París con alguna amante que lo cuide. No sé por qué estás tan insistente a esta hora —dijo Kate con un bostezo fingido.

—Porque Cesare Ferlazzo es un hombre muy privado. Apenas sabemos nada de él, y esos periodistas italianos no funcionan igual que nosotros. Algo debió ocurrir para que él haya blindado de ese modo su vida personal. Todos conocemos que tiene tres hermanas, sus padres viven, adora a su abuela Odessa, pero ahí acaba todo lo personal. Mi olfato periodístico me dice que existe algo interesante detrás de tanto hermetismo.

Kate puso los ojos en blanco. Ella también lo creía, pero no iba a confirmárselo. Ronald era un buen contacto, pero así como te abría una puerta, también podía cerrártela en la cara. Menos mal ella no competía con él, porque era como un zorro viejo, a pesar de su juventud. Era mejor tenerlo de amigo, así que por ello, prefería tantear el terreno.

—¿Y...?

Desde California, Ronald se acomodó entre las sábanas de lino azul. A su lado descansaba su amante de ese día. Lo había conocido en una reunión en pro de los derechos de los homosexuales. Él era presidente de una pequeña asociación y promovía la igualdad. Su amante, Joyce, era perfecto. Lástima que a Ronald no le interesaran las relaciones a largo plazo. Al menos no, hasta que encontrara a alguien que lo enloqueciera por completo, y no solo físicamente. Esperaba que no tardase mucho el día en que finalmente pudiera conocerlo.

—Y, ahora, tú, contesta mi pregunta. ¿Dónde has soñado trabajar siempre?

—¡Sunrise! —respondió de inmediato. Aquella era una revista que mezclaba conceptos fotográficos de caos social y belleza. Una contradicción, sí. Y precisamente por eso, a Kate le parecía sensacional.

—¿Qué te parece si haces un reportaje sobre Cesare Ferlazzo? Intenta encontrar su punto flaco. Descubrir qué hay detrás de todo ese hermetismo. Cómo es en la cama...

—¡Ronald!

Él se echó una carcajada.

—Solo bromeaba. Te ofrezco el puesto de periodista en Sunrise, la revista de tus sueños, si a cambio me entregas un reportaje inédito sobre Cesare Ferlazzo. Descubre lo que se esconde detrás de ese bombón. Gánate una exclusiva.

Era el tipo de acuerdo de siempre. Información a cambio de privilegios. Pero en este caso se sentía distinto. Quizá porque Cesare frecuentaría su círculo social

indefinidamente, en especial desde que ambos se habían convertido en padrinos de Madison Weston. Exponerlo a él podría implicar exponer también a sus propios amigos y sabía cuánto valoraban ellos la intimidad. Sin embargo, Ronald le ofrecía el mejor trato que pudiera soñar: el trabajo que tanto anhelaba. Un sueño. ¡*Sunrise*, por todos los cielos! Ningún acuerdo se equiparaba a ello.

Un temblor de anticipación le recorrió la columna. No era difícil imaginarse a sí misma viajando por el mundo con su cámara fotográfica.

—Yo...

—No necesito que hables de sus amigos, sé que tu mejor amiga se casó con Weston. Hazlo personal. Un perfil con tu toque. Solo Cesare y lo que el mundo ignora de él y su vida. Un knock-out a todas las revistas y medios que no han podido conseguir lo que tú sí harías...

—¿Cómo es posible que tengas influencias en *Sunrise*, y nunca me lo dijeras? Siempre te he comentado que esa revista me encanta —preguntó con resentimiento.

—Porque solo hace un mes el editor, Kellan MacIntosh, me pidió que le sugiriera un periodista que pudiera ser recursivo en la información y que tuviera al mismo tiempo pasión por la fotografía. Nos conocimos en un banquete de editores de diversas publicaciones y tuvimos química de inmediato. Le comenté que nosotros tenemos la casa llena, y Kellan mencionó que estaba abierta la contratación de *freelance*, pero que le gustaría tener a alguien más joven a sus habituales profesionales. Al parecer mi pequeño discurso en aquella cena le dio buena impresión, y me pidió sugerencias de periodistas si acaso conociera a alguno... ¡Y mira tú! Las circunstancias han coincidido hoy —dijo sonriente.

—Vaya, no es por ser pesimista, y sabes que no lo soy, pero de esos periodistas que mencionas que quiere Kellan pues hay muchos...

—Pero esos *muchos* no han sido sugeridos por mí. Así que cuando me enteré de lo de Ferlazzo, y luego de que estabas tú en escena, me dije “esta es la periodista perfecta”. Así que... es mi única oferta. Porque, aunque lo creas o no, si tú no lo haces algún otro se llevará la exclusiva con Cesare y bueno... el puesto en *Sunrise*. Sé que tienes talento, no es que te estuviese haciendo un favor.

Para Kate, *Sunrise* era su sueño. Ya le habían quitado bastante en la vida. No iba a dejar que la identidad de un entrevistado, fuera quien fuese, también le arrebatara esta oportunidad. Encontraría el modo de ser justa. Kate sabía que muchos periodistas de la prensa de Hollywood buscaban sangre, ella no podía hacer eso porque estaban de por medio sus amigos. Podría conseguir una buena historia, sin que nadie saliera herido. Contrastaría las fuentes. Haría un buen trabajo y se llevaría la exclusiva. Mejor ella, a que fueran los buitres que mal se llamaban *periodistas*. Porque si algo sabía era que cuando Ronald tenía algo en mente lo conseguía a toda costa. Mejor ella, que otro, se repitió mentalmente.

—¿Qué me dices, Kate? —preguntó Ronald—. ¿Tenemos un acuerdo?

—Tenemos un acuerdo..., sí.

—¡Maravilloso, *peti mou!*

—¿Ahora eres griego? —preguntó mientras empezaba a sacarse el cinturón de seguridad.

Ronald rio.

—¡Sabía que contaba contigo! Ahora que he logrado calmar mis instintos periodísticos, intentaré dormir de nuevo.

Kate no creía que pudiera hacer lo mismo, porque algo en su interior le decía que estaba por cometer una gran equivocación. Pero otra parte de sí, le gritaba que era un gran acuerdo, porque era un trabajo periodístico como cualquier otro. Así que nada podía salir mal. Era un buen trato.



## CAPÍTULO 6

Llamar a Chianti, en la Toscana italiana, y hablar con Lavinnia sobre el acuerdo que ambos habían firmado años atrás era una prioridad para Cesare. El viejo abogado de confianza de la familia Ferlazzo, Tomasso Moldeonne, se había encargado de todo. El acuerdo matrimonial había terminado hacía ya dos meses. Cesare tenía pendiente reunirse con Moldeonne en Italia para recibir los documentos notariados. Podría recibirlos por correo, pero lo cierto es que prefería aprovechar su próximo viaje para hacerlo. El abogado no se había contactado con él, así que Cesare suponía que todo iba viento en popa.

No es que a él le importase qué hacía o no la preciosa pelinegra de ojos verdes almendrados, pues se trataba de un matrimonio arreglado. El matrimonio con la hija menor de los Vitale fue el único modo de que ellos no rechazaran la ayuda económica para salvar los viñedos familiares, y para Cesare, una forma de expiar su culpa por la muerte de Elizabetta.

Antes de que Elizabetta falleciera, él había empezado a flirtear un poco con Lavinnia, más por pincharla que por ninguna otra cosa, pues a diferencia de su hermana, ella era más chispeante y coqueta. Ese flirteo no pasó desapercibido a los ojos de los padres de sus amigas, ya que Gianette los encontró un día dándose un beso en una de las salas interiores de la casa. Un beso que ambos decidieron no tenía ningún significado, lo cual era cierto. No obstante, Cesare sabía que ese pequeño detalle le aportaba credibilidad a su supuesto matrimonio por amor ante los orgullosos Vitale.

Los viñedos Vitale habían estado hipotecados y a punto de ser absorbidos por el banco al tiempo del accidente. Tanto Thangus como Ginette pensaban que el matrimonio había sido por amor, a diferencia de los padres de Cesare y sus hermanas, quienes conocían la verdad y no aprobaban la decisión. Los Ferlazzo no habían podido influir en las decisiones de un hombre adulto, en especial uno tan tozudo y temperamental como Cesare.

Los Vitale poseían viñedos ubicados en una región muy recóndita de Chianti. Algo que Cesare agradecía, pues si acaso la prensa hubiese llegado a enterarse del discreto matrimonio, su vida se hubiese convertido en un circo mediático. Por eso era muy cuidadoso cuando iba de visita. Era un asunto de protección familiar. Lo aliviaba saber que su firma en los documentos del divorcio ya estaba estampada. Solo esperaba ir por las copias notariadas que también contenían la firma de Lavinnia, y guardar esos papeles en la caja fuerte del banco.

¿Noche de bodas? Sí. Él y Lavinnia habían tenido una noche de sexo fabulosa. Al siguiente día se dieron cuenta de dos cosas. Primero. Que continuar de ese modo no era lo que ambos realmente querían, pues ella seguía despechada por un exnovio, y Cesare no tenía intención de quedarse para siempre a su lado. Segundo. Él no podía asumir un compromiso. Estaba en los últimos años de sus competiciones cuando se casaron y el prestigio lo era todo, así como la concentración. Un matrimonio no tenía cabida en su vida, más que uno en las condiciones bajo las cuáles él y Lavinnia se casaron.

Menos mal los padres de ambas partes, aunque tradicionales, entendían si querían casarse o no por la Iglesia. Esto último no lo habían hecho, por obvias razones para él y la hermana de Elizabetta. Aunque Thangus solía darle indirectas de vez en cuando y le sugería que dejara de viajar tanto para que se asentara con su hija y tuvieran una familia como buen siciliano. Es decir, que también pasara por la iglesia y no solo por el registro civil.

Lavinnia continuaba siendo una Vitale, y solo para efectos bancarios y de negocios dentro de la Toscana era una Ferlazzo. Los banqueros eran discretos, al menos si querían conservar como cliente un hombre tan adinerado como Cesare, así que mantenían la boca cerrada sobre la existencia de su esposa. Algunos podrían pensar que la señora Ferlazzo era el nombre referente a la madre de Cesare, lo cual era un despiste para que pasara desapercibida la existencia de una señora Ferlazzo de veintinueve años de edad.

Luego de que los Vitale se mudaran definitivamente de Palermo a Chianti para atender el negocio de vinos, y su propia familia estuviera siempre de un sitio a otro entre Palermo, el Lago Como y La Toscana, indagar sobre su pasado sentimental era una pérdida de tiempo para cualquier periodista. Salvo los típicos cotilleos cuando lo veían del brazo de alguna mujer hermosa en las playas griegas, españolas, El Caribe, o en fiestas de altas esferas.

Inclusive la muerte de Elizabetta logró poca repercusión mediática gracias a sus amigos italianos que mantuvieron absoluta discreción. De aquel episodio doloroso solo sabían Rexford y Jake. Pero ninguno conocía de su matrimonio con Lavinnia. Al fin y al cabo ya había terminado. ¿Qué importancia podría tener?

—Señor Ferlazzo, le toca su medicina de las siete de la tarde. Estoy por irme y no puedo hacerlo si usted no se toma las pastillas —dijo la enfermera Heather con impaciencia observándolo saborear las natillas con frutilla.

Él sonrió, mientras terminaba la comida. Absolutamente deliciosa. ¿Dónde se habría ido a meter la escurridiza Kate?, se preguntó.

—No debe ponerse tan mandona, enfermera —replicó con un tono que sabía que iba a irritarla. No se equivocó.

—¡Hago mi trabajo, señor!

—Entonces, deje aquí las pastillas y ya me las tomaré.

—Son para el dolor —expresó dejándole cuatro cápsulas blancas sobre la mesa junto con un vaso de agua fresca—. Si no se las toma no seré responsable si amanece entumecido y sin poder hablar de tanto que le van a doler las extremidades.

Cesare no pudo evitar echarse a reír, pero se detuvo abruptamente cuando la mujer se puso roja como un tomate. De acuerdo. No debería presionarla tanto, pero es que resultaba muy divertido cómo la generala se lo tomaba todo tan a pecho.

—Me las tomaré para su tranquilidad. Obsérveme. —Se introdujo las cuatro píldoras en la boca y bebió todo el vaso de agua—. ¿Ya puede tener la conciencia limpia por haberme hecho tomar toda mi medicación del día?

—Por ahora. ¿Ya sabe a qué hora le toca la siguiente dosis?

—A mis treinta y seis años, aún no me llegan los síntomas del Alzheimer.

La enfermera puso los ojos en blanco y se despidió entre dientes de Cesare, antes de salir de la mansión.

Una vez solo, empezó a recorrer a la casa. Primero ajustó la calefacción y luego fue hasta el salón. Iba a paso lento, porque le dolía el pie, pero no iba a dejar que ese fastidio le impidiese moverse. Peor la ridícula muleta.

Cuando recién llegó a la casa no había podido apreciar la belleza del lugar. Era un enclave perfecto para estar alejado del mundanal ruido. Privacidad absoluta. Tal y como a él le gustaba. Se complació de la arquitectura. Una mezcla entre moderno y antiguo. Todo estaba perfectamente amoblado.

Le interesaba el gimnasio, así que bajó al sótano.

Quizá tenía que ir a Santa Mónica para la inauguración de la academia que Rex estaba construyendo, y del que él ahora era un socio a partes iguales, pero pensaba hacerlo después. Su prioridad era recuperarse, y luego ir a Italia. Santa Mónica era lo último que le preocupaba.

Las máquinas eran de última generación. Caminadora. Pesas. Bicicleta elíptica. Piscina climatizada amplia y con desniveles. A pesar de que estaba en un sótano, el sistema de ventilación era perfecto al igual que el de iluminación. Olía a pino y manzana. Un aroma muy peculiar, pero a él no le importaba. Solo quería que su rehabilitación, una vez que le dieran el alta, fuera completa.

Veinte minutos más tarde, empezó a sentirse somnoliento. «Las píldoras.» De mala gana, Cesare subió en el ascensor hasta la planta principal. Contempló las escaleras. Resopló con desgano. Le iba a tomar al menos diez minutos subirlas con el pie enyesado y la muleta. No era lo mismo subir que bajar.

Avanzó con desgano, pero algo lo detuvo de repente. Había un sitio que se dejó olvidado, quizá por la ubicación. Se trataba del pasillo que estaba casi escondido detrás de la sala de juegos. El camino por el que Kate iba y venía.

Sonrió y empezó a caminar.

\*\*\*

Introdujo la llave procurando no hacer ruido. Tampoco es que a Cesare le importara, porque debía estar profundamente dormido con los analgésicos que estaba tomando, pensó Kate. Se sacó las botas y avanzó sigilosamente por el pasillo que llevaba a su habitación. Encendió la luz y ahogó un grito.

—¿Qué... qué haces aquí? —preguntó con la respiración entrecortada al ver a Cesare acostado en su cama. Se llevó una mano al pecho tratando de desahacerse del susto que se acababa de llevar. Parecía como si Cesare llevara horas en su cama. Las largas y tupidas pestañas negras relucían, y aquella sensual boca estaba ligeramente entreabierta. Kate sintió ganas de acercarse y recorrer los labios con los dedos—. ¡Hey, muévete! —exclamó cruzándose de brazos. Seguro fingía estar dormido tal como hizo en el hospital. No iba a dejarse engañar.

No hubo respuesta.

Para Kate fue imposible evitar contemplarlo. Se veía vulnerable, pero ella sabía que no lo era en absoluto. El espeso cabello negro la impulsaba a querer enterrar los dedos en él para sentirlo. La piel bronceada del rostro recién afeitado la invitaba a admirar los pómulos marcados y el resto de su aristocrático rostro. Era uno de los hombres más varoniles y guapos que ella conocía.

Enfadada por haberlo contemplado y analizado más de lo que hubiese querido, Kate lanzó a un lado la bolsa con la ropa que había utilizado en el concierto y se acercó. Se subió al colchón apoyándose en una pierna y apoyó la mano en el abdomen de Cesare para moverlo. No podía tocarle el brazo porque estaba lastimado, ni el hombro porque tenía puntos cerca de la oreja y no quería tampoco herirlo al zarandearlo.

Estaba profundamente dormido.

—¡Arrgggg! —exclamó furiosa—. Pues bien. Que te aproveche el sueño. Yo me voy a bañar. ¿Qué te parece? ¡Y me encanta hacerlo con música! —exclamó mirando la rítmica respiración masculina con un bufido nada elegante.

Kate tomó el iPod, sacó los parlantes de una cajonera, haciendo todo el ruido posible, y luego abrió con brío la puerta del cuarto de baño y la cerró de un portazo. «Toma eso, a ver si te despiertas», pensó ella muy complacida consigo misma, antes de desnudarse y poner a todo volumen *Uptown Funk* de Mark Ronson y Bruno Mars.

Cantó y dejó que el agua de la ducha resbalara por su cuerpo. Sintió un gran alivio. Había sido un largo día. El acuerdo con Ronald le daba vueltas, pero no tenía remordimiento alguno. Luego de ver al confanzudo de Cesare dormido en su cama, decidió que sería bueno que la gente conociera quién era ese hombre que no dejaba que nadie entrara a su vida personal. Pues ahí estaba ella. Kate Blansky iba a descubrir sus secretos.

Se puso el pijama que consistía en un pantaloncito corto de franela y una blusa de mangas largas del mismo material. Le tocaría dormir en una de las habitaciones de la casa. ¡Y con la pereza que llevaba de caminar! Ya conocía la agradable temperatura de su habitación y ahora tendría que ir a modular otra. «Pufff.» Estaba recogiendo la ropa para cambiarse en la mañana e ir a hacer la compra sin tener que volver a la suite, pero se detuvo abruptamente cuando escuchó a Cesare gemir.

No. No iba a hacerle caso. Continuó organizando sus cosas. Cepillo de pelo. La bolsa con los maquillajes.

Él empezó a hablar entre sueños. Parecía agitado. Le remordió la conciencia. Tomó dos respiraciones. Dejó lo que tenía entre manos a un lado y se acercó.

Caminó de puntillas. Inclino la cabeza muy cerca de él. Cesare murmuraba algo ininteligible. Tenía la frente perlada de sudor y se removía. ¿Tan fuerte eran las pastillas que se tomaba que no podía despertar con la cantidad de ruidos que había hecho ella?, pensó con remordimiento.

—Cesare... —dijo con un graznido. Se aclaró y repitió con más firmeza—: ¡Cesare! —En esta ocasión se arrodilló en el colchón de su cama *king-size*, y lo movió con las dos manos—. ¡Despiértate! —Volvió a moverlo con toda su fuerza.

Él pareció perdido al abrir los ojos. Tenía la mirada desenfocada. Respiraba agitadamente. La luz de la habitación lo hizo pestañear varias veces.

—¿Elizabetta...? —preguntó con la voz impregnada de desconcierto y sueño—. ¿Lizzie?

¿Quién es ella?, hubiera querido preguntarle Kate. ¿Se trataría acaso de alguien importante? ¿La mujer con la que estaba saliendo en esos momentos? ¡Vaya! Calificarlo de mujeriego no había sido un error. Ciertamente besaba a una, mientras estaba con otra.

—No. Soy Kate Blansky. Estás en mi cama y has tenido una pesadilla. Te vine a despertar.

—¿En tu cama? —preguntó con la cabeza dándole vueltas.

Cesare cerró los ojos. Se pasó las manos sobre el rostro. Recordó cómo terminó sobre ese colchón. Había ido a inspeccionar por el pasillo. Se sorprendió al encontrar una suite tan bonita. Evidentemente le pertenecía a Kate. Colores por todas partes. Una pequeña librería con muchos ejemplares de los clásicos de la literatura universal, otros con biografías, novela negra y enciclopedias. Álbumes de fotos, que él no miró, y otros detalles. En algún momento debió sentir el sopor de los medicamentos y al recostarse un rato sobre el cómodo colchón que olía a rosas y vainilla, seguro se durmió.

Ella se sentó sobre los talones. Se cruzó de brazos y lo miró frunciendo el ceño. Puso los ojos en blanco.

—Intentaré pensar que no estás gastándome una broma de mal gusto. ¿Quieres que apague la luz? —preguntó. Procuró ocultar su inquietud. Era muy extraño ahora tenerlo en su casa. En su cama—. ¿Tomaste pastillas de más?

—Yo...

Cesare había tenido otra vez aquel horrible sueño.

Estaba navegando por la costa siciliana con Elizabetta, y él le decía que si lograba bailar en un solo pie al ritmo de Bob Marley y beberse la cerveza al mismo tiempo sin regar una sola gota, le prestaría el Maserati para recorrer Palermo los próximos días. Ella le había respondido que prefería no hacerlo. Él la llamó cobarde. Elizabetta lo miró con aquellos cándidos ojos y dijo que iba a hacerlo. Con una carcajada Cesare elevó su cerveza a modo de brindis y puso una de las canciones más famosas del jamaicano.

Veinte segundos después de iniciado el baile, el pie de Elizabetta vaciló sobre la superficie lisa de la proa.

Como en cámara lenta, Cesare observó la cabeza de cabellos ondulados golpearse contra una protuberancia en forma de T que él había hecho poner en el suelo para amarrar mejor la cuerda que sostenía una de las velas. Con el fondo musical, el silencio del mar y la cerveza derramada, Cesare se acercó corriendo con el corazón desbocado.

—¿Lizzie? ¿Cariño? —llamó tomándola con delicadeza de los hombros. Al hacerlo vio la mancha de sangre que empezaba a formarse en la blancura de la proa. Asustado, le colocó la mano bajo la cabeza intentando encontrar el daño. Al instante tuvo las manos llenas de sangre—. Nena, por favor, háblame —rogó con la voz rota, mientras sentía el peso del cuerpo inerte—. Lizzie, por Dios, despiértate. Voy por ayuda. Aguanta. No necesitas pasar la prueba —dijo nervioso—, como veas lo mala que eres bailando. Pero te daré las llaves del coche y mañana pasearemos por la ciudad. No te muevas... —pidió estúpidamente.

Las manos le temblaron cuando tomó el móvil. Llamó por ayuda.

Intentó hablarle a Elizabetta diciéndole que todo iba a estar bien. Una parte suya sabía que no iba a despertar, pero la parte que podía mantener la esperanza continuaba pensando en cómo compensarla cuando salieran de esa pesadilla. ¿Por qué había tenido que presionarla? ¿Por qué? Siempre pinchándola y retándola cuando la naturaleza de Lizzie era más bien tímida y analítica.

A los pocos minutos de la llamada llegó un helicóptero. El dinero compraba lo que fuera, y en ese momento Cesare se alegró de contar con él.

Pero el dinero no pudo comprarle la vida de Elizabetta. Él la había asesinado. No tenía excusas. Intentó hacérselo comprender a los padres de Lizzie. Inclusive Lavinnia, la hermana menor de su mejor amiga, le dijo que no tenía la culpa. El resultado de la autopsia decía que la muerte fue instantánea debido al ángulo en que la cabeza golpeó la punta del fierro que estaba afincado en la proa del barco.

—¿Me vas a responder? —insistió Kate trayendo a Cesare al presente.

Él pestañeó como si hubiese salido de un trance. Le dolía la cabeza.

—Yo... Tuve una pesadilla... supongo. —Y una pesadilla en toda regla, porque por más que quisiera cambiar el final, jamás lo conseguía. Nunca conseguía salvar, ni en el sueño, a su mejor amiga. Al menos no era una pesadilla recurrente, pero cuando sucedía, lo entristecía—. Dios... —dijo con pesadez pasándose la mano por los párpados.

La sorpresa inicial fue reemplazada por la preocupación. Sin pensárselo dos veces estiró la mano y la colocó en la frente húmeda.

—No tienes fiebre... ¿Cómo diste con mi habitación?

Respondió la pregunta de Kate escuetamente.

—Luego quién es la curiosa... —dijo ella por lo bajo.

Él intentó incorporarse, pero le dolía mucho la cabeza. Cerró los ojos.

—¿Kate?

—¿Sí?

—No me he tomado la dosis de pastillas de la madrugada...

Ella salió en busca de la copia de la receta que tenía y luego fue por las píldoras. Regresó al poco rato con un vaso de zumo de naranja y cuatro píldoras de

diferentes colores. Al verla, Cesare se incorporó lentamente, y tomó en silencio la medicación. Esta vez se aseguró de que la espalda estuviera erguida y cómoda contra el respaldo de la cama. No quería volver a dormir. No quería volver a tener la misma pesadilla.

—Gracias...

Se quedaron en un silencio incómodo.

—¿Quién es Elizabetta? —se atrevió ella a preguntar.

Él la miró durante un largo rato sin decir nada.

—¿Estás dispuesta a decirme por qué has huido de mí todo el día?

—Es poco original responder una pregunta con otra.

Cesare se rio.

Qué rápido efecto tienen esas pastillas, pensó Kate hipnotizada por los ojos negros que parecían ver más allá de su fachada de autoconfianza. La calma había retornado a Cesare. Parecía el de siempre. En dominio de sus emociones al completo.

—Será mejor que me vaya a mi habitación. —Se sentó y tomó la muleta que estaba en el piso. Con facilidad se incorporó—. Gracias por haberme traído las píldoras. Creo que ahora podré sentirme mejor.

Kate se quedó de pie, ajena al hecho de que estaba obstruyéndole el paso hacia la salida.

—A menos que quieras acompañarme, y hacer un poco de ejercicio antes de dormir...

Sonrojada por el doble sentido de sus palabras, y mirándolo con ferocidad, Kate se cruzó de brazos. Cesare sonrió, le hizo un guiño cuando ella se apartó. Sin maquillaje el rostro de Kate lucía peculiarmente juvenil. Sus pómulos altos y aquellos curiosos ojos del color de la miel eran un conjunto excepcional. La nariz respingona y elegante hacía juego con la forma de esos tentadores labios.

—¿Ese es un no? —preguntó con un tono seductor e inclinándose hacia Kate, quien procuró no retroceder.

—Es tarde...

—¿Y por qué has llegado a esta hora, *piccola*?

—No soy pequeña, y...

—Podrías contármelo. Llegas casi a las —miró el reloj de la pared— tres de la madrugada, entre semana. Mmm... Despierta mi curiosidad.

—Si conocieras todos los misterios te aburrirías.

—¿Es esa una invitación a descubrir los tuyos acaso?

—Ya veo que la pesadilla ha pasado —dijo Kate elevando la barbilla, inconsciente del imperceptible movimiento tembloroso de sus labios al hablar. Un detalle que Cesare no perdió de vista.

«La pongo nerviosa. Bien», pensó él. Intentaría desviar el horrible sueño con el deseo que sentía por Kate. Estaba hermosa. Sin maquillaje y con el cabello ligeramente alborotado, las mejillas arrojadas y descalza. Tenía unos pies preciosos, pequeños y delicados. Habitualmente él no se fijaba en los pies de una mujer, pero los de Kate eran primorosos y las uñas estaban pintadas de rojo vino.

—No sabía que eras Freud, pero gracias por hacérmelo notar. —Ella achicó los ojos—. Puedes contármelo, después de todo, vivimos juntos —dijo para pincharla. La reacción de Kate no lo defraudó. Se puso más roja y lo fulminó con la mirada. Estaba verdaderamente adorable... deseable.

—¡No lo hacemos! —aclaró. Kate sentía un cosquilleo en el vientre y la forma en que él la miraba le aceleraba el pulso—. Eres un huésped.

Él sonrió y ella se quedó sin aliento. Cesare rezumaba sensualidad, sonriera o no. En aquel instante el gesto era más que suficiente para generar confusión en Kate. Tragó en seco intentando mantener el control de aquella descarga eléctrica que parecía amenazar con arrasarla.

—Un huésped muy agradecido por cierto —susurró él antes de inclinarse y atrapar la boca de Kate con la suya.

La presión que ejercía Cesare sobre ella era suave. Emitió un gemido que, lejos de ser una queja, era una invitación a que continuara. Pero él se demoró recorriendo sus labios con la lengua, dibujándolos, y dándole suaves mordiscos. Kate sintió el cuerpo tembloroso, y la alarma de peligro empezó a sonar en su cabeza. Pero una vez más, la descartó. A cambio suspiró y le dio la bienvenida a la cálida lengua de Cesare, entreabriendo los labios para saborearlo.

Las caricias de Kate con la lengua obraron magia en los sentidos de Cesare. Él se complació de saber que el anhelo sensual era en doble vía. Sintió un intenso ardor en la pelvis y estaba más duro que nunca. Tenía ganas de saborearla más a fondo, sin el impedimento de la maldita muleta. A pesar de no poder hacer con ella todo lo que deseaba, le resultó placentero que se hubiese abrazado a su cintura mientras ambos se acariciaban la boca en un baile sensual.

Los pezones le dolían al sentirlos erectos contra la blusa de dormir, Cesare se movía ligeramente contra ella, generando una fricción deliciosa que se extendía en forma de anhelante estela hasta su sexo. La respuesta física hacia el italiano era innegablemente magnética. Él era el último hombre con quien le hubiese querido sentir esa emoción. No porque fuese inadecuado, pero sí porque era un hombre que se presentaba demasiado peligroso para sus sentidos. Le había tomado mucho tiempo anestesiárselos y manejarlos a su antojo, pero él solo tenía que estar alrededor para que sus traicioneras feromonas quisieran intentar socializar de un modo poco sensato con él.



Respirando con dificultad, Cesare se apartó. Pegó su frente a la Kate, quien lo miraba con esos hermosos ojos enturbiados de pasión.

—*Cara... maledizione* —dijo conteniendo su frustración—. Me gustaría continuar, besarte hasta quedarme sin aliento, pero este maldito accidente me ha dejado fuera de juego por al menos unos días más que el médico me dé el alta.

Esa declaración pareció sacar a Kate de su bruma de deseo. Pestañeó. Tenía los labios rosados. Se los relamió y Cesare soltó un gemido.

—Creo... creo que deberías irte a dormir, sí —susurró perdida en las profundidades de aquella insondable oscuridad cargada de promesas y misterios sensuales—. Las píldoras van a empezar a hacer efecto total de un momento a otro... y... Yo he tenido una larga noche.

—¿Ah, sí?

Ella asintió. Cesare elevó la mano que tenía sana y con el pulgar recorrió el labio inferior de Kate. Se inclinó y lo mordió ligeramente.

—Me deseas tanto como yo a ti —afirmó recorriendo la base de la delicada garganta con los dedos, y subiendo hasta que posó la palma de la mano en la mejilla de Kate.

Kate no pudo evitar reírse. «Tan pagado de sí mismo.» No había sido consciente que continuaba pegada a Cesare, hasta que sintió la innegable prueba del deseo masculino contra el vientre. Se apartó, sonrojada.

—Quizá. —Cesare empezó a sentir que los ojos se le cerraban. «Condenadas píldoras.» —. Aunque me queda una duda —dijo ella con suspicacia. Cruzó los brazos a la altura de la cintura.

—Es una excelente hora para despejar dudas de índole social —comentó con sorna—. A ver, ¿qué se le ha cruzado por la cabeza a Kate Blansky?

—¿Quién es Elizabetta? —indagó ella con suavidad.

La mirada diáfana y sensual en Cesare se despejó. Como si ese beso no hubiese estado a punto de causarles a ambos una autocombustión. El frío se apoderó de los ojos negros.

—No es nadie que debas conocer. Ahora me voy a la cama —replicó con brusquedad dándole la espalda para ir hacia la puerta.

Eso enfadó a Kate, y la devolvió por completo a la realidad.

—La infidelidad no es algo que me llame la atención —soltó sin pensárselo.

Cesare se giró con rapidez y la fulminó con la mirada.

—No sé qué tipo de hombres estés acostumbrada a tratar, pero yo no engaño a las mujeres. Si tengo una pareja soy fiel. Jamás hago una promesa que no pueda cumplir.

—Vaya discurso. Solo pregunté...

Él presionó el índice contra el hombro de Kate con suavidad.

—Elizabetta está muerta. ¿Tienes ganas de hablar de los muertos? —preguntó con desdén.

Kate abrió y cerró la boca. Estaba sin palabras.

—Eso creía yo —agregó Cesare antes de salir dando un portazo.

Kate se quedó un rato contemplando la puerta. Se sentó en el borde del colchón y enterró el rostro entre las manos. La única forma de que Cesare no vulnerase sus sentidos era recordar que Sunrise era su objetivo. Resultaba vergonzoso que cuando Cesare estaba cerca, el cerebro parecía achicharrarse.

Con un suspiro apartó la manta y se arrebujó entre las sábanas. Solo había un pequeño problema antes de conciliar el sueño: su cama olía a Cesare. Un aroma adictivo y masculino. Dio un golpe contra la almohada.





*Chianti, Italia.*

A Lavinnia Vitale le había tomado algunas noches de insomnio meditar sobre una persona que podría aceptar asociarse con ella y brindarle un trato justo. Sus padres le habían heredado las propiedades en vida, porque querían disfrutar de la vejez viajando lo que durante sus años de juventud no habían podido.

A sus veintinueve años, Lavinnia se sentía preparada para tomar las riendas del negocio familiar. La confianza de sus padres al legarle los viñedos, la había conmovido. Ya contaban cuatro años desde la muerte de su hermana Elizabetta, la extrañaba a rabiar. Ahora era la única heredera.

Y estaba a punto de quedarse en la quiebra.

Antes de partir a un viaje hacia Grecia, Thangus le insistió varias veces que Fabrizzio Tallore no tenía aún la capacidad para administrar una propiedad como los viñedos, pero Lavinnia le contestó que era tiempo de tener una fresca y nueva visión. Cuatro meses después de contratar a su amigo de la universidad, la empresa Vitale empezó a tener carencias de existencia en la bodega vitivinícola. Los distribuidores se quejaban de que los pedidos no llegaban a tiempo. Los clientes exclusivos querían una explicación por la repentina alza del quince por ciento en el costo de los vinos.

Ella no se terminó de dar cuenta de la magnitud de la situación hasta que, agobiada, empezó a hacer una auditoría. Y se dio cuenta de que Tallore no solo había hecho mal su trabajo, sino que robó una cantidad inimaginable de dinero y mercadería en sus narices. El negocio se tambaleada, y ella tenía que encontrar el modo de enderezarlo. Una maestría en administración de empresas no le avalaba la experiencia que sí tenía su padre.

El robo había sido cuantioso, y la desconfianza que el estúpido de su administrador había generado con su mala gestión solo podía ser solventada con una inyección de liquidez y una campaña de relaciones públicas.

Lavinnia necesitaba un socio.

Mala suerte o destino fallido. No sabía cómo llamarlo cuando coincidió con Leandro Cantinni en una hacienda de unos conocidos a quienes no veía desde hacía un largo tiempo. Cuando él la abordó, con todo su encanto, ella estaba tan enfadada con Tallore que no midió su lengua y le contó la necesidad de tener un inversor, olvidándose con quién estaba tratando. Como si la rabia hubiese disipado el dolor que Leandro le causó tiempo atrás.

Haberle contado su problema había sido un desacierto. No porque él le hubiese propuesto ser ese inversor, esa era la buena noticia, sino porque la condición que ponía para invertir era personal. No se trataba de garantías bancarias, ni de acciones. No. Se trataba de ella. Quería una cita para enmendar el pasado. O al menos eso le había dicho con su tono de voz seductor. Maldito fuera.

Ella, nerviosa, se había alejado diciéndole que lo llamaría. La oportunidad era de oro. Leandro era muy rico y no dudaría en hacerle la transferencia el mismo día en que aceptara su condición. Solo que ella no quería aceptarla. Era imposible, para su orgullo.

Desde ese encuentro habían pasado cinco días. La tarjeta de Leandro le quemaba en la mano. Le daba vueltas y vueltas a un número personal que ella se sabía de memoria, pero que se resistía a marcar.

Lavinnia se recostó contra el sillón de su escritorio en las oficinas de Chianti. En el exterior, la temperatura había bajado considerablemente. Pero el frío que ella sentía en el cuerpo no estaba relacionado al clima, y sí con Leandro.

Tenía que darle una respuesta. Lamentablemente dicha respuesta implicaba tragarse su orgullo y olvidar el pasado. Había perdido el corazón en manos de Leandro años atrás. Era encantador, dulce y apasionado. Hasta que lo encontró en la cama con otra y todo el amor se convirtió en cólera. Él no trató de explicarse. El muy testarudo se creía con derecho a mandar y ordenar, pero jamás se disculpaba por nada ante nadie.

Leandro era alto, fuerte y destilaba arrogancia. Un conquistador nato y un amante excepcional. Era uno de los hombres más respetados, principalmente porque era el hijo de un *capo di tutti i capi* de la *Cosa Nostra*, una de las mafias más peligrosas de Sicilia. Pero él no tenía nada que ver con su familia. Ya no, y desde hacía muchísimos años.

La reputación del treintañero venía dada por haber escapado de su casa a los doce años, luego de repudiar a su padre en una reunión con altos cargos de la mafia siciliana. Aquella afrenta le había dejado una cicatriz en forma de V, en la mejilla izquierda, que lejos de afearlo, le daba un toque temerario y atractivo ante las mujeres. Más, si acaso era posible. Después de ese enfrentamiento había huido de Sicilia para trasladarse a Chianti. El halo de peligro que lo acompañaba era legendario, así como legendarias las bellezas que pasaban por su cama.

Con un suspiro, Lavinnia abrió el cajón derecho del escritorio. Guardó la tarjeta de Leandro. No podía volver a exponerse. No iba a dejarse embaucar por él ni a endeudarse más con los bancos.

Sintiendo el corazón en un puño tomó el sobre azul que había recibido muchas semanas atrás. Lo había firmado, pero no enviado las copias al abogado. Así que en teoría aquellos documentos quedaban sin efecto. Sabía que Cesare confiaba en ella, y se sentía una desagradecida, pero se trataba de su familia. Estaba segura de que él lo entendería.

Tomó el sobre y se acercó a la chimenea. Lo lanzó al fuego. Vio quemarse hasta la última pieza. Iba a resolver el asunto de la liquidez de una buena vez.

Ahora podía continuar usando el apellido de casada.

*Lago Tahoe, Nevada, Estados Unidos.*

Las heridas suturadas de Cesare cicatrizaban bien y en dos días más le retirarían los puntos de detrás de la oreja. Los puntos del brazo, que eran mínimos, se reabsorberían pronto, así que estaba libre del vendaje. La pierna con la herida tardaría en cerrarse del todo, pero no era algo que le preocupara, los puntos se reabsorberían, y lo cierto es que su movilidad no era tan limitada. Sin embargo, el yeso del pie permanecería unos días adicionales, pero al menos él ya no se sentía tan incómodo ni dolorido. Empezaba recuperarse favorablemente. Tenía el alta médica y podía regresar a Santa Mónica.

Por otra parte sentía una gran curiosidad por saber de su esquiwa anfitriona.

Desde hacía tres días no veía a Kate. Ese tiempo le había servido para recuperarse, hacer ejercicios de rehabilitación basándose en su experiencia deportiva, sin sentir la tentación de acercarse a ella. La mujer era puro fuego y pasión, pero al mismo tiempo había en sus ojos una suspicacia y vulnerabilidad que él no lograba descifrar del todo. Él quería conocer sus secretos, aquellos que se escondían bajo una capa de independencia y altivez.

Había pensado en el modo en que reaccionó ante ella cuando lo pilló con la guardia baja preguntándole por Elizabetta. Disculparse no era su punto fuerte, pero siempre hacía lo que creía correcto. Y no podía conquistar a una mujer tras haber tenido una reacción tan fuera de lugar. Por ahora disfrutaba manteniéndose en forma, haciendo pesas. Y era además un excelente modo de canalizar la lujuria.

Había rememorado una y otra vez ese beso con Kate. Le habría gustado desnudarla y poseerla del modo más básico. Los sonidos y gemidos mientras saqueaba su boca lo habían vuelto loco. Anhelaba descubrir cada trozo de aquella suave piel, recorrer cada espacio y recodo de su cuerpo, saborearlo, y penetrar su húmedo canal hasta que sollozara su nombre y...

—¿Señor Ferlazzo? —preguntó Heather, interrumpiéndolo.

Cesare dejó las pesas a un lado con cautela. Estaba empapado de sudor. Llevaba una hora en el gimnasio. No podía ejercitar las piernas, pero había hecho suficientes abdominales, ejercicios de pectorales y brazos.

—Heather —respondió a modo de saludo. La enfermera había decidido tirar la toalla con respecto a las formalidades. Cesare era demasiado tozudo, pero un buen muchacho, pensaba Heather.

—No debería estar haciendo ejercicios —lo reprendió.

Él se incorporó y empezó a secarse el rostro con la toalla. Le apetecía meterse en la piscina, pero el yeso se lo impedía.

—Soy un deportista. Estoy habituado a las lesiones. ¿Debería pedirle que me ayude a dar un baño?

La enfermera puso los ojos en blanco. No le afectaban ya las impertinencias.

—Solo vengo a decirle que no voy a trabajar los próximos días. Le presentaré mi dimisión a la señorita Blansky. No me gusta ganarme el dinero de alivio. Usted ya está muy recuperado, antes del tiempo habitual en otras personas que han sufrido las mismas lesiones. Tres días más y le sacarán el yeso. Y me alegro, aunque sea un necio.

Cesare detuvo la mano con la toalla ahora empapada. La miró, y soltó una carcajada.

—No me gusta estar imposibilitado de moverme a mi antojo. —Se miró el pie—. Debo volver a Santa Mónica pronto. Pero la haré llamar de mi agente. Se merece unos pases gratis para el próximo torneo de tenis en California. ¿Le gustaría, Heather?

En alguna ocasión Heather le había comentado que su nieto era fanático del deporte y que lo admiraba. Este le dio un autógrafo. Desde ese día la enfermera ablandó su corazón hacia él. Sin embargo, mantenía su tono firme para que cumpliera a rajatabla los horarios y cuidados médicos.

—¿Esa es una disculpa por su necesidad de estos días? —preguntó intentando contener una sonrisa.

—Una de mis mejores disculpas, espero —replicó sonriendo con su habitual encanto italiano, mientras avanzaba hacia el ascensor para ir a ducharse.

—Gracias, señor Ferlazzo...

Cesare le hizo un guiño. Por primera vez en todos los días que llevaba en Lago Tahoe, él observó cómo las mejillas de la enfermera se teñían de rubor. Un rubor distinto al habitual cuando se enfadaba con él.

Cuando llegaron a la planta baja, Cesare tomó la dirección hacia las escaleras para cambiarse.

Esos días Kate se había escabullido en el resort de Daisy para evitar a Cesare. Toda una cobarde, lo aceptaba. Pero sus sentidos estaban nublados y en ese estado no podía pensar en su cometido principal: Sunrise.

Estuvo dándole vueltas al nombre de Elizabetta, pero no tenía desde dónde empezar a deshacer la madeja. Tendría que llamar a su amigo Giacomo Santinni en Italia. Trabajaba para *La Vita*, una revista importante y para nada amarillista. Era más que confiable. Si él le daba algo, por más mínimo que fuera, desde dónde empezar, entonces podría avanzar.

Le hubiese gustado poder quedarse más tiempo en Snowy Pine, pero lastimosamente su intento de exilio para trazar una estrategia y blindar sus sentidos

contra Cesare le duró muy poco. Había tenido que regresar la noche anterior. Heather le comunicó que su paciente no necesitaba más cuidados porque estaba prácticamente recuperado, salvo por el yeso del pie. ¿Por qué tenían los deportistas que ser tan resistentes?, se preguntó Kate de mala gana.

La renuncia de la enfermera no le hizo ni pisca de gracia. No estaba preparada para enfrentarse a él. No después de ese beso. Dios. Si había sentido ganas de arrancarle la ropa y palpar cada músculo con los dedos. Saborear el placer de tenerlo en su interior, llenándola, abriéndose camino entre sus pliegues más suaves, porque hacía tanto tiempo que...

Era una completa necia.

Con un suspiro tomó un donut.

Estaba masticando muy a gusto cuando sintió erizársele el cabello de la nuca. Tragó con lentitud. Ya sabía quién era. Iba a tener que mostrar su mejor lado. No es que no lo tuviese, pero con Cesare solía escapársele, pues él hacía que activasen de modo automático todas sus defensas. Intentó continuar con el desayuno.

—Finalmente saliste de tu madriguera —dijo Cesare a modo de saludo. Kate le respondió con un encogimiento de hombros. Estaba cómodamente sentada en una de las sillas altas del mesón de la cocina de espaldas al italiano—. Pensé que tu hospitalidad incluía dejar un poco de desayuno preparado para tus huéspedes.

—Buenos días a ti también —replicó con indiferencia, sin responder a su pulla.

Él avanzó. El aroma a limpio y la embriagadora colonia masculina invadieron los sentidos de Kate. No podía levantarse de la mesa. No iba a abandonar. Así que intentó con todas sus fuerzas comer el desayuno. Lo sentía trastear a su espalda sacando cosas del refrigerador. Friendo tocino y huevos. Escuchó cómo se servía líquido de lo que fuera en un vaso, y luego ponía ingredientes en la licuadora.

Pasaron cuatro minutos. Nunca un donut tardó tanto en su boca, pensó Kate. El café estaba hirviendo, así que no tenía de otra que esperar a que se enfriase un poco. Quemarse la lengua no estaba entre sus planes.

Cuando creía que él iba a retirarse de la cocina con su desayuno, la sorprendió. Cesare haló una silla, la colocó justo frente a ella, del otro lado del mesón de mármol negro, y se sentó.

—Lamento el modo en que me fui de tu habitación el otro día —soltó de pronto, sorprendiéndola. Frente a él tenía un vaso gigante de una mezcla que ella no pudo descifrar, seguramente frutas. También había un plato con cuatro tostadas con huevos y tocino—. ¿Por eso me has estado evitando?

Ella elevó la mirada. Los ojos negros de Cesare eran intensos, pero al mismo tiempo la observaban con calidez. Tenía el cabello mojado y peinado hacia atrás, dejando a la vista sus perfectas facciones angulares y masculinas. Llevaba una camiseta negra que se le pegaba a los músculos, y con la flexión de los dedos sobre las tostadas se tensaban contra las mangas. Menos mal no podía ver más allá de eso, porque podía darle un síncope, pensó Kate. ¿Podía ser más apuesto? No era justo.

—Además de rentar esta casa tengo una vida fuera de ella.

—¿Es decir casi cinco días fuera y contando? Vaya, interesante. Seguro tiene algo que ver con ser *boy scout*, aunque con este frío...

—Acepto tus disculpas —dijo ella precipitadamente.

—¿Para cambiar de tema?

Hizo una mueca.

—No estoy cambiando... —se cortó. Soltó un suspiro y dejó en el plato la segunda donut a medio comer—. No sé qué esperas que te diga. Además de que el beso fue un error y de que no va a volver a repetirse, tan solo puedo agregar que me alegra saber que estás mejor de salud.

—Hoy me sacan el yeso del pie. Regresaré a Santa Mónica. —Cesare no quería hacer comentarios sobre el beso. Iba a pretender que no había ocurrido. Al menos de momento. En su mente brillaba otra idea.

—Oh. —Esa no la había visto venir. Pensó que él querría discutir lo ocurrido en su habitación—. Ya veo. Espero que tu...

—Quiero que vengas conmigo a Santa Mónica —interrumpió. En ningún momento dejó de mirarla. Ni siquiera cuando bebió largos trago del contenido del vaso de cristal. Kate siguió el modo en que el líquido bajaba por la garganta de Cesare—. Puesto que eres periodista, tengo un proyecto para ti. Si es que acaso te interesa...

Cesare había estado dándole vueltas a esa idea esos días. Tenía que volver a California porque dentro de una semana Rexford iba a hacer la fiesta de inauguración de la academia de tenis de ambos. No podía seducir a Kate si ella estaba lejos. Así que era un buen anzuelo y de paso se beneficiaba la academia. Sabía por Colette que la sensual y altiva rubia que tenía enfrente en esos momentos no solo era de fiar, sino que cuando le encargaban un proyecto ponía todo su empeño en que fuera el mejor. Y era eso precisamente lo que él necesitaba. Mataba dos pájaros de un solo tiro. Podía seducir a Kate, y tener un evento por todo lo alto. Era una perspectiva muy alentadora, en especial la primera parte.

—¿Ah, sí? —preguntó con cautela, pero no logró ocultar el brillo que destelló en sus ojos por la curiosidad. Por otra parte, pensó que de pronto todo estaba saliendo de órbita. Cesare parecía tener la conversación en sus manos, y ella no sabía a qué atenerse. Si él se iba de Nevada, las posibilidades de que pudiera conseguir los datos para su acuerdo con Ronald eran prácticamente nulas, pues no servía de nada tener indicios si no existía información de la fuente principal: Cesare—. Escucho.

—Me dijiste en la recepción de Madisson que estabas buscando algo interesante. Y sé por Colette que te interesa mucho la información del espectáculo.

Kate achicó los ojos.

—Me interesan muchas cosas. La fotografía, por ejemplo —dijo a la defensiva—. Además, que sepas que no soy una cotilla amarillista y...

Cesare elevó una mano.

—¿Puedes por un momento escucharme, por favor?

Ella soltó un suspiro y asintió. Le dio un último mordisco a su última donut y luego empezó a beber muy despacio el café.

—Bien. —Sonrió—. El próximo fin de semana inauguramos *Deuce*, la academia que Rexford y yo vamos a trabajar en Santa Mónica. Colette me ha dicho siempre que tú tienes un don especial con tus colegas periodistas. —Kate puso los ojos en blanco por el eufemismo a su forma de negociar información con sus periodistas amigos—. Me preguntaba si podrías organizar la convocatoria de medios al evento, proporcionarles la información sobre todos los servicios que vamos a brindar, el funcionamiento y cualquier otro detalle que tú creas que desearían saber.

Kate desvió la mirada. Era un cambio de planes interesante. De hecho, le quitaba mucho trabajo de encima. Estaría con sus amigos periodistas en Santa Mónica, podría indagar discretamente y de paso estar cerca de Colette. Era una idea estupenda. Pero no podía demostrar demasiado entusiasmo.

—Yo tengo la responsabilidad de rentar esta casa para todo el invierno. —Eso no era una mentira. No podía mandarse a cambiar y quedarles mal a sus padres.

Cesare asintió.

—Eso no es problema. Te dejaría un depósito por todo el tiempo que vayas a estar fuera trabajando para mí.

—Yo no recibo órdenes de nadie.

—No planeo decirte cómo hacer tu trabajo. Solo quiero resultados. Cobertura de los medios, información precisa, ningún tipo de alusión a la vida personal de los dueños. Nada que no puedas hacer. ¿Cierto?

—Sí... —La advertencia velada detrás del tema de la información personal la tenía sin cuidado. Ese era su objetivo y sin saberlo, Cesare estaba poniéndose en bandeja de oro—. Mi casa está en Orange County. Estar yendo y viniendo desde Santa Mónica diariamente es muy cansado.

Cesare comió sus tostadas en silencio. Cuando terminó se recostó contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos. La miró con una media sonrisa.

—¿Me estás preguntando si puedes venir a vivir conmigo a mi piso en Santa Mónica?

Ella prácticamente saltó del asiento.

—¡Claro que no!

Él se encogió de hombros, pero tenía ganas de reírse. Solo tenía que pincharla un poquito y asomaban esas mejillas sonrosadas. Se preguntaba si además de sus mejillas otras partes de su cuerpo se sonrojaban cuando estaba excitada, deseosa de llegar al clímax, abandonada al placer...

Carraspeó y se removió en el asiento.

—Como parte de tus honorarios puedo incluir el alquiler del sitio que tú quieras durante el tiempo que dure la gestión. Serías algo así como una periodista y relacionista pública al mismo tiempo. Parte del trabajo será organizar el evento al completo, por supuesto.

—Honorarios... —Apoyó el codo sobre el mesón, y luego la barbilla en la palma de la mano derecha—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

Él le dijo la cantidad y ella se quedó boquiabierta.

Se echó hacia atrás en la silla.

—Eso es...

—¿Muy poco? —preguntó enseguida. No quería arruinar la propuesta ofendiéndola con una cantidad inferior a la que se pagaba en el mercado, así que decidió ser sincero y dijo—: En realidad no tengo idea de los costes de este tipo de servicios, porque de eso suele encargarse mi agente, así que dado que este contrato sería directamente conmigo pues...

—No, no. Eso está bien. — ¡Vaya! Con esa cantidad podía comprarse todo un equipo fotográfico, y olvidarse de su vieja Nikon que tenía que reparar cada dos por tres, pensó Kate. No iba a decirle que era un monto exorbitante. ¿Acaso no se lo merecía ella? Pues sí—. Me parecen justos los honorarios.

Cesare asintió, aliviado. El dinero no era problema para él.

—¿Eso significa que aceptas venir a Santa Mónica y trabajar para mí?

La posibilidad de tener que hablar con él a diario, quizá permanecer a su alrededor casi todo el tiempo, llegar a conocerlo más en profundidad, era una oportunidad para cumplir con su acuerdo con Ronald. Lo difícil sería no sucumbir a la innegable atracción que sentía por él. Pero solo tenía que recordarse su pasado y lo que la estupidez cometida con Gabe había causado. «Lo haré por Sunrise. Lo hare por Sunrise», se repitió mentalmente.

—Acepto el trabajo, pero, ¿cuándo empezaríamos...?

Complicado, Cesare sonrió.

—Salimos esta misma tarde.

—¿Esta...? —Abrió y cerró la boca, luego agregó—: No puedo hacerlo tan pronto. Hay cosas que tengo que dejar organizadas aquí —miró el reloj— y apenas son las nueve de la mañana. —Brevemente le contó que cantaba en el club, algo que a él le sorprendió, pero no opinó al respecto. También le dijo que ayudaba a Daisy en el resort y aparte tenía encargos fotográficos en el área ocasionalmente.

—Entiendo. —Cesare se puso de pie y avanzó hasta quedar muy cerca de ella. Sin poder contenerse elevó la mano y le acarició la mejilla con el dorso—.

Dentro de tus cualidades asumo que está la eficiencia. ¿Cierto? —preguntó con un tono dudoso sin dejar de mirarla a los ojos color miel en ningún momento.

Ella rezongó por lo bajo, y le apartó la mano. Elevó la barbilla.

—Soy muy eficiente en cualquier trabajo.

Él sonrió y se inclinó hasta que los labios de ambos quedaron apenas separados. Kate contuvo el aliento rehusándose a dar un paso atrás, pero dispuesta a empujarlo si acaso se atrevía a besarla de nuevo.

—Me parece bien —dijo Cesare antes de apartarse con una sonrisa llena de picardía—. Mi avión privado estará listo a las seis de la tarde. —Luego salió de la cocina con bastante agilidad para alguien que se ayudaba con una muleta. Kate apenas había reparado en ese detalle, porque la fuerza que irradiaba Cesare hacía parecer esa muleta que llevaba bajo el brazo derecho como un mero accesorio.







*Santa Mónica, California, Estados Unidos.*

El hotel Three Hill estaba ubicado en una de las zonas más exclusivas de Santa Mónica. Kate había elegido la suite presidencial. La más cara, pero tan solo para probar si acaso Cesare iba en serio cuando le dijo que podía elegir *cualquier* sitio. Y él había cumplido su palabra.

Ni siquiera pestañeó cuando le entregó la tarjeta de crédito a la recepcionista y le dijo que cargara a la tarjeta el costo no solo de la habitación, sino cualquier gasto en que Kate incurriera por más pequeño que fuese. Luego, con la misma frialdad que mantuvo hacia ella durante el vuelo, algo que la desconcertó por completo, le dijo que la llamaría para reunirse con Rexford en unas horas. Dicho esto salió del hotel con el teléfono móvil pegado a la oreja.

Kate sabía que Cesare tenía varios negocios alrededor del mundo. Y ella había trabajado indirectamente para él, cuando fue dependiente de la joyería *Mancherai*. Lo supo luego de renunciar, no antes. Por lo general no le importaba quién era el dueño de la empresa para la que trabajaba, siempre y cuando fuese una compañía seria, pero jamás se imaginó que lo haría para Cesare. Y ahora, se volvía a repetir la historia, aunque en esta ocasión ella tenía plena conciencia de quién era la persona que pagaba esa suntuosa suite con una maravillosa vista al mar.

Cuando terminó de desempacar llamó a Colette. Su amiga se puso contenta ante la idea de tenerla cerca de nuevo, pero no dejó de sorprenderse del motivo que la había llevado de regreso a Santa Mónica. Kate le explicó todos los pormenores, pero dejó para más adelante hablarle de su acuerdo con Ronald. No era que el hombre gozara precisamente del aprecio de los Weston. De hecho estaba en la lista negra, pues en alguna ocasión había publicado datos sobre Jake que volcaron al equipo de relaciones públicas del tenista a intentar contener los problemas que Ronald les había causado. Problemas que no habían sido pequeños.

Luego de que se hubo cambiado y acicalado, bajó a comer.

El hotel era precioso. Aunque la decoración minimalista no era de su preferencia, sí sabía apreciar una buena distribución de espacios y la amplitud de los ventanales, así como las decoraciones exquisitas. Ni qué decir de las modernas lámparas que pendían del techo. Una combinación ideal de dorado, blanco, negro y tintes violetas.

—¿Algo más señorita? —preguntó el mesero cuando ella terminó el café.

A Kate le apetecía un postre, pero no quería incrementar sus posibilidades de rodar en lugar de caminar, pensó con humor. Aunque, qué más daba un pequeño lujo. ¿Cierto? Después de todo *el jefe*, invitaba.

—Un helado de napolitano con chispas de chocolate, gracias —dijo con una ilusión que rayaba en lo infantil.

El hombre asintió y luego recogió los platos de la cena antes de alejarse.

Mientras esperaba a que le trajera su ingesta de dos mil calorías, Kate rebuscó en su bolso un billete para la propina. Faltaba poco para que Cesare fuera a recogerla e ir a la casa de Rexford. Una casa que anteriormente había sido de Jake.

—¿Kate Blansky? ¡Dios, mío! No me lo puedo creer. Te he buscado por todos los medios posibles.

La mano de Kate se quedó en el aire al escuchar esa voz. Se le hizo un nudo en la garganta. El cuello del vestido negro que se había puesto de pronto le pareció opresivo. Con una lentitud poco habitual en ella, elevó la mirada. Creía estar teniendo una pesadilla. Una muy fea.

«No podía ser posible. No. No», se dijo con el alma en vilo.

Gabe Schmidt estaba de pie ante ella con su habitual traje de Tom Ford a medida, unos destellantes ojos celestes y el cabello rubio perfectamente peinado. Se atrevió a sonreírle. El malnacido. Kate contuvo la furia, el desencanto y al miedo. No porque él fuera a hacerle daño, ya no podía hacérselo, pero sí porque le traía amargos recuerdos. No podía gritarle que se largara, porque hacer una escena no estaba en sus planes, aunque sí en la vena dramática de su personalidad.

Habían pasado ocho años sin verse. Ocho años en que ella había intentado olvidar el dolor. Y todo parecía volver de golpe con su sola presencia.

—Hola...

Sin esperar a que lo invitaran se sentó en la silla frente a la de Kate. Ella sintió recorrerle un escalofrío en la espalda.

—Kate, ¿por qué no me has respondido los mensajes, las cartas, las llamadas? —preguntó con un ligero tono de ansiedad y también resentimiento—. Te encuentro en el sitio menos pensado. —Estiró la mano para tomar la de ella a modo de comprensión por el pasado, pero ella la retiró automáticamente. Gabe bajó la mirada—. He pasado todos estos años entre Europa y Estados Unidos, estudiando, trabajando, y hace dos meses volví por completo a California. Pero nunca he dejado de pensar en ti. En lo que nos pasó... Tu familia ni tus amigos me permitieron acercarme. Incluso cuando fuiste a la universidad en los últimos años intenté buscarte... Sufí tanto como tú. Me peleé con mi padre y salí de la casa hecho una furia luego de esa noche. Estos años he estado trabajando por mi cuenta. No he aceptado ni un centavo de él. No después de lo que nos hizo... —explicó con rapidez como si supiera que debía sacarlo todo, porque no volvería a tener la oportunidad de hacerlo nuevamente.

En ese instante la furia que Kate había estado conteniendo se apropió de su genio. Lo miró con desprecio. ¿Cómo se atrevía a utilizar el “nosotros”? ¿De qué “nosotros” se pensaba que estaba hablando el idiota? En otro tiempo probablemente la expresión encantadora y el tono conciliador de Gabe la pudieron haber engañado, pero ya no.

—A ti no te pasó nada, si lo piensas bien, Gabe —dijo entre dientes—. Saliste indemne de todo el lío porque tu padre movió todas las influencias posibles

para exculparte. Fui yo quien perdió una parte importante. Y nunca voy a recuperarla. ¿Puedes entender cómo se siente cuando te llevan de emergencia a una clínica y estás a punto de morir con tan solo diecisiete años? Prácticamente desangrándote por una herida de bala que jamás debió cruzarse en tu camino. Por una circunstancia que nunca debiste vivir. Pero eso no es lo peor de todo, Gabe. ¿Quieres saber qué fue lo más duro para una chica enamorada de diecisiete años?

—Mi padre y yo no nos hablamos... —balbució él a duras penas. Se pasó las manos, nervioso, por el cabello.

—Enterarte que estabas embarazada —continuó, haciendo caso omiso de él—. Que una vida que crecía dentro de ti fue cegada por culpa de un chico egoísta y mentiroso —espetó con rabia y la respiración agitada—, porque no me hubiera importado tener un hijo siendo tan joven. Créeme que no. Pero sí me sigue doliendo saber que jamás lograré recuperar esa posibilidad, por haber confiado en un gusano como tú. Pero he aprendido la lección.

—Kate...

—¿Qué te parece esa novedad? Mataste a un ser que crecía en mí. Y vienes aquí a decirme que me has buscado, que tu padre, un político sin moral no te habla. No me importa. —Empezó a ponerse de pie. Gabe la imitó y logró poner la mano sobre el brazo de Kate. Ella sintió como si le hubieran puesto un hierro candente. Lo apartó de un manotón—. ¡No me toques!

Él la miró con arrepentimiento. Pero Kate no tenía interés en él. Ni en sus sentimientos o palabras vacías.

—Mi padre está acusado de tráfico de influencias. El juicio empieza dentro de tres semanas. Es uno de los motivos por los cuales estoy de regreso. Quiero que se haga justicia por...

Kate le dio un empujón ligero, pero firme para que se apartara y se callara. Gabe le cedió espacio. Tenía el rostro pálido y la miraba con preocupación. Kate no se había dado cuenta de que las lágrimas habían escapado de sus ojos y que su tono de voz se había elevado considerablemente.

—Me embaucaste. Fingiste quererme y estar enamorado para que yo te presentara a mi padre. Para que él, al darse cuenta de que te quería pensara en no publicar en la revista política el artículo de investigación que iba a desenmascarar las conexiones sucias, los sobornos y el tráfico de influencias de tu padre. Te mandaron a hacer un trabajo y lo hiciste muy bien. Porque sabías que mi padre me adoraba y jamás habría hecho algo que me pusiera triste. Él me pidió que te observara, que no confiara hasta estar segura. Y fui necia. Confié en ti... ¿Solo para qué?

—Yo te quería, no estaba fingiendo...

—¡Mentiras y más mentiras! Creí en ti. Creí en ti —repitió con dolor. No porque sintiera algo hacia Gabe. Era dolor por lo que había perdido. Por las secuelas que habían quedado en ella.

Alrededor el murmullo de la gente se había empezado a elevar, porque la voz de Kate había pasado de un susurro indignado a un tono de voz bastante audible.

—Kate, este no es el lugar...

—¿Qué derecho tienes a acercarte a mí? —prosiguió—. Arruinaste mi vida. Y jamás, jamás, voy a perdonarte, Gabe. ¿Lo entiendes? —preguntó con firmeza, aunque la voz le temblaba ligeramente de la furia—. Nunca habrá un lugar adecuado o inadecuado. No quiero volver a verte. No te me acerques. Ignórame exactamente como llevo haciendo estos ocho años. ¿Te queda claro?

Sin esperar que le respondiera dejó el billete sobre la mesa y se alejó con paso firme ante la mirada atónita de los clientes y del hombre que le llevaba cinco años más de diferencia en edad. Una persona que había jugado un papel importante en su vida tiempo atrás. Un episodio que continuaba pasándole factura. No se podía creer que el destino hubiera sido tan cruel con ella. Dios.

Empezó a avanzar a paso rápido por el pasillo del restaurante, sin importarle la mirada de la gente. ¡Que miraran! ¡Que cotillearan lo que les diera la gana! Al fin y al cabo nadie la conocía. Le daba igual.

Dispuesta a subir a su habitación, agitada y con la mente hecha un caos, chocó con una pared de músculos en la puerta del restaurante. Por mero instinto apoyó las manos en la solapa de la chaqueta azul marino. No necesitaba mirar para saber quién era. El aroma y su fuerza la envolvieron como una capa protectora.

—¿Cuánto has escuchado? —le preguntó a Cesare en un susurro, mirando el contraste de sus manos blancas con uñas pintadas de rojo vino, contra el color oscuro de la prenda masculina. También se fijó en que Cesare ya no llevaba la muleta ni el yeso.

—Lo suficiente para saber que si ese malnacido se cruza en mi camino le partiría la cara de un puñetazo.

Entre lágrimas, Kate dejó escapar una risa nerviosa. Estrangulada.

—¿El pie está bien del todo? —preguntó en un susurro.

—Lo está, pero no puedo forzarlo. Haré terapia aquí con mi fisioterapeuta de cabecera y todo en orden.

—Me alegro. —Finalmente, ella elevó la mirada—. Supongo que el drama iba incluido en la propina de mi cena...

Cesare estiró la mano y le enjugó las lágrimas con los pulgares en un gesto delicado. Luego le sonrió con calidez. Él parecía la personificación de uno de los gladiadores de la antigua Roma, pues el gesto que dedicó a quien quiera que los observara era el de una persona que no mostraba debilidad ante nadie. Podía llenar una habitación con su aura de autoridad, su tamaño y aquella presencia eléctrica que lo caracterizaba.

—Vámonos —le susurró tomando las manos de Kate entre las suyas para apartarla con suavidad, y ella estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo. No encontraba sus neuronas. Se dejó guiar de Cesare como una autómatas hasta el ascensor. Quería pedirle que la dejara en paz, pero al mismo tiempo no quería quedarse sola.

Subieron en silencio. Ella más calmada, y él sin emitir palabra. Al llegar a la puerta de la suite, Cesare extendió la mano en un gesto inequívoco. Kate le entregó la llave magnética sin protestar.

Erán las ocho y media de la noche. Deberían estar camino a la casa de Rexford. Se trataba de una reunión informal. Pero Kate no tenía cabeza. Aceptó el vaso con agua que él le extendió de pronto, luego de que abriera las persianas que tenían una vista del manto de luces de la ciudad y el mar a lo lejos.

Kate fue a sentarse en el borde de la cama. Bebió en silencio con la mirada perdida al frente. Al verla tan vulnerable, Cesare no pudo evitar que su instinto protector saltara. Había controlado su intención de volver al restaurante y golpear a ese pelmazo, pero sabía que Kate no lo apreciaría, ni tampoco su reputación.

Cesare la contempló. Tenía las mejillas sonrosadas por el enfado, los ojos aún brillaban por el rastro de las lágrimas y el cabello estaba ligeramente alborotado. La imagen era de una mujer enfadada y al mismo tiempo agobiada por el pasado.

Se sentó a su lado.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con cautela. Tenía tres hermanas y sabía que no debía presionar. Si ella lo quería lejos, se iría, pero diablos, odiaba ver a Kate afligida. Prefería a la muchacha combativa, ingeniosa y cotilla.

Kate bebió el resto del agua y luego fue a dejar el vaso en una esquina. Regresó junto a Cesare. Se sentó y lo miró.

En otra circunstancia le hubiera dicho que no era su problema, pero lo cierto es que Cesare se había portado muy comprensivo cuando no tenía por qué hacerlo. Le ofrecía la oportunidad de rehusar hablar o echarlo de la habitación. Algo dentro de ella la impulsaba a hablar. Como si él pudiese entenderla y atrapar sus demonios para alejarlos. Quizá era una fantasía ridícula producto del shock de ver a Gabe, pero pronto se encontró contándose todo.

Tomó una bocanada de aire.

—Tenía diecisiete años cuando conocí a Gabe... Generalmente los chicos iban tras Colette, porque yo tendía a ser más bien cortante y aventurera —dijo con un tono que estaba lejos de ser optimista—. Me sorprendí de que quisiera hablar conmigo y luego invitarme a salir. Sentí cierta desconfianza, pero le di una oportunidad. Para ese entonces el equipo de la revista política *Contornos*, parte de un conglomerado editorial que pertenece a mi familia, estaba trabajando en un reportaje importante sobre el asistente del Gobernador de California. Tráfico de influencias, malversación de fondos y vínculos con el narcotráfico.

Cesare estiró la mano y apartó con suavidad un mechón de cabello de Kate del rostro, y se lo acomodó detrás de la delicada oreja.

—¿Te trató mal...?

Ella negó.

—Era verdaderamente encantador, atento. Todo lo que una chica de diecisiete años pudiera desear. No se me pasó jamás por la mente que pudiera tener vínculos con Jefferson Schmidt. Gabe era bastante sencillo. Nunca llegué a conocer a su padre. Aunque cuando salíamos coincidió con la fecha de uno de mis cumpleaños, así que él pudo conocer a mi familia, mis amigos... —tragó y contempló sus pequeñas manos entrelazadas sobre la falda del vestido— el editor de *Contornos* y mi padre estaban conversando ese día de mi cumpleaños y por casualidad escuché sobre el reportaje, pero no le di mayor importancia. En ningún momento relacioné a Gabe con Jefferson. No tenía por qué después de todo.

—¿Tu padre no era el editor?

—No... Él solo escucha a sus editores, pero no interviene en el contenido. Da opinión cuando cree estrictamente necesario. Considera primordial no inmiscuirse. Entiende el tema de lo que implica la libertad de prensa, ¿sabes?

Cesare no sabía, pero asintió.

—Llevábamos saliendo varias semanas y... —se mordió el labio inferior— la relación se volvió más cercana —dijo a modo de eufemismo. Se le hacía muy extraño hablar con Cesare sobre otro hombre. Como si estuviera traicionándolo al hacerlo. Verdaderamente ridículo, sí—. Una noche salimos a celebrar. Quedaba una semana para que saliera la edición de *Contornos* con la información sobre el padre de Gabe. Todo esto que te digo es con los cabos que he atado a lo largo de estos años.

—¿Cuántos han pasado?

—Ocho...

Él asintió y esperó en silencio a que ella continuara.

—Salimos a bailar —soltó una carcajada rota— yo creía estar enamorada. Ya me imaginaba casada. Tonterías juveniles. Al final, ¿qué es el amor sino una completa bobería y truco de la mente humana? —Cesare frunció el ceño ante la descripción tan cínica del amor, pero no dijo nada—. Cuando él estaba conduciendo para llevarme a casa, nos emboscaron.

Él apretó los dientes. No pudo evitar apoyar su mano sobre la de ella.

—Era casi media noche. Lo habíamos pasado muy bien. En un semáforo dos automóviles con vidrios blindados nos interceptaron. Se bajaron varios hombres. Cinco o seis. Prácticamente me arrancaron del asiento y lo mismo hicieron con Gabe. Yo empecé a gritar, desesperada porque temía que le hicieran algo. ¿Te imaginas? —Finalmente lo miró y lo que encontró en sus ojos estuvo a punto de hundirla. No había compasión, sino empatía, algo que nadie, ni siquiera sus padres, le habían ofrecido. Contuvo las ganas de pedirle que la abrazara—. Tan estúpida pensando en él. Nos arrastraron hasta uno de los vehículos y nos llevaron amordazados y atados.

»Cuando llegamos a una casa en los barrios bajos de la ciudad nos dejaron a ambos en una habitación. Pero eso no duró demasiado. A Gabe se lo llevaron lejos de mí, y me aterré. Esos hombres tenían una mirada horrible, Cesare. Vacía y lúgubre. Como si no temieran nada, ni a nadie. Temí por mi vida. Me dijeron que iban a violarme una y otra vez hasta que mi padre dejara en paz a Jefferson.

—Cariño... —murmuró con el rostro desencajado y apretando los puños.

—No lo hicieron, pero el juego psicológico fue horrible. No me podía mover. Me echaron cubos de agua helada. Me insultaron y me llamaron de todo. Y mientras yo estaba ahí, en lugar de clamar por mi bienestar, les pedía que no le hicieran nada a Gabe. Se reían de mí. Y yo no entendía si era porque me veían desvalida y

lo disfrutaban, o porque sabían que yo ignoraba que trabajaban para el asistente del Gobernador. Ahora sé la respuesta.

»No sé cuántas horas estuve ahí. Pero sabía que pedirían un rescate o se comunicarían con mi familia. Mi papá se puso al teléfono para que yo confirmara que estaba bien. Se me quebró la voz al hablar... y eso me valió una bofetada. Luego todo fue un desastre.

»Solo recuerdo que llegó la policía, el FBI, y hubo un intercambio de disparos. Yo intenté resguardarme. Un agente entró para sacarme, pero un movimiento en falso me expuso a la balacera. Me hirieron terriblemente, y mataron al agente que iba a sacarme. Me desmayé, porque lo último que recuerdo es que estaba en la cama del hospital, temblando y con mis padres, Colette y mi hermano Damon a mi alrededor.

—Kate —murmuró Cesare y la tomó en brazos para sentarla sobre sus piernas. Ella no protestó. Se dejó abrazar y dejó la cabeza en el hombro suave. Aspiró el aroma de Cesare. Un aroma que la hacía sentir a salvo, cuando en realidad sabía que sus sentidos no lo estaban—. No es necesario que continúes si te hace daño recordar.

Ella negó con cabeza y apoyó la mano en la mejilla de Cesare.

—Yo... quiero contártelo... —dijo con sinceridad—. Pero si tú prefieres irte, lo entiendo. —Hizo amago de bajarse de las piernas de Cesare, pero él la retuvo.

—Quédate. Háblame si sientes hacerlo, *cara mía*.

Ella asintió y volvió a acomodarse en esa fortaleza que eran sus brazos. No debería confiar en él. Pero lo hacía.

—Por la cantidad de sangre que perdí, la herida en el vientre por la bala y el tiempo que tardé en venir al hospital había... —tragó en seco— perdí al bebé que esperaba. No lo sabía. Colette no sabe esa parte, tan solo mis padres y mi hermano Damon. Fue un golpe terrible, tan duro, Cesare...

—Dios, Kate. —La apretó contra él, abrigándola, como si de ese modo pudiese confortar a la chica de diecisiete años de la que ella estaba hablándole. Como si pudiese borrar el dolor—. Cariño, lo siento tanto. Nadie debería vivir una experiencia tan terrible.

—Han pasado años. Y desde entonces yo...

—No confías en los hombres —completó Cesare frotando la nariz contra los cabellos rubios para aspirar el aroma tan propio de vainilla y rosas de Kate.

Ella asintió.

—Ver a Gabe hoy, me llenó de rabia. Fingía ser inocente. Fingía no saber que su padre estaba detrás de ese secuestro para intimidar al mío. Al final, no sacaron el reportaje en la revista. Lo hicieron por mí. Y me siento culpable.

Cesare colocó la mano bajo la barbilla de Kate y elevó el rostro hacia él.

—Tú fuiste una víctima, y aunque ese malnacido hubiera o no conocido de la estrategia de su padre, no habrían cambiado las cosas. Si esa clase de gente quiere algo, lo hace sin importar nada...

Ella asintió.

—Fui confiada y tonta. Le entregué mi confianza a la persona equivocada.

—Los errores te hacen más fuerte. Te atreviste a tener una experiencia. Y todo tiene un precio. A veces más alto del que deberíamos pagar, pero eso solo te enseña una lección en la vida. No se trata de renunciar o impedirte a ti misma vivir. La culpa no te ayuda, y en tu caso, mucho menos. Fuiste una víctima, y has salido adelante. Colette siempre me decía que tu vena aventurera y creativa es contagiosa. —Ella dejó escapar una media sonrisa—. Hay que salir adelante cuando hay alguna tragedia personal. A veces se tarda, a veces, no... Además, eres muy joven para pensar que el amor no existe, Kate. Es bueno ser desconfiado, pero también saber que hay límites para todo.

Ella soltó un gruñido.

—Hablas como si tuvieras experiencia en casos trágicos.

—Algo así —respondió él, evadiendo detalles.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó de pronto.

Cesare sonrió.

—Tal vez. —Se encogió de hombros—. Nunca he estado el tiempo suficiente con una mujer para saberlo. Mi carrera me consumía mucho tiempo, y no me gustaban los compromisos a largo plazo.

—¿Ahora no...? —preguntó con una sonrisa contemplando la boca de Cesare. Haber expresado en voz alta sus demonios la hacían sentir ligera. Como si al hablar hubiera enviado sus fantasmas al olvido, en donde deberían estar.

—Quizá —replicó—. No hago promesas que no puedo cumplir.

Kate esbozó una sonrisa.

—Vaya, entonces ahora el misterioso eres tú —expresó con una sonrisa. De aquellas que se expresan desde el alma cuando un gran peso ha dejado tus hombros.

Se quedaron mirando un largo rato. Las palabras no hacían falta. La química vibraba entre los dos, acariciándoles la piel. Era como si un imán ineludible los impulsara a acercarse. La atracción que sentían iba más allá de un rostro atractivo y un cuerpo deseable. En el caso de Kate, ahora sabía que él era más que un físico

poderoso y viril, se trataba de algo más complejo. Para Cesare, ella era una fuente de continuas sorpresas y ahora que había bajado sus barreras, abriéndose a él, se sentía más seguro de que lo que palpitaba entre ellos era distinto a cualquier otro tipo de interés que hubiese sentido por otra mujer.

—¿Estás mejor? —preguntó de pronto, muy consciente de la cercanía de sus cuerpos, el silencio de la habitación y la vista de la ciudad cobijándolos. Cesare tenía ganas de seducirla, pero era ridículo aprovecharse de su estado de vulnerabilidad. No era un patán.

—Sí.

Cesare recorrió la boca de Kate con el pulgar. Delineando los labios sensuales de tono rosa.

—Me alegra.

Como si no pesara, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

Kate intentó bajarse, pero él la sostuvo con firmeza.

—No es necesario que hagas esto, Cesare. No estoy inválida y a ti te acaban de sacar el yeso, no puedes hacer fuerza —espetó con su tono molesto. Un tono que él sabía ahora que era solo para defenderse ante la posibilidad de sentirse vulnerable. En esta ocasión, él sonrió.

—No es necesario que haga muchas cosas, *cara*, pero me apetece hacerlo. —La dejó sobre el edredón—. Mi pie va perfectamente, y tú apenas pesas unos cuantos kilos. —Le hizo un guiño y ella puso los ojos en blanco—. Pondré la reunión con Rexford para mañana. ¿De acuerdo? —miró el reloj— y ya son casi las doce de la noche.

—Hablo demasiado...

Él le hizo un guiño y le acarició la mejilla.

—Gracias por confiar en mí —dijo Cesare.

Empezó a alejarse, pero ella lo retuvo agarrándolo de la mano. Él simplemente la miró.

—Quédate... —Ignoraba de dónde había sacado la valentía para pedirselo. Sabía que estaba transgrediendo sus propias normas. El deseo parecía aumentar el flujo de su sangre por las venas, quemándola como algo tan familiar y ajeno al mismo tiempo, como si controlara su torrente sanguíneo. Acostarse con él era un anhelo prácticamente irresistible. Confiaba en Cesare. Jamás le había abierto su alma a nadie. Y quizá no se debía solamente a la presencia del rastrero de Gabe esa noche. Algo dentro de ella, le decía que tarde o temprano se hubieran sincerado, tal y como lo acababa de hacer con él—. Por favor.

—Kate, ¿sabes que te deseo, verdad? —Cesare estaba tratando de ser un caballero. La mirada cargada de anhelo en ella, así como el modo tan directo en que se lo estaba pidiendo tocó una fibra en él. Esa parte que mantenía el control.

—Y yo te deseo a ti.

—Aunque me gustaría poder hacer el amor contigo, sé que mañana al despertarte vas a recriminarte y no es eso lo que deseo. Quiero que cuando estés conmigo sea con el pleno sentido de que quieres hacerlo, sin remordimientos ni impulsada por el pasado.

En eso tenía razón, pensó Kate de mala gana.

—¿Me rechazas entonces?

Poniéndose así resultaba difícil negarse, pensó Cesare. Y tampoco es que hiciera falta demasiado esfuerzo para que él cediera. Pero no en vano había logrado disciplinarse en el deporte. Podía aplicar la misma disciplina en su vida personal.

—No, *bellísima*. Rechazarte no está en mis planes —replicó. Ella lo miró con ojos interrogantes, mientras él empezaba a despojarse de la chaqueta cuando una idea tomó forma en su cabeza. Le siguió el cinturón. Los zapatos. Las medias. Y luego le sonrió antes de agregar—: Hazme un espacio. —Dios, iba a poner a prueba su determinación. Pero haría lo correcto.

Con el ceño fruncido, Kate se apartó y se acomodó en el otro lado de la cama. El colchón se removió cuando el cuerpo musculoso y fuerte de Cesare se acomodó.

—Ven aquí —le dijo, y la atrajo a sus brazos envolviéndola en el aroma de su colonia y su perfume natural. Era exótico, salvaje y confortante, pensó Kate—. Ahora, puedes lanzar tus botas por donde mejor te apetezca. —Ella lo hizo—. Y si mañana continúas queriendo hacer el amor conmigo, créeme que haré que valga la pena...

Ella soltó una carcajada. Fue música para los oídos de Cesare.

—Qué presumido —replicó ella. Con él se sentía cómoda. Algo muy inusual para sus estándares en lo referente al sexo opuesto.

La risa ronca de Cesare rezumbó tras Kate. La tenía abrazada y ella podía sentir la erección detrás de sus caderas. Ese hombre tan sexual y viril estaba conteniéndose pensando que ella se arrepentiría al siguiente día. Una parte del corazón de Kate empezó a descongelarse por ese gesto. Un gesto que ningún otro hombre hubiera tenido. Por un momento tuvo miedo. Y como si lo percibiera, Cesare la apretó más contra sí.

—No pienses tanto. Duerme —le susurró al oído.

Ella cerró los ojos dejándose llevar por la tranquilidad que, por primera vez en mucho tiempo, la embargó.







## CAPÍTULO 9

Kate sentía el calor de Cesare a su lado. Muy cuidadosamente se deshizo de sus brazos y fue al cuarto de baño. Se miró en el espejo y notó cómo el perfecto maquillaje del día anterior ahora era un adefesio. Se limpió el rostro con un algodón y luego se metió en la ducha.

No había pensado que luego de evadir tanto a Cesare, hubiera sido precisamente él quien presenciara un momento difícil para ella. No la había cuestionado, ni presionado. Tampoco sintió lástima. Le brindó su comprensión y empatía. La había desarmado por completo. Y le resultó muy fácil contarle su pasado. Como si al hacerlo él fuese capaz de ahuyentar los fantasmas. Y a decir verdad, lo había hecho.

Cerró los ojos y dejó que el agua caliente la recorriera. Cuando terminara volvería a la cama, dispuesta a decirle que con respecto a la noche anterior, no había cambiado de opinión. ¿Cómo hacerlo cuando cada célula de su cuerpo se rehusaba a continuar resistiéndose ante ese hombre, resistiéndose a privarse del placer del contacto masculino?

Se empinó para coger el bote de champú que estaba sobre un anaquel, cuando sintió unas manos cálidas y grandes que le rodeaban la cintura desde la espalda. Dio un respingo y se giró con una sonrisa. Una sonrisa que se le borró por completo cuando recordó que estaba desnuda, mojada y sin una gota de maquillaje, ante un hombre que había estado probablemente con muchísimas mujeres más experimentadas que ella.

—Yo...—intentó cubrirse por instinto, pero él atrapó sus manos y entrelazó los dedos—. No esperaba... nunca he... Seguramente tú...

Cesare estaba gloriosamente desnudo y la miraba con una sonrisa muy pagada de sí mismo. Ella elevó la mirada dorada, mientras el agua caía detrás de ambos, golpeando contra la tina y salpicando las paredes. No lo había escuchado entrar por el ruido del agua y porque tenía la mala costumbre de cantar en la ducha.

—Quiero verte. Diablos, he querido verte desnuda desde el día en que te conocí —dijo con intensidad. La contempló de pies a cabeza. Era perfecta. Sus pechos respingones eran del tamaño ideal. Los pezones estaban erectos y rodeados de una areola grande, rosada. Cesare moría por probarlos. La curva de su cintura era estrecha y sus caderas redondeadas. Tenía las piernas más bonitas que él hubiese visto. Y eso que por su cama habían pasado modelos y atletas. La mujer que tenía frente a él era una delicia absoluta, y pensaba degustar cada milímetro de ella—. Eres exquisita. Hermosa.

Ella giró la cabeza hacia un lado. No le gustaba sentirse expuesta. Él le soltó las manos y a cambio le enmarcó el rostro en forma de corazón con suavidad.

—Venía a hacerte una pregunta —dijo Cesare. Se había despertado y al escuchar el ruido de la ducha decidió acompañar a Kate. La erección que tenía en ese momento no tenía nada que ver con el habitual estado de su miembro masculino en las mañanas, pero sí con la idea de hacerle el amor a esa enloquecedora mujer. Ver su silueta curvilínea desnuda, a través del cristal de la ducha, casi lo hizo poner de rodillas.

Kate sonrió con timidez, moviendo sus delicados pies sobre el piso de la tina.

—¿Y no has podido esperar a que me terminara de duchar? —quiso saber con un susurro, y excitada ante el poder tangible de la musculatura masculina.

Cada parte de Cesare parecía estar tallada a mano. Ni un solo gramo de grasa. A pesar de que él la tenía apretada contra su cuerpo desnudo, no le impidió mirar hacia abajo y contemplar una gloriosa erección. Era grande y vibrante. Todo en él rezumaba virilidad. Sabía que su cuerpo se adaptaría al de Cesare, y la sola idea de poder sentirlo en lo más profundo de su interior, la hizo temblar. Elevó la mirada y se topó con los ojos negros chispeantes.

—Lastimosamente no —replicó con una sonrisa pícaro, complacido por saber que ella lo deseaba tanto como él a ella. Kate era consciente de cada músculo que rozaba su piel. El cosquilleo en los pezones al estar en contacto con el vello de los pectorales masculinos casi fue su perdición—. Entonces, ¿quieres quedarte sola o te apetece un poco de compañía?

Con una risa nerviosa, Kate tomó cartas en el asunto. No podía seguir torturándose. Enterró los dedos en el cabello espeso de Cesare y atrajo su cabeza para que sus labios entraran en contacto con esa boca provocadora y así poder besarlo a gusto.

—Me apetece mucho, un poco de esa compañía que al parecer me ofreces —dijo con un tono bajo, sensual, mientras le daba delicados mordisquitos en el labio inferior. Cesare, con un gruñido de satisfacción, tomó el control del beso. No lo podía evitar. Estaba en su sangre italiana.

Kate sintió un temblor de excitación recorriéndola. No había espacio para pensar, porque su cuerpo se puso al mando, pidiendo, exigiendo, deseando más, tanto, que le dolía.

Cesare la besó con ardor, sus lenguas se encontraron y el contacto fue tomando un giro apasionado que amenazaba con hacerlos perder la cabeza. El idioma que sus bocas hablaban se conocía desde el principio de los tiempos, y ambos estaban reescribiéndolo.

La boca de Cesare era hambrienta y la devoraba con dureza. Ella no dudó en empatar la pasión italiana que le estaba siendo prodigada. Él era todo lo que necesitaba en ese momento.

Kate deslizó las manos sobre los hombros duros hasta cubrir la espalda, y sintió ondularse los músculos a medida que lo acariciaba, palpándolo, conociéndolo, aprendiéndolo. Sintió el calor de su piel morena y gimió de placer. Era una experiencia diferente a la que había vivido con Gabe. Nunca podría encontrar otro hombre que la hiciera sentir viva como se sentía con Cesare. De eso estaba segura.

Sus manos ansiosas empezaron a recorrer el cuerpo de Kate. Recorrió los pechos, recreándose en ellos. Los acarició, los pesó en sus manos con placer sintiendo cómo encajaban perfectamente en sus palmas. Luego apresó los pezones con los dedos, arrancándole un gemido, primero los presionó con suavidad y luego con fuerza, excitándose cuando Kate clavó las uñas en su espalda. No dejó de besarla en ningún momento al tiempo que ambos se exploraban ávidamente con las manos y con la boca. Los dedos de Cesare vagaron por la cintura estrecha, acariciándole el suave vientre para luego deslizarla hacia abajo, hasta encontrar la zona más sensible, más íntima.

La probó con un dedo. Estaba deliciosamente húmeda, tibia y lista.

—Eres tan deliciosa —le dijo con un gruñido de placer mientras la acariciaba íntimamente. Deslizó uno de sus fuertes y largos dedos en el interior, mientras la mano libre le acariciaba el trasero respingón.

Ella no se quedó atrás, y luego de acariciarle las nalgas, tomó su miembro henchido entre las manos. Lo acarició con presteza en toda su longitud, masturbándolo con lenta exploración, tocando su punta roma con los dedos, palpando, sintiendo; luego deslizó las caricias hasta sus testículos con una decadencia que lo tenía al borde del orgasmo. Mientras esos dedos traviesos subían y bajaban, el pulgar se deleitaba recorriendo el glande, esparciendo y lubricándolo con las gotas de su propia esencia que había emergido por la excitación.

Trabajosamente, logró agarrar la mano de Kate con la suya para detener la deliciosa caricia. Pero él no dejó de mover en círculos el pulgar sobre el clitoris, mientras con dos dedos emulaba el acto sexual, penetrando y saliendo del empapado canal femenino. Pegó la frente a la de Kate.

—Si me continúas acariciando de ese modo —dijo entre jadeos—, no voy a poder hacer lo que deseo contigo.

Ella, también agitada, le mordió le labio inferior con intención y luego lo lamió. Sonrió.

—Entonces no sé qué hacen tus dedos en mi interior —susurró con voz temblorosa, y Cesare acarició la humedad con ímpetu haciendo que ella perdiera el hilo de sus pensamientos, y abandonara las caricias sobre el portentoso miembro.

—Ahora lo sabrás, *bella bambola*. Muñeca hermosa.

Él aprovechó para cambiar sus movimientos y en lugar de continuar tocándola, la tomó de las nalgas y la elevó.

—Rodéame con tus piernas, *cara*. —Ella obedeció. Kate podía observar cómo Cesare trataba de mantener el control para alargar el momento. La levantó sin ningún problema. La apoyó contra la pared—. *Bella*, ¿estás tomando la píldora?

Kate asintió. Había tenido un par de desajustes hormonales y debido a lo dolorosos que eran los cólicos menstruales para ella, tomaba anticonceptivos.

—Sí...—corroboró.

—Bien.

Sintió cómo Cesare se abría paso entre sus pliegues íntimos y la penetraba, ensanchándola, con una sólida embestida que la hizo jadear. Apoyó sus pequeñas manos en los hombros mientras él se movía en el interior de su cuerpo a un ritmo enloquecedor, delicioso.

El sonido del choque de sus cuerpos provocaba en ambos una sensación adicional de erotismo, rodeados del vaho del agua caliente y el ardor de la piel de ambos friccionándose con ímpetu, los únicos sonidos estaban mezclados entre el agua y los jadeos que emitían.

—Oh...

—Eres estrecha... perfecta. Me encanta tu cuerpo, Kate. —Para demostrarlo tomó uno de los suaves pechos con su boca, mientras sus caderas embestían una y otra vez. Succionó el duro pezón, y luego lo mordisqueó con los dientes. Kate clavó las uñas en sus hombros. Él no se detuvo y aplicó la misma sensual tortura al otro pecho, chupándolo, probándolo y estremeciendo cada célula de su cuerpo con su cálida boca.

Donde fuera que Cesare la tocara, ella anhelaba más. Saber que la respiración agitada en ese hombre tan sensual la causaba el momento erótico que estaban compartiendo, la excitó todavía más. Era la primera vez que veía la naturaleza primitiva, apasionada y decidida de Cesare sin restricciones. Se sintió eufórica al ser parte de ese instante.

—Cesare... —susurró con ansia y necesidad. Él no se parecía en absoluto a ningún otro hombre que hubiera conocido. Tenerlo de esa manera hacía que deseara lo que nunca antes: intimidad, confianza, y conocerlo a un nivel distinto. Conocerlo en su totalidad. Los miedos y los sueños. Él era peligroso para su cordura, pero reconocía que adoraba el sabor de ese peligro—. Dios...sí, más...—Con él nada más importaba. Solo el presente. Sin el dolor ni las sombras del ayer—. Me gusta sentirte dentro de mí... es... ahhh...

—*Dio... cara...* —gimió mientras sentía cómo las paredes suaves de Kate lo acogían a la perfección. Sentía los latidos del corazón agitándose a toda velocidad en su pecho, y deseaba que ella lo acompañara en la liberación del placer. Con una última embestida le tomó la boca con hambre y ardor. Imitó con la lengua lo que hacía con su sexo.

—¡Cesare! —exclamó ella arropada por el éxtasis.

La sola mención de su nombre, en aquel tono suplicante y complacido, lo abrumó. Arrastrado por un pasión enloquecedora, en el preciso momento en que sentía los músculos de Kate contraerse alrededor de su miembro, ya próxima al orgasmo, él se dejó ir y explotaron juntos recibiendo una oleada de placer que los dejó sin aliento.

La cabeza de Kate estaba apoyada en el hombro de Cesare, estaban íntimamente unidos, y ella lo rodeó con los brazos. Él salió con suavidad del interior de Kate y la bajó con deliberada lentitud hasta que los pies de ella tocaron la tina.

Le sonrió y acarició las mejillas arreboladas con dulzura.

—¿Estás bien?

Kate asintió.

—Ha sido...

—¿Sensacional? —preguntó Cesare, juguetón.

Ella rio.

—Sin duda alguna, *Don Presumido*.

—Mmm... —murmuró acariciando los pechos de Kate. Lo que habían experimentado juntos, ambos los sabían, no ocurría todos los días. La química electrizante y el modo colosal de poseerse mutuamente eran únicos—. Se nos ha olvidado un pequeño detalle —continuó masajeando los pechos femeninos, mientras ella observaba maravillada cómo poco a poco el sexo de Cesare volvía a ponerse duro y creciendo ante su mirada ávida. No pudo evitar elevar la mano y acariciar el glande.

—¿Es así? —preguntó elevando el mentón esperando sus besos.

—*Sono dependiente dei baci tuoi...*—dijo, y a continuación atrapó su boca con un beso profundo y caliente—. Soy adicto a tus besos —murmuró traduciendo lo que acababa de decirle. —Acto seguido continuó seduciéndola con su boca maestra hasta que su cuerpo estuvo listo y recuperado del todo para una nueva ola de pasión y erotismo.

Fue un beso distinto, un beso que ya conocía el placer del intercambio con Kate, un intercambio exquisito y único. Ese beso hizo que ella se derritiera por completo entre sus brazos, perdiéndose en la química que burbujeaba y los consumía. Cesare la envolvió con sus brazos, y pronto estuvo arqueando su cuerpo pidiéndole del modo más básico que la tomara de nuevo.

La poseyó nuevamente. Esta vez con deliberada lentitud. Memorizando de nuevo su cuerpo y dejando que ella lo acariciara del modo en que se le diera la gana. Ambos estaban abandonados a las caricias del otro, hasta que juntos volvieron a lanzarse hacia el límite del deseo. El éxtasis.

Se bañaron, besándose y provocando al otro con besos. Besos que fueron dulces, otros arrebatadoramente eróticos, pero todos eran una conquista igualada del uno hacia el otro. Cuando Cesare recorrió la cicatriz del vientre de Kate, ella se sintió cohibida, pero él le aseguró que no debería porque esa era la marca de una luchadora y guerrera de la vida. Las marcas que se llevan con orgullo. Las gotas de agua que cayeron sobre ellos mientras se amaban con pasión se confundieron con las lágrimas de Kate, que estaba conmovida hasta la médula por las palabras y las caricias de ese hombre que estaba desestabilizándola por completo.

—Vaya... —dijo ella cuando estuvieron secos y vestidos, media hora más tarde—. Yo...

Cesare se terminó de peinar y giró la cabeza hacia ella. Sonrió con suficiencia masculina. Al notarlo, Kate puso los ojos en blanco.

—Imagino que ha valido la pena esperar hasta esta mañana. Es lo que querías decirme, ¿verdad? —preguntó bromista.

Kate se echó a reír. Una risa diáfana y cargada de libertad. Exactamente como se sentía: libre, pletórica y... feliz.

—Si lo que quieres saber es si me arrepiento de lo que ha ocurrido, la respuesta es no —expresó con sinceridad. No importaba cuál hubiera sido la motivación que la había llevado a aceptar el trabajo de Cesare, o inclusive a estar a su alrededor, la verdad era que lo que había compartido con él era real. Genuino. No tenía nada que ver con su interés de conocer la vida personal que tan herméticamente él guardaba bajo siete llaves—. Me complace.

Cesare se acercó y la besó con suavidad.

—Me alegro. Porque esto que acabamos de hacer va a repetirse...

Kate le acarició la mandíbula con la yema de los dedos, perdida en la belleza masculina de sus rasgos.

—¿Esa es una amenaza? —preguntó risueña.

—Una promesa. Y los sicilianos siempre cumplimos nuestra palabra.

\*\*\*

Charlotte Jenkins no era dada a aceptar órdenes. De hecho, disfrutaba particularmente irritando a Rexford Sissley, su entrenador de tenis. El muy cretino le imponía un ritmo de trabajo extenuante, le organizaba una agenda de odiosos eventos para que hiciera contactos con posibles nuevos auspiciantes, a pesar de que ella le había dicho que no quería continuar jugando tenis profesional.

Le gustaba la competición, sí, pero durante su carrera deportiva se había dado cuenta de que en realidad amaba posar para las cámaras. Fingir que podía ser cualquier cosa que el fotógrafo de turno le pidiese mientras disparaba la cámara para una campaña publicitaria, le encantaba. Lo había hecho en varias ocasiones para algunas marcas de ropa, y se había quedado fascinada. Pero Rex le decía que no podía echar a perder su potencial. Era exasperante.

Esa tarde no era la excepción en las imposiciones de Rexford. Por eso estaba sentada en la sala de la mansión de BelAir. Él le había dicho que su socio iría a charlar para organizar la inauguración de la academia de tenis, *Deuce*. Ella era la imagen de la campaña. Y eso era lo único que a Charlotte le gustaba del asunto.

—¿Lista? —preguntó Rex a su espalda.

Ella se encogió de hombros. Lo miró con sus ojos azules almendrados, mientras su entrenador de ojos verdes y cabellos del color del trigo se sentaba frente a ella.

—Solo tengo que saludar a Cesare y a su amiga. Luego me has dicho que no arme ningún jaleo y que me muestre amigable como si fuera una marioneta —replicó con un tono insolente.

Rex apretó la mandíbula.

—Escucha bien, Charlotte...

—Mis amigos me llaman Charlie —espetó con la misma altanería.

—Yo no soy tu amigo, Charlotte, soy tu tutor y entrenador —dijo con dureza. Más de la que hubiese querido. Esa muchachita lo sacaba de quicio. Era rebelde e impredecible.

—Simplemente soy tu responsabilidad porque mi padre antes de morir te pidió que te hicieras cargo de mi existencia hasta que cumpliera los veinticuatro años y pudiera heredar mi fortuna. Si mi madre no se hubiera largado con su amante y estrellado el coche, entonces podrías deshacerte de mí con más facilidad. Pero resulta que soy tu pesadilla personal, ¿cierto? Pues qué remedio. Ya te dije que no quiero continuar jugando tenis. A ver si lo pillas de una buena vez.

Los ojos verdes de Rex destellaron. Charlotte creía que solo tenía que velar por ella, pero el asunto iba un poco más allá. Parecía sacado de un cuento del siglo anterior. Completamente absurdo. Había una cláusula del testamento de Guillaume Jenkins que Rex no le había mencionado a Charlotte. Ella tendría razón en poner un grito en el cielo cuando se enterara.

Faltaba poco para su cumpleaños veinticuatro. El tiempo se agotaba.

—Tú y yo vamos a hacer un trato —replicó. A sus treinta y cinco años no podía creer que tuviera que manejar ese tipo de situaciones—. Si cumples todas las indicaciones que te dé, luego de que cumplas la edad estipulada en el testamento de tu padre eres libre. ¿Qué te parece? ¿Tenemos un trato? Faltan cuatro meses...

Ella achicó los ojos.

—Finalmente algo honesto. —Rex enarcó una ceja conteniendo el genio—. Estoy harta de tu actitud protectora. ¡No la necesito! Soy una mujer capaz de tomar mis propias decisiones maldita sea.

Rex apretó la mandíbula.

—No te pases, Charlotte.

Ella se cruzó de brazos, y sus pechos se marcaron contra la tela del vestido blanco que llevaba ese día. Él fingió mirar hacia otro lado e iba a responderle cuando llamaron al interfono, interrumpiéndolo.

Rex se puso de pie. Antes de alejarse de la sala para ir a recibir a Cesare y Kate, apuntó a Charlotte con el índice.

—Quedas advertida.

—Sí, jefe —replicó con sorna, mientras lo veía alejarse. «¡Hombres!»





No se lo iba a tomar como una relación de ningún tipo, decidió Kate, mientras observaba de reojo a Cesare parquear el automóvil en la casa de Rexford en BelAir. Ella no creía en el amor. Tampoco era que él le hubiera hecho promesas o similares, pero prefería aleccionar a su propio cerebro con tiempo.

El sexo había sido fantástico. No es que tuviera demasiados hombres con quien compararlo, pero no era idiota. Cesare superaba con creces una puntuación sobre cien si hubiera tenido que puntuarlo. Sexo era solo eso: sexo. Podía manejarlo sin mezclar su corazón. ¿Cierto?

Cesare había abandonado la habitación del hotel para ir a casa y cambiarse. Cuando lo vio cerrar la puerta tras de sí, quiso pedirle que se quedara. Pero era una gran equivocación, así que después de un prometedor beso de despedida, ella se enfocó en el motivo por el que había aceptado el trabajo que él le ofreció. Tenía un acuerdo con Ronald.

Kate aprovechó la soledad de la tarde para sacar su ordenador y empezar a trabajar en el bosquejo del reportaje. Había pensado iniciar con la anécdota del accidente de esquí, pero lo cierto es que quedaba mejor ir en la línea de la pesadilla con Elizabetta, y a medida que fuera averiguando detalles iría dándole más matices. Había contactado con Giacomo en Italia, por email, pero el tonto decía que la vida de Cesare parecía cerrada a cal y canto, y que lo único que se sabía era que estaba muy unido a su familia, pero que no era novedad pues se trataba de un rasgo cultural muy propio de la mayoría de italianos. Ella tendría que ir en búsqueda de otras vías de acceso.

Luego de un rato frente al ordenador y con un par de párrafos listos, Kate fue a darse un baño. Estaba contenta de mantener su Norte. Se arregló y maquilló. Aprovechó también para llamar al SPA del hotel y pedir que subieran a hacerle la manicura y pedicura. No había nada como enfrentar los retos con una buena actitud, pero también una buena imagen. Al menos era lo que su madre siempre le decía.

Bajó a la hora convenida al lobby y esperó a Cesare para ir juntos a la casa de Rexford para la reunión sobre el evento.

—Estás muy callada —dijo Cesare interrumpiendo las cavilaciones de Kate—. No es propio de ti.

Ella lo miró con una sonrisa.

El clima estaba frío, pero al menos no nevaba como en Lago Tahoe. Echaba de menos a Daisy. Habían hablado un rato esa tarde. Al parecer Mijail estaba haciendo verdaderos esfuerzo para ganarse la voluntad de su amiga. Así que Kate la animó a que le diera una oportunidad. Esperaba que Daisy no fuera tan terca y lo aceptara; que lo intentara al menos.

—No me digas que ahora crees conocerme del todo —respondió en el mismo tono bajo y confidencial, mientras aguardaban a que abrieran la puerta principal para entrar.

—Más tarde te voy a demostrar cómo he aprendido a conocerte y las intenciones que tengo de continuar haciéndolo —comentó con voz ronca, al tiempo que le lanzaba una mirada que tenía todo de pecaminosa.

Kate no pudo evitar soltar una carcajada.

—Quizá presumes demasiada seguridad en creer que habrá una segunda oportunidad. —No había nada cándido en Cesare, y quien quiera que lo pensara era una ingenua. Ese hombre rezumaba pasión, sexo y algo indescriptible que empujaba a una mujer a querer quedarse arrebujada entre sus brazos—. Tengo cosas que hacer además de tratar de entender tus aires de macho alfa.

—No sería una segunda vez, creo que las matemáticas te fallan. ¿Quieres que te recuerde cuántos orgasmos tuviste ayer. —Kate lo fulminó con la mirada, sin poder evitar un sonrojo—. Sé que en el momento que volvamos a estar a solas te vas a preguntar cómo sería tenerme de nuevo recorriendo tu cuerpo con mi boca y con mis manos. Penetrando en ti de la misma manera en que lo hice en la ducha, y en la cama, pero esta vez lo haré de un modo en que no podrás resistir las ganas de rogar que entre en tu cuerpo con prontitud. ¿Y sabes lo que haré entonces?

Ella elevó la barbilla a modo de desafío, aunque por dentro estaba temblando y sentía un calor que ya le era familiar entre los muslos.

—Te tomaré con mi boca y vas a gritar mi nombre hasta que te deshagas en mil pedacitos de placer —susurró inclinándose hacia su boca tentadora. Ella se pasó la lengua por los labios y lo miró con ojos anhelantes.

Al percatarse de que estaba respondiendo al embrujo que él pretendía ejercer, con mucho éxito tenía que aceptar, se apartó. Lo miró enarcando una ceja como si lo retara a burlarse.

Cesare sonrió, y le acarició la mejilla con suavidad. Ella no se apartó.

—Presumido... —murmuró. Sonó más a un ronroneo que a una crítica.

—Lo mismo que sientes tú, siento yo. Deseo. El detalle es que yo lo acepto, y tú, a pesar de que disfrutas de la pasión que compartimos, te empeñas en negarlo... salvo cuando estás despojada de cada una de esas prendas de ropa que cubren tu delicioso cuerpo.

Estaban a punto de besarse cuando de pronto se abrió la puerta blanca de la mansión. Ambos se separaron y le dedicaron una sonrisa al anfitrión.

—¡Cesare, hombre, qué gusto verte! —saludó Rexford cuando la corriente sexual entre el italiano y Kate se esfumó.

—Te presento a Kate Blansky, la persona que va a encargarse de trabajar los detalles del evento y la convocatoria a los medios de comunicación. —Rex extendió la mano y agregó la sonrisa que solía usar para encandilar a los auspiciantes de Charlotte—. Kate, él es Rexford Sissley, el entrenador de Charlotte Jenkins y también mi socio en esta academia.



—Hola, Rex. Imagino que Cesare ignora que soy una experta en el tema deportivo, y que conozco bastante bien las carreras profesionales del círculo del tenis que rodea a mi mejor amiga, Colette.

Rexford soltó una risa.

—Ah, la famosa Kate y su afilada lengua entonces —replicó Rexford, encantado—. Espero que no tengas que chantajearme para conseguir alguna entrada especial, después de todo, estoy dispuesto a ofrecértelas gratis.

Kate frunció el ceño ante la evidencia de que el marido de Colette parecía haberla dejado en evidencia con sus dos mejores amigos. «Mal agradecido Weston», pensó de inmediato, pues a ver quién lo salvaba la próxima que fuera a meter la pata con su mejor amiga. ¡Já!

La charla se mantuvo en un ambiente ameno. Rex se mostró tan encantador como siempre, y Charlotte se condujo de un modo similar. Esto último llamó la atención de Kate, pues tenía entendido que la muchacha no era muy dada a llevarle la corriente a Rex.

La casa de Rex le pareció hermosa. Espaciosa, cálida y con toques muy hogareños. Los asientos eran cómodos, la calefacción precisa y desde donde se encontraba era posible ver el amplio patio iluminado. En una esquina se podía observar el vaho de agua caliente saliendo desde lo que era obviamente un jacuzzi.

—Entonces, ¿tú serás la encargada de convocar a los medios de comunicación? —preguntó Charlotte llevándose a la boca un canapé de langostinos.

La muchacha le caía bien a Kate. A pesar de ser una estrella joven del tenis, no tenía aires de diva. De hecho, aseveró recordarla del matrimonio de Colette. Kate sentía simpatía por ella. Recordaba que bebía los vientos por Rex, pero él, hacía todo lo posible por ignorarla. ¡Hombres!

—Sí, y también de procurar que tengas algunas entrevistas. Se me ocurrió que podrías hacer un pequeño discurso sobre la importancia del deporte, y cómo ha cambiado el tenis tu vida. De paso puedes agregar el detalle de por qué crees que deberían apuntarse en esta academia los que quieren llegar a ser profesionales como lo fueron Rex y Cesare.

Charlotte agitó ligeramente el pie, enfundado en unas preciosas botas de cuero azul. Era el único indicativo de que hablar de las bondades de la academia era lo último que deseaba. Pero eso no tenía por qué saberlo Kate ni Cesare.

—Te estaré muy agradecido por tu amabilidad, si accedes, Charlie —intervino Cesare con su habitual encanto al ver la duda en Charlotte e ignorando por completo que Rexford fulminaba a su pupila con la mirada—. Tienes mucha influencia en los jóvenes y me ha dicho Kate que la cámara te adora.

Charlie sonrió, y asintió.

Kate jamás iba a las reuniones sin estar preparada. Había hecho todas las investigaciones pertinentes del mercado y el impacto de Charlotte Jenkins en el medio deportivo, así como su influencia en las redes sociales. La chica siempre era un *trend topic* cuando sacaba algún producto de su línea de ropa deportiva. Le gustaba mantenerse en un perfil bajo salvo cuando era estrictamente necesario. Tenía mucho influjo en el criterio de los chicos de su misma edad.

Durante el trayecto desde el hotel Three Hill hasta BelAir, ella le había informado los detalles e impresiones sobre Charlotte a Cesare, y este se mostró encantado con su profesionalismo, algo que la regocijó.

—Por supuesto, Cesare —replicó Charlotte con genuina amabilidad. Se conocían desde hacía varios años, y ella sentía respeto por ese italiano que tenía suficiente dinero como Midas, pero prefería currárselo en lugar de dedicarse a gastar el dinero o vivir de perenne vacaciones—. Fuiste un gran tenista y me encantará poder dar unas palabras. Al final también soy la imagen de la academia. Que haya muchos inscritos y tenga publicidad me va a venir bien para mi carrera. ¿Cierto, Rex? —preguntó con tono dulce. Un tono que a Rex no lo engañó.

—Gracias por colaborar —farfulló Rexford, al tiempo que se ponía de pie—. Será mejor que pasemos a la mesa. Sandy ha preparado la cena hoy. —Se giró hacia Kate y dijo—: Mi ama de llaves es suiza, y prepara una fondue deliciosa.

—Amo la comida suiza.

—Te gustará más la italiana cuando la comas hecha en casa —le susurró Cesare al oído, mientras iban detrás de Rex y Charlotte camino al comedor.

—¿Así que sabes cocinar? —preguntó ella para provocarlo, al tiempo que él le acomodaba la silla.

—Algo natural en mí —dijo antes de acomodarse a su lado, no sin antes pasarle la mano por la espalda baja, provocándole un ligero estremecimiento.

La conversación en la cena fue fantástica. Fluida. Hablaron primero sobre el evento en sí. Discutieron varios puntos. Limitaron el número de invitados. Los horarios y los detalles con la prensa. La autorizaron a Kate a contratar un equipo de trabajo porque eran conscientes de que era demasiada labor para una sola persona. Luego que dejaron todo acordado, o al menos lo más esencial, empezaron a hablar de anécdotas graciosas y cualquier signo de tensión de disipó.

Cuando estaban a punto de ir por el postre, y una vez que acordaron todos los puntos importantes que debían ser considerados para el evento, se relajaron. La fiesta iba a celebrarse en la cancha, para lo cual iban a contratar un servicio de catering especializado, un grupo musical de moda para amenizar la velada y una exclusiva lista de cuatrocientos invitados entre los que se iban a contar a varios periodistas deportivos y del espectáculo.

—¿Cómo te metiste en este asunto? —le preguntó Charlotte a Kate.

—Cesare me contrató —contestó con una sonrisa—. Me paga bien y es algo que me resulta entretenido.

—Sé que no tengo por qué pedirte esto, y ciertamente me da un poco de vergüenza, pero de lo que he entendido se te da bien esto de conseguir información y tener contactos. ¿Cierto?

Kate sonrió, relajada, mientras veía con el rabllo del ojo cómo Rex conversaba con Cesare sobre temas de negocios.

—Sí. ¿Por qué lo comentas?

—Quiero saber si tu alcance llega a esferas legales...

Kate abrió los ojos de par en par. Sorprendida.

—No lo pillo —comentó con extrañeza.

—Voy a heredar mucho dinero cuando cumpla los veinticuatro años. Hay algo que Rexford me esconde y no sé de qué se trata. ¿Crees que puedas lograr de algún modo una copia de ese testamento? Yo te daría el nombre del abogado de mi difunto padre y cualquier otro detalle...

Kate movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, Charlie, te ayudaría con mucho gusto, pero en esferas legales o políticas no me atrevo a meterme. Salir escaldada no es mi idea existencial... yo... lo siento —dijo al ver la mirada acongojada de la chica. Ya había vivido suficientes temas políticos y descorazonadores en su pasado. No podía meterse en esas aguas, aunque tuviera los medios para hacerlo—. ¿Por qué es tan importante para ti saberlo? Al final vas a heredar mucho dinero. ¿No?

—No es eso... —suspiró, hizo un gesto con la mano para desestimar sus propias palabras—. Siento haberte puesto en esta posición, Kate. Entiendo.

—Quizá no sea nada importante, ¿para qué molestarse con pequeños detalles, no te parece? —preguntó tratando de quitar el ceño que se apropió del rostro de Charlie.

—Sí...

—Kate, ¿entonces ya tienes todos los datos para que te hagas una idea de lo que esperamos del evento, cierto? —preguntó Rexford interrumpiéndolas cuando terminó de conversar con Cesare.

—Sí, ya tengo todo en mente y en la libreta —dijo con una sonrisa señalando la pequeña libretita que solía llevar consigo. Podía usar el móvil, pero le gustaba la sensación del bolígrafo sobre el papel si era posible. En este caso, lo era.

—Cesare solo contrata a una persona cuando cree que tiene potencial —replicó este. Elevó la copa para hacer un brindis silencioso—. Brindo entonces por un gran evento.

Cuando salieron de la casa de Rexford, la temperatura había descendido considerablemente. Caminaron a paso rápido hasta el garaje y esperaron a que la puerta automática se abriera. Kate sintió vibrar su teléfono, pero esperó hasta estar dentro y no tirar.

Una vez en el garaje, sacó el móvil. Era Ronald con un mensaje de texto.

*“Tesoro. ¿Cómo vamos con nuestro asunto italiano? ¿Ya estás lista para Sunrise?”*

Ella respondió: *“Estoy trabajando en ello. Sin presiones, Ronie-Don =>”*.

El siguiente mensaje no tardó: *“No puedo darte demasiado tiempo. Apresúrate. Tienes hasta el próximo sábado. Besitos, cariño”*.

Kate suspiró, y guardó el móvil en el bolso. Maldición. El siguiente sábado era el evento en las instalaciones de la academia.

—¿Todo en orden? —preguntó Cesare mientras le abría la puerta del Ferrari 488 Spider. Kate asintió de espaldas a él. El mensaje de Ronald era un recordatorio de que más le valía mantener la cabeza fría si quería cumplir sus sueños—. Hey... —murmuró Cesare. La giró y elevó la barbilla de Kate con sus dedos—. De pronto tienes la mirada inquieta. ¿Ha habido algo que no te gustara de la conversación que tuvimos sobre el trabajo?

—Me preocupa que el presupuesto para el evento sea demasiado elevado. No quiero que me consideren despilfarradora.

—Qué mala mentirosa eres... —dijo con una sonrisa que la desarmó.

—Bueno, yo no estoy mintiendo.

Cesare rio. No iba a presionarla para que le dijera qué la afligía o la inquietaba, pero le hubiese gustado que volviera a confiar en él. Y fue en ese preciso momento cuando se dio cuenta de que no solo la deseaba con un ansia que no había experimentado nunca antes por otra mujer, sino que realmente anhelaba su sonrisa y su atención. Kate era preciosa y él tenía toda la intención de quedarse con ella por tiempo indefinido.

Ahora solo faltaba que le enviaran la copia firmada de su divorcio. Un detalle sin importancia, pues sabía que su abogado tendría todo en regla y confiaba en Lavinnia. Ya estaba libre de su deuda con el pasado. Con su divorcio listo no temía hacer promesas, porque al menos a largo plazo ya era capaz de cumplirlas. Haberse encontrado con Kate en Nevada quizá había que tomarlo como un mensaje del destino. Lejos de aterrarle la posibilidad de tener una relación con Kate, le parecía verdaderamente estimulante. Aún no le hacía promesa alguna, pero quizá iba siendo tiempo de pensar en la primera.

—Hay una cosa sobre la que nunca mientes. ¿Quieres saber cuál es? —preguntó con sensualidad, acercándose más a ella y envolviéndola con su exótica y cara colonia.

—Pues sinceramente, no. —¿Por qué tenía que oler tan bien, y ser tan... tan perfecto?, se quejó ella para sus adentros. Todo fuese más fácil si no hubiera tenido que convivir con él, escuchando los informes que le daba siempre la enfermera Heather sobre lo terco que era, pero también lo amable y considerado que podía llegar a ser. Y ella lo había vivido personalmente. Cesare era genuino. Si alguna otra persona llegara a conocerlo de cerca se daría cuenta con facilidad que era un hombre cálido, sensual, encantador, pero sobre todo, sencillo. Hermético, sin duda, pero esperaba llegar a entender el motivo detrás de esa actitud—. Así que no te molestes en iluminarme.

—Otra mentira más —susurró inclinándose hacia ella, mientras la atrapaba entre sus brazos y la apretaba contra sí—. Pero lo que voy a hacer a continuación es una absoluta verdad —dijo contra los labios de Kate antes de apoderarse de ellos y arrasar los sentidos de la guapa periodista.

La besó con ímpetu, y con la pasión que había estado reprimiendo durante toda la reunión en casa de Rexford. Desde donde se encontraban no podían ser vistos. Quería sentir nuevamente el calor íntimo de Kate rodeando su sexo, pero sabía que no sería suficiente. Este beso era el preludio de lo que esperaba compartir con ella el resto de la noche.

No pudo pensar en nada más desde el momento en que la lengua de Kate tentó a la suya, abriéndose paso en su boca necesitada de la esencia de la sensual mujer que lo abrazaba con intensidad. Él le recorrió la espalda con las manos, fastidiado por la cantidad de ropa que el maldito invierno obligaba a llevar.

Ella conseguía que su sangre hirviera y que sus sentidos perdieran la noción de todo lo que no tenía que ver con dar y recibir placer. Disfrutaba cada vez que Kate sucumbía al orgasmo. El modo en que cerraba los ojos echando la cabeza hacia atrás y elevaba las caderas para recibirlo más profundamente mientras él bombeaba en su interior era colosal. Y sobre todo le gustaba verla sonrojarse y enfadarse, porque cuando lo hacía estaba realmente adorable.

Contrario a lo que solía decir Jake, lo cierto es que Kate le parecía una mujer dulce y vulnerable. Juguetona y muy sexy. No la creía en absoluto taimada, y luego de haber escuchado su historia podía comprender ahora su reticencia ante los hombres. En otra circunstancia hubiera tenido ganas de salir corriendo a experimentar tal intensidad de necesidad por una mujer, pero el accidente había cambiado su perspectiva.

—¿Cesare? —dijo Kate con la respiración agitada apartándose de él. Deslizó las manos desde los cabellos negros que había acariciado durante el beso, hasta la pechera de la chaqueta negra. —Él la miró con el ceño fruncido. Tenía la mano en su mejilla y se la acariciaba con embeleso—. Aquí... no.

Soltó el aire para tratar de calmarse ante lo evidente. Ella tenía razón. No era el sitio adecuado para lo que tenía pensado con Kate.

—¿Ahora aceptas que la verdad es que me deseas, tanto como yo a ti?

Ella soltó una risita. Se sentía culpable, porque era como si los mensajes de texto de Ronald le quemaran la cartera y pudieran traspasar el material hasta llegarle a la piel. Pero tenía que llevar claro que Cesare era un hombre que podía tener a cualquier mujer, y pronto se aburriría de ella. Así que debía hacer lo que era mejor. Y eso consistía en mantenerse firme en su sueño: ser fotógrafa en Sunrise.

—Probablemente sea cierto —respondió con tono suave, y encandilada por esos ojos reservados y profundos que la inspeccionaban atentamente, absorbiendo cada parte de ella como si pudiera llegarle al alma. Cesare era peligroso. Lo había sabido siempre. Ahora, más que antes, porque había conseguido atravesar sus barreras de precaución con los hombres—. Ya sabes, es una vaga posibilidad —agregó sin poder evitarlo.

Ajeno a los pensamientos y contradicciones de Kate, él le dio un rápido beso y se alejó. Kate odiaba estar disfrutando ese tiempo con Cesare, porque en realidad su parte más cínica lo estaba utilizando para cumplir sus sueños a costa de la privacidad de él.

—Con esa respuesta tendré que ratificar mi teoría con hechos más contundentes —replicó con picardía. Rodeó el automóvil y subió al asiento del conductor—. Esta vez iremos a un sitio distinto.

Hicieron el camino a la casa de Cesare a una velocidad no permitida por los controles de tráfico.





Kate no se esperaba que él quisiera llevarla a su casa. Sabía cuán reservado era... Vamos, lo sabían todos los periodistas que siempre habían querido hincarle el diente a su vida privada y jamás lo habían conseguido. Un temblor la recorrió por dentro al darse cuenta de que confiaba en ella. De verdad lo hacía.

—¿Kate?

«¿Qué fue lo que me preguntó?» Frunció el ceño. Se había quitado el abrigo y la chaqueta. Llevaba una camisa blanca impoluta que le sentaba de maravilla, y los pantalones de vestir a medida daban cuenta de un cuerpo fantástico. Un cuerpo que ella había disfrutado. Era como si Cesare hubiese despertado sus fantasías más salvajes. Estaba segura de que, si se lo contaba, él las cumpliría todas.

—Dime si prefieres vino tinto o vino blanco —dijo al verla callada.

Ella sonrió. «Concéntrate.»

—Blanco está bien, gracias. ¿Todos esos trofeos que tienes... no extrañas el tenis? —preguntó antes de que él fuera por el vino.

Él ladeó la cabeza y la observó con media sonrisa.

—Me retiré a la edad que consideré más apropiada. No quería que me empezaran a dar una paliza en las canchas y salir sin la gloria ganada a lo largo de mis más de diez años de carrera. ¿Lo extraño? Sí. Extraño competir, pero...

—Tienes los negocios que te permiten hacer en las salas de juntas lo que en la cancha: estrategia —dijo ella completando la idea.

—Chica lista —replicó haciéndole un guiño.

—Entonces, ¿los negocios suplen el deporte?

—Nada supliría jamás el tenis, pero tengo cosas que pueden compensar. No todo tiene suplencia en la vida. Hay unas cosas que ayudan, pero no siempre son lo mismo.

—¿En todos los aspectos?

Él se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos.

—¿Alguno en particular que te interese? —quiso saber con voz sedosa.

—Yo... no —susurró perdida en sus ojos—. Solo el tenis.

—¿Es así?

—Mhum —murmuró cuando Cesare se inclinó para capturar su labio inferior y mordisqueárselo lentamente al tiempo que la observaba con intensidad.

—¿Sabes qué es lo no tiene suplencia ni por todas las maravillas que pudiera codiciar en este momento? —preguntó dándole mordisquitos en el labio superior.

—No...

—Tú —dijo y su lengua se abrió paso en la boca cálida y dulce de Kate.

Fue un beso ardiente que la llevó a agarrarse de los hombros de Cesare, mientras este le acariciaba la espalda y la apretaba contra su cuerpo. Hizo que todos sus sentidos convergieran en una vorágine transformada en torbellino, elevándose hasta un punto desconocido, pero delicioso. La dejó sin aliento y ella pronto le devolvió el favor saqueando su boca como si fuera un pozo de agua fresca en un día desértico en medio de la nada, en el que solo existía Cesare.

Ella aprovechó el momento y hundió sus dedos con uñas pintadas de rojo vino en el cabello masculino, aferrándose a ellos, mientras las manos de Cesare vagaban por su cuerpo. Disfrutó del sabor de su boca. Un sabor adictivo. La dura promesa sensual apretada en esos momentos contra su estómago era la prueba indiscutible del poder que ejercía sobre el cuerpo de ese hombre tan regio y guapo. Los besos entre ambos se volvieron más atrevidos, más voraces y ambiciosos.

Kate deslizó las manos desde los cabellos y recorrió la mandíbula dura de Cesare, descendió hacia sus hombros fuertes, bajó hasta los pectorales y se maravilló con sus músculos sólidos. Deseaba sentir esa piel desnuda bajo su cuerpo, bajo sus manos, presa de sus caricias, como ya lo había experimentado.

Cesare sentía que cada vez que tocaba a Kate era un redescubrir de las formas de dar y experimentar placer. Pero no quería tomarla en la alfombra de la sala. No esa noche. Deseaba tenerla en su cama.

Se apartó con dificultad.

—Será mejor que traiga ese vino.

Ella jadeó y dejó las manos en el torso de Cesare.

—¿Y cómo lo tomaremos?

—Sobre tu cuerpo probablemente —replicó provocativamente, no sin antes darle otro beso profundo y largo—. Esta noche te quiero en mi cama.

—Y yo deseo estar en ella.

—Vienen las copas de vino entonces —dijo antes de dirigirse a la cocina.

Kate, desde el salón, lo observó moverse por la amplia cocina. Se movía con una elegancia innata. Su andar era determinado y fluido.

Aprovechó para recorrer el salón y el comedor. La casa era de dos pisos. No tan grande como era la de Rexford o incluso la casa de Colette. Sin embargo, sí que era lujosa y tenía en cada estancia el espacio preciso.

Había cuadros realmente hermosos, alfombras que invitaban a querer recostarse en ellas, pero rivalizaban con los evidentemente cómodos asientos. Predominaba el color beige con blanco en una armonía cromática que creaba una atmósfera de calma y orden.

Mientras esperaba a que él volviera con las copas, se encaminó hacia la puerta corrediza que daba al balcón. La abrió con suavidad y sintió el viento frío de la noche golpearle el rostro. Estaba en una zona en la que vivía la gente muy adinerada. Normal, pensó. Desde donde se encontraba veía el destello del muelle de Santa Mónica, aunque lo que más apreciaba de los tenistas que conocía era que tenían debilidad por las casas con vistas al mar. Las más caras.

Se giró y volvió dentro.

Avanzó por el pasillo que conectaba el salón. Había una puerta ligeramente abierta. No vio nada de malo en entrar, así que empujó la puerta. Encendió la luz.

Era una estancia magnífica. Al parecer era el estudio.

Maravillada con la colección de libros y relojes de todos los tamaños que cubrían uno y otro lado de la habitación, se acercó. Eligió un libro al azar. Una primera edición de *Historia de Dos Ciudades* de Charles Dickens. Debía valer una fortuna. Luego tomó otro. *La Divina Comedia* de Dante Alighieri, una edición de lujo con portada en filis de oro. Ella tenía buen ojo para los libros y sus detalles. No en vano era una apasionada de la literatura. No le sorprendió ver *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, pero sí le sorprendió ver una gran variedad de libros en francés y alemán. También había una sección vasta dedicada a temas vinícolas. «Interesante.»

Dejó a un lado los libros y cruzó hasta la otra estantería en donde había toda clase de relojes de arena. Eran verdaderamente hermosos. Recorrió algunos con los dedos. Parecían tan delicados que temió causar algún daño. Deslizó la mirada hacia una pequeña consola que, si no se miraba con detenimiento, parecía mezclarse con el fondo de madera del que estaba recubierta toda la habitación.

Había varios portarretratos pequeños. Se acuclilló y tomó uno de ellos. Era la familia de Cesare al parecer. Tres mujeres guapísimas, que ella suponía que eran las hermanas de quien Colette le había hablado tiempo atrás, y sus padres. Era una familia de gente muy guapa y parecían muy unidos. Sonrió.

La estancia era distinta al resto de la casa. Parecía mucho más cálida. Lucía como un refugio personal.

Dejó ese portarretrato y estuvo curioseando los demás. En varios de ellos estaba Cesare sonriendo con algún trofeo de Grand Slam, en otra con Rexford y Jake en lo que parecía ser un día de campo. Estaba presta a alejarse cuando notó otro portarretrato que estaba bocabajo. Temió haberlo hecho caer sin darse cuenta, así que de inmediato lo levantó.

La chica de la foto no era ninguna de las hermanas de Cesare. Al menos no se parecía en nada. Él la abrazaba con una sonrisa, y sus labios estaban en la mejilla de la muchacha. Siguiendo sus corazonadas giró el marco y abrió el seguro que resguardaba la fotografía. Leyó la inscripción. *Elizabetta Marie Vitale. Sicilia.*

Elizabetta Vitale. Ella era la mujer del sueño de Cesare aquella noche, se dijo, sintiendo por segunda vez desde que conocía a ese hombre, una extraña emoción en el pecho. Celos. «No seas ridícula», se amonestó.

De inmediato cerró el seguro del portarretrato y volvió a dejarlo en su sitio. Elizabetta era muy guapa. Una belleza exótica y poco convencional. De aquellos rostros que difícilmente se olvidan. Tenía una sonrisa amplia, ojos oscuros y una melena ondulada. En esta foto estaba con un vestido rojo corto y parecía tímida ante la cámara, pero al mismo tiempo cómoda con Cesare.

—Imaginé que estarías dándote un tour —dijo Cesare desde el umbral de la puerta con la botella de vino en una mano, y las dos copas a medio llenar, en otra—. Supongo que ya has revisado todo lo que tu curiosidad mandaba.

Pillada por sorpresa, Kate se incorporó inmediatamente.

—Yo... Lo siento, Cesare... Me dejé llevar por...

—Tu curiosidad —completó con tranquilidad. Era un tono que ella jamás le había escuchado, porque parecía remoto. Ajeno.

—Sí... —dijo mordiéndose el labio inferior. ¿Cuánto tiempo la habría estado observando? Se pasó la mano por la falda negra del vestido como si intentara planchar las arrugas inexistentes—. No puedo evitar querer saber cosas. Indagar. Investigar. Está en mi naturaleza, ¿sabes? —explicó con celeridad.

Él permaneció en silencio un largo instante. Kate temió haberlo echado a perder todo y que Cesare le pidiera que se fuera de su casa. O que no quisiera volver a verla. El temor que sintió no tenía nada que ver con la idea de que Ronald dejara de recomendarla a la revista en la que quería trabajar. Tragó en seco.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Aquí tienes —expresó finalmente Cesare entregándole la copa.

Ella la tomó con indecisión sin apartar la mirada de él, que se bebió todo el contenido de su propia copa en dos largos tragos. Luego volvió a servirse una generosa cantidad.

—Gra... gracias...

Él asintió, y después caminó hasta el sofá que estaba en una esquina. Se acomodó y palmeó el sitio vacío a su lado.

—Acompáñame —pidió.

—¿Estás enfadado? —preguntó con cautela.

La sorprendió esbozando una sonrisa triste.

—No suelo traer mujeres a mi casa. Jamás —confesó Cesare a modo de contestación. El tobillo derecho reposaba sobre la rodilla izquierda, y sostenía con elegancia la copa, mientras el brazo izquierdo estaba apoyado en el respaldo del sofá.

Ella bebió con lentitud.

—¿No? —indagó retóricamente y se acercó. Iba a sentarse en la otra esquina del sofá, pero Cesare le pidió con un gesto de la cabeza que se acercara un poco más. Ella lo hizo—. Puedo irme si te he molestado, Cesare, de verdad. No necesitas ser amable. Lo entiendo completamente. Yo...

—Me gusta mucho mi privacidad —dijo acariciándole el cabello con la mano libre que estaba justo detrás de la nuca de Kate, sobre el respaldo del sofá—. Es una de las cosas que más valoro en la vida. He perdido personas valiosas y momentos maravillosos que no quisiera que fueran a parar en un periódico en el que cualquier pudiera juzgar y expresarse sobre cosas que no tienen ni idea.

—¿Elizabetta...? —se atrevió a preguntar.

Él la miró y asintió. Apartó la mano de su cabello rubio y suave.

—La amabas —logró decir sin atragantarse. La idea de que él hubiese amado a otra mujer le causaba un escozor ridículo en las entrañas. Era tonta, tonta, tonta.

Cesare apretó los labios. Negó.

—Era mi mejor amiga. La quería. Una persona dulce y cálida. Me acompañaba en las competiciones más importantes de modo discreto, nadie reparaba en ella a menos que Lizzie así lo quisiera, pero era tímida por naturaleza. Exponerse en público no era lo suyo. Cuando sus estudios de veterinaria le impedían acompañarme, lo cual ocurría con bastante frecuencia, me llamaba para hacerme reír con sus ocurrencias —contó con nostalgia. La miró con ojos atormentados y agregó —: Yo la maté.

Kate contuvo el aliento.

Él se bebió toda la copa y volvió a llenarla. Repitió el gesto dos veces más, hasta que creyó que su mente se había calmado de los recuerdos. Dejó la botella a un lado, pero mantuvo una última copa a medio llenar en la mano.

—¿Qué...? —balbuceó Kate.

—Salimos a navegar en las costas de Sicilia durante un clima bastante malo. Invierno. Pero la reté a que me acompañara. Siempre la pillaba por ese lado porque no aceptaba ante mí que era tímida y que le temía a las aventuras —dijo con una risa amarga—. Estábamos en alta mar. Teníamos música y bebidas. Yo estaba de vacaciones después de un torneo especialmente difícil, así que necesitaba relajarme. Lizzie siempre estaba dispuesta a aguantarme.

—Eres encantador cuando te lo propones —dijo Kate con suavidad.

—Quizá —replicó sin emoción—. Con Lizzie era solo yo. No le importaba ni mi fama ni mi dinero. Nuestras familias se conocían desde siempre. Éramos vecinos. Ser amigos fue lo más natural. Mis padres manejan negocios diversos, y los Vitale tienen viñedos muy apreciados por su calidad en La Toscana. Lizzie era una mujer con un futuro prometedor como veterinaria... Cegué su vida. Cegué sus sueños...

—¿Este vino es de los Vitale? —preguntó tratando de no indagar buscando respuestas a las mil preguntas que tenían en la mente.

Él negó.

—Hace mucho tiempo no tomo ese vino. Me trae demasiados recuerdos.

—¿Porque lo bebiste en el yate con Elizabetta?

—No, Kate. Esa ocasión teníamos bebidas bastante suaves. La reté a que hiciera una estupidez a cambio de dejarla manejar mi Maserati. Ella perdió el equilibrio, resbaló, y se golpeó con una maldita herradura que yo hice colocar para amarrar mejor la sogá que sostenía una de las bases de la vela del yate. Empezó a sangrar apenas impactó contra la superficie. Llamé a emergencias. Llegó un helicóptero al poco rato. Pero no había nada que hacer... El golpe en la cabeza la mató de inmediato. —Miró a Kate, quien lo observaba con lágrimas en los ojos sin derramar—. Yo la maté.

Se hizo el silencio entre ambos, roto tan solo por el sonido del vino rodando por la garganta de Cesare al digerirlo. Kate dejó su copa a un lado, y luego estiró la mano para quitarle a él la copa ya vacía.

—Fue un accidente... —susurró Kate acercándose hasta descansar su mano en el brazo musculado—. Tú no la mataste. Resbaló. Aunque hubieses querido, nada habrías podido hacer para evitar su caída.

—Pensé que yo iba a morir en la nieve en el resort de tu amiga el día del accidente de esquí. Me dije que lo tenía bien merecido.

—¡No! Claro que no. —Privar al mundo de un hombre tan vital como él hubiera sido un sacrilegio—. Los accidentes ocurren. Unos terminan con un final optimista, otros no. No podemos prever el futuro.

Él le tomó el rostro entre las manos con vehemencia. Aquellos profundos ojos negros estaban atormentados por el recuerdo, como si dentro de ellos se hubiese empezado a formar un huracán. Parecía salvaje, apenas controlado, y podía sentir cómo apretaba sus mejillas intentando no hacerle daño, pero al mismo tiempo desesperado por hacerla comprender. Pero, ¿cómo podía aceptar ella que él intentara convencerla de creerlo culpable?



—¿¡No lo entiendes!? Si no hubiera sido tan obtuso jamás la habría llevado al mar, tampoco la habría retado...

—Cesare...

La soltó y se apartó mirando al frente. A un punto inexistente. Ella no sabía cómo entenderlo. Tampoco sabía si debería abrazarlo. Se sentía impotente y algo afligida porque ella había penetrado en un sitio al que no tenía derecho; al que no había sido invitada causando ese recuerdo doloroso en Cesare.

—Al menos con la influencia en los medios de comunicación que me daba la fama y el dinero, le conseguí el silencio. Evité el dolor de tener que leer cómo esos buitres de la prensa sensacionalista opinaran sin saber; evité que hicieran un circo de su vida y de la mía. —Volví a girar la cabeza para mirarla—. Y pagué un precio. Fue una penitencia de cuatro años y fue el único modo de tratar de resarcir el daño...—dijo con desesperanza—. Ya nada me ata a Italia. Al menos no legalmente. No del modo que ocurría hasta hace dos meses...

Kate frunció el ceño sin entender eso último, pero tampoco quería escarbar en un terreno sensible. Él acababa de darle más información de la que jamás se imaginó tener sobre Cesare. Dios. Ahora lo comprendía. Entendía su hermetismo. Qué calvario y qué dolor tener que vivir creyéndose culpable. Comprendía la sensación, porque ella la había experimentado continuamente desde hacía ocho largos años... hasta que llegó él. Hasta que él tocó una fibra sensible que no tenía que ver en el plano físico.

Ella siempre se había burlado de la gente que creía que la vida cambiaba de un instante para otro. No creía en las transiciones emocionales ni en las superaciones personales. Pero quizá su lado cínico debería aprender una lección. Porque ella había cambiado en un lapso relativamente corto. Gracias a Cesare.

—Si nada te ata y has cumplido tu penitencia, una que no debiste cumplir porque no eres culpable, entonces atormentarte al recordar no te sirve de nada.

Cesare soltó una carcajada.

—¿Crees que porque has tenido sexo conmigo me conoces, Katherina? —preguntó con insolencia.

Ella dejó pasar su impertinencia, pero no así el hecho de que odiaba que la llamara por su nombre completo. Era Kate, a secas. Lo más probable era que la cotilla de Colette le hubiese dicho ese dato. ¿Por qué tenía su mejor amiga que ser tan parlanchina sobre ella con terceros?

—No me gusta que me llamen de ese modo...

Pronto la mirada de Cesare se transformó por completo. El huracán parecía haber disminuido en velocidad y ahora las aguas que ululaban lucían más densas, hipnóticas. Kate contuvo la respiración.

—¿Qué argumentos tienes para creer que no soy culpable? —preguntó a cambio, ignorando el comentario de Kate. Su cuerpo, otrora tenso, ahora parecía peligrosamente calmado—. Te he contado mi pasado, pero, ¿qué conoces además de mi físico, Katherina, y mis logros profesionales? Mi vida personal la mantengo alejada de los focos y las luces del espectáculo que a tus colegas periodistas tanto les gustaría conocer. ¿A que sí?

—No tienes por qué desquitarte conmigo por lo que fuera que hubieran hecho otros periodistas.

—Ah, pero, ¿acaso no intercambias favores por información? ¿Eh, Katherina?

—¡Ya basta, Cesare! —exclamó empujándolo con toda su fuerza—. ¿Qué demonios te pasa? Te pido disculpas por haber entrado a este, un sitio que al parecer es tu santuario personal. Sin embargo, no te confundas. ¡Yo no tengo que aguantar tus intimidaciones! Si quieres regodearte en el pasado y sufrir. Hazlo. Pero no creo que cada vez que alguien mencione el nombre de Elizabetta Vitale tú quieras lanzártele a la yugular. No me tomes a mí como tu saco de boxeo. Estás totalmente equivocado.

Cesare se giró con rapidez y se inclinó sobre Kate. A ella no le quedó más remedio que intentar retirarse hacia atrás, pero él presionó tanto que Kate cayó sobre el asiento y a duras penas se sostuvo con los codos.

—La noche en que me quedé dormido en tu cama estaba teniendo una pesadilla con ella. Reviviendo el accidente —apoyó las manos a uno y otro lado de la cintura de Kate— y solo encontraba una manera de aliviar mi tormento.

—Creo que no estás en condiciones de continuar conversando conmigo —susurró tratando de mantener un tono firme, pero la mirada de Cesare era inequívoca. La deseaba. Un deseo salvaje y primitivo. En absoluto podía comparar esa mirada con la que había tenido durante la mañana.

—No es el mejor modo. No puedes usarme para intentar olvidarla.

—Yo no pretendo olvidarla —susurró contra los labios de Kate.

—Cesare...

Él se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Pretendía seducir a Kate para tratar de olvidar sus demonios. Sería una canallada hacerlo. No era justo. ¿Qué diablos le pasaba?

—Te puedo pedir un taxi. —Se pasó las manos sobre el rostro. Se puso de pie. Kate se incorporó poco a poco y lo observó—. Aunque —miró el reloj— ya son casi las dos de la madrugada. No, no puedes irte sola a estas horas. Ni yo puedo conducir. Al subir las escaleras a mano derecha hay una habitación de invitados. Hay ropa de dormir si la deseas. Mis hermanas a veces suelen venir y se dejan compras que al final se dan cuenta que no necesitan.

—Antes de que te vayas a dormir, quiero saber si te queda claro que no fue tu culpa.

—Jamás había conversado de esto con nadie ajeno a Jake o Rexford. Tal vez un punto de vista distinto me haya hecho bien. En la mañana espero que todo se vea diferente.

—Siento haber traído esos recuerdos...

—Dominica es mi ama de llaves. Italiana, pero entiende el inglés a la perfección. Ha estado conmigo desde hace muchos años. Así que conoce mis costumbres. Puedes explicarle lo que quieras en la mañana —dijo sin hacer alusión al comentario de Kate. Tampoco pensaba contarle en qué había consistido su forma de purgar la culpa. No tenía sentido hablar de su vínculo con Lavinnia. Al final, ya estaban divorciados—. Es una mujer muy amable. —Él sonrió. Aunque la tensión sexual entre ellos existía, se había aplacado.

—Bueno...

Antes de salir, Cesare se acercó a ella.

—Katherina es un nombre precioso. —Luego se inclinó y besó suavemente los labios de Kate—. Siento haber sido grosero, *cara*.

—Cesare —susurró ella tocando el rostro apuesto—. No quiero dormir sola esta noche.

—¿Es una forma de compensar tu arrepentimiento por ser curiosa y haberme hecho recordar?

Ella negó sin apartar la mano de la mejilla cubierta con una ligera barba de dos días.

—No... Yo te deseo.

—Kate... —dijo con la voz afectada.

—Deseo hacer el amor contigo esta noche, Cesare.

—Quise a Lizzie... pero no de la forma que tú crees. Era un amor más bien fraternal. Además, no podría acostarme con alguien pensando en otra mujer. No sería justo. No te lo haría a ti.

Kate sonrió con timidez.

—Lo sé —dijo con dulzura.

—Bien —murmuró tomando la mano de Kate con la suya.

Entrelazaron los dedos y subieron en silencio las escaleras. No sin antes apagar la luz. Dejando el pasado atrás.





## CAPÍTULO 12

Cesare la contempló en silencio, mientras iba desnudándola lentamente. Poco a poco. Ella lo dejó hacer cautivada por su magnetismo y sensualidad.

Primero cayó en el suelo alfombrado el suéter blanco. Después, él empezó a desabotonar el vestido en la parte delantera. Cuando llegó a la cintura, estiró las manos y ella lo ayudó sacándose la prenda de los brazos. El vestido negro quedó atrapado en las caderas de Kate. Unas caderas suaves y redondeadas que a él le encantaban. Le gustaba aquella figura tan femenina, con las curvas en los sitios en donde deberían existir.

—Eres tan bella, Katherina —murmuró con admiración cuando el vestido cayó al suelo dejándola a ella en ropa interior y medias.

La manera tan exótica en que Cesare pronunciaba su nombre completo, lejos de incomodarla, en la intimidad de la habitación hizo que se le encogiera el estómago. Una mezcla de anticipación y excitación.

—Los halagos te van a dar recompensas esta noche... —replicó con una sonrisa temblorosa sintiendo cómo sus pezones se tensaban contra la seda del sujetador ante la mirada ávida de Cesare, recorriéndola.

—Halagos sinceros... recompensa doble entonces —susurró mientras la rodeaba con las manos para alcanzar el broche del sujetador localizado en la espalda.

Kate dejó escapar un gemido mezclado con una risa nerviosa.

Ella aprovechó la cercanía para empinarse y besarlo. Él no tardó en responder con su boca ardiente cuando Kate abrió sus labios para recibirlo.

Apretó los dedos sobre la camisa de Cesare deshaciendo los botones. Mientras los dedos de ambos maniobraban sobre las prendas del otro, el beso se tornó más potente y tórrido, tan íntimo como era posible.

Cuando finalmente se apartaron, respiraban agitadamente. Ambos estaban con el torso desnudo. Cesare dejó escapar un suspiro de admiración al ver los senos de piel suave y erectos pezones ante él. Cerró las manos sobre los pechos y capturó los rosados picos con los pulgares, acariciándolos y apretándolos, mientras se deleitaba escuchando los gemidos de Kate ante el toque de sus dedos.

Bajó la cabeza para apoderarse con la boca de uno de los provocativos pezones. Lo succionó con hambre, jugando con él entre sus labios, rodeándolo con la lengua y apretándolo con los dientes. Kate sintió que las piernas le iban a fallar, y quiso que él sintiera la misma debilidad. Deslizó la mano hasta dar con el botón del pantalón. Deslizó el cierre de la cremallera hacia abajo y se ayudó con la mano izquierda para bajarle el pantalón de las caderas hasta que la prenda yació en el suelo. Todo esto mientras él torturaba sus pechos y ella disfrutaba de las sensaciones.

Kate introdujo la mano en los calzoncillos negros que apretaban una protuberante erección y tomó el pene de Cesare en la mano. Él gruñó de placer cuando sintió cómo lo masturbaba y provocaba.

—Cesare...—susurró casi sin aliento—. No puedo pensar muchas ideas para hacerte sentir placer cuando lames o chupas mis pechos de esa manera.

—Magnífico. No quiero que pienses en cómo torturarme, cuando soy yo quien desea hacerlo contigo —replicó—. Solo tienes que sentir, *principessa*, limitate a sentir lo que juntos creamos con nuestros cuerpos.

Cesare no podía dejar de tocarla, sentirla, acariciar sus pechos, besar su boca pecaminosa. Era la mujer más sensible y sensual que había tenido el placer de tocar. La quería desnuda. Así que apartó la mano que continuaba tocando su sexo y la besó, mientras con diestros movimientos la despojó de la ropa que faltaba.

—Perfecta —murmuró contemplándola con ojos brillantes de pasión.

Kate no pudo evitar las ganas de acariciar la tableta de chocolate que parecían sus abdominales. Le gustó sentir cómo se ondulaban los músculos al toque de sus dedos. La erección de Cesare se apretaba contra su cuerpo y ella se sentía embriagada de poder femenino al saber que ese hombre alto, guapo y tan masculino estaba duro por ella. Por nadie más que ella.

La sangre fluyó como lava en sus venas a un ritmo vertiginoso, estimulando zonas de su cuerpo que durante muchos años, hasta la noche anterior, habían estado en un letargo a la espera de alguien que tuviera la capacidad de despertarla a la vida. Ella elevó la mirada y cuando sus ojos color miel conectaron con los de Cesare, el tiempo pareció detenerse.

Jadeantes, excitados y colmados de deseo se contemplaron antes de que él la tomara en brazos para llevarla a la cama. Una cama peculiarmente grande, pensó Kate. No era fácil albergar un hombre tan grande y poderoso como Cesare. Y esa noche, una noche más, iba a ser todo suyo.

Cesare la depositó con suavidad sobre el colchón, pero antes se ocupó de apartar el edredón. Solo quedaron las sábanas de lino color blancas. Kate pudo sentir la suavidad de la tela en su cuerpo desnudo. Contempló a Cesare que en ese momento estaba despojándose de la última prenda. En un segundo quedó ante ella una gloriosa erección. La miró fascinada.

Él iba a acomodarse sobre su cuerpo curvilíneo, pero ella lo detuvo.

Cesare frunció el ceño.

—Si quieres parar lo haré, pero, por favor, dime que no vas a pedírmelo —dijo con la respiración irregular contemplando a esa hermosa mujer que yacía en su cama. Era un monumento a la tentación, una oda a la sensualidad, pero ahora que la conocía mejor, era una mujer que resultaba estimulante dentro y fuera del dormitorio.

Ella sonrió.

—Quédate donde estás... —murmuró acercándose y apoyando las manos en las caderas masculinas.

—Kate...

—¿Te dije ya que te deseo?

Él asintió apretando los dientes cuando vio cómo aquella pequeña y suave mano rodeaba su sexo, y la cabeza de Kate se inclinaba para tomarlo con la boca.

—*Per amore di Dio*. Por amor de Dios, mujer...

Gimió de placer cuando ella lo rodeó con los labios. Echó la cabeza hacia atrás y se permitió disfrutar. Ella lo saboreaba con su húmeda boca recorriendo su longitud, al tiempo que acariciaba sus testículos con la mano. Succionaba y lamía de un modo demencial y él creyó que había muerto e ido al cielo cuando sintió la lengua jugueteando con su glande.

Enterró las manos en el cabello rubio y alborotado de Kate, consciente de que no podía permitirle continuar demasiado tiempo o corría el riesgo de que la noche tuviera un freno irremediable cuando apenas había empezado. Ella siguió prodigándole las más eróticas caricias con la boca, luego sus manos abarcaron sus prietas nalgas con glotonería.

—Cariño, será mejor que no continúes...

Kate elevó la mirada con el sexo de Cesare en su boca. Él estuvo a punto de perder el control por completo. Era la imagen más erótica que había visto.

Se apartó de él.

—¿Lo estoy haciendo mal? No tengo mucha experiencia, pero de verdad...

Cesare no la dejó continuar. Apartándose de ella, se inclinó para apoderarse de esa boca traviesa. Con una risa, Kate cayó hacia atrás y él se cernió sobre ella.

Le acarició el cuerpo con ansia disfrutando de la suavidad de su piel de porcelana. Recorrió con las manos los turgentes pechos, rozó los duros pezones con sus dedos, luego se inclinó para tomarlos con su lengua, deslizó su boca por el canalito entre los pechos y continuó bajando por su cuerpo dejando un reguero de besos húmedos. Mordisqueó la piel de la cadera y continuó su camino descendente.

—Oh...

—Eres tan suave y receptiva —dijo con una sonrisa cuando su rostro quedó a la altura del de Kate. Apoyándose en un codo la contempló—. ¿Sabes qué haremos ahora?

—Pagar por la tortura que te apliqué con la boca —contestó con un tono esperanzado que a él le arrancó una risa ronca.

—Algo así —expresó cuando empezó a recorrerla esta vez con los dedos. Hizo círculos alrededor de los pezones sin tocarlos. Suavemente hizo el descenso por cada recodo de su cuerpo. Tocando. Palpando. Acariciando.

—Cesare...

—¿Ajá? —preguntó mientras se inclinaba para besar el ombligo pequeño y delicado. La miró con una sonrisa taimada y con ojos embargados de ternura y anhelo y se tumbó con agilidad sobre ella.

—No me hagas esperar.

Enlazaron los dedos y él llevó las manos hasta colocarlas a cada lado de la cabeza de Kate sobre la almohada. Ella se abrió para él, y Cesare se ubicó entre sus muslos. Su glande rozaba la entrada de los labios íntimos y delicados, pero tan húmedos y calientes como solo podían estar cuando necesitaban de él.

—Mmm... —musitó antes de penetrarla por completo. Lo hizo lentamente. Salió y entró repetidas veces al mismo ritmo, observando extasiado cómo los pechos de Kate se bamboleaban al compás de sus embestidas—. Me encanta verte así... tan abandonada al placer.

Ella se movió contra él y susurró palabras de aprobación cuando sintió las manos de Cesare soltar las suyas para recorrerle el cuerpo. Kate le acarició el cabello, y se apoyó en sus hombros al tiempo que le rodeaba las caderas con sus piernas para sentirlo más profundo, le gustaba sentir su dureza y su fuerza en la búsqueda del placer mutuo.

Él tembló cuando la sintió arquear la espalda y echar la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Cesare dejó escapar un gemido ronco de placer cuando se corrió dentro de Kate, cuyas paredes íntimas lo apretaron con firmeza extrayendo hasta la última pisca de su esencia.

Cesare abandonó al éxtasis que los envolvió como un torbellino, dejándolos mareados, saciados y agotados. Él la había complacido implacablemente para que ella perdiera el dominio de sí misma, pero en ese intento también él se había abandonado al ritmo y temperatura del cuerpo femenino.

Permanecieron tan unidos como humanamente era posible durante varios segundos. Él tratando de recuperar el aliento, y ella maravillada por la sensación de plenitud que la embargaba. Cesare salió de Kate con suavidad y la besó lentamente.

—Hey... —le dijo dándole besos breves en los párpados cerrados. Ella los abrió con lentitud.

Kate le dedicó una sonrisa resplandeciente, y Cesare sintió el corazón hinchársele de gozo. Era una emoción distinta a cualquier otra. No quería analizarla, solo disfrutarla, vivirla y compartirla con Kate.

—Hola —susurró acariciándole los labios con sus dedos. Veía en esos ojos negros de tupidas pestañas, inteligencia entremezclada con pasión y la dulzura.

—¿Estás bien, *cara*? —indagó acariciándole la mejilla.

Cuando Kate asintió, él se apartó y se acomodó en el espacio vacío de la cama, a su lado. Ella se giró, deslizó una pierna sobre la de Cesare y lo abrazó de la cintura antes de apoyar la cabeza contra el hombro firme.

—¿Y tú?

Él giró la cabeza para mirarla. Le acarició el brazo con los dedos.

—Puedo volverme adicto a ti, *Katherina* —replicó con una sonrisa pícaro.

Ella rio.

—No me gusta que utilicen ese nombre. Pero a lo mejor debería hacerte una concesión. —Él le dio un azote en el trasero, y ella volvió a reír. Le resultaba tan fácil dejarse llevar cuando estaba con él que la asustaba esa comodidad que tan pronto había empezado a sentir—. Quizá pueda llegar a ser contagiosa esa adicción de la que hablas —contestó mirándolo con dulzura. Cesare era una mezcla de fuerza y ternura, pasión y calma, control y entrega. Era una mezcla potente de elementos que lo volvían irresistible a sus sentidos. Y eso era complicado. Ahora podía comprobarlo del modo más vívido e íntimo posible. Tenía que llevar las cosas claras. El amor era una mentira.

—Quizá... —comentó—. Gracias por esta noche. Sé que ahora confías en mí...

—¿Y tú confías en mí? —le preguntó.

—Eres una de las pocas personas que merecen mi confianza.

Kate le acarició los labios con el dedo índice, recorriéndolos. «Que te quede claro que es un affaire, *Katherina Blansky*», se dijo con dureza. Sin embargo, en aquella ocasión algo cambió. Fue algo profundo que llegó a lo más hondo de su corazón. Y ella se dio cuenta de que, cada beso, cada caricia, la volvía más vulnerable, y le hacía más complicado poder salir indemne de aquella situación que ella intentaba calificar de todos los modos posibles como un affaire.

—Me siento privilegiada —contestó con sinceridad.

—¿Sí? —indagó recorriéndole el trasero con suavidad. Volvía a desearla. Solo verla tan confiada a él, cómoda y dulce, su cuerpo reaccionaba.

—Creo que alguien está excitado de nuevo —dijo riéndose al contemplar cómo el miembro de Cesare volvía a estar listo para darle placer.

Cesare en un ágil movimiento la tuvo bajo su cuerpo.

—¿Tú crees?

Kate iba a responder, pero no pudo hacerlo porque la boca masculina se cernió sobre la de ella para transmitirle lo que le esperaba a continuación. Fueron unos besos muy elocuentes.

\*\*\*

*Chianti, Italia.*

Había recorrido a pie una distancia considerable porque el neumático del automóvil se había pinchado. ¡Vaya suertecita!, pensó Lavinnia de mala gana. No podía haber ocurrido en peor circunstancia. Continuó caminando hasta que llegó, maletas en mano, hasta una estación de gasolina. ¿Dónde estaban los taxis cuando se necesitaba uno con urgencia?

—Y yo que pensaba que el camino nos podía dejar de traer regalos —dijo el dependiente con una sonrisa. Le faltaban dos dientes. Llevaba una chaqueta que había visto días mejores, pero conservaba ese porte regio de los italianos, un tipo de genes que no conocía la pobreza o la riqueza.

Lavinnia lo observó con sus destellantes ojos verdes. Se guardó una réplica mordaz. Pensó en lo idiota que había sido al pensar que podía ir a hacerle una visita a su nuevo administrador en una zona apartada de la carretera principal, para luego ir al aeropuerto y tener tiempo suficiente para resolver sus asuntos al completo. Mala idea. Muy mala. En especial cuando su móvil no tenía carga y tenía que tragarse el coraje para portarse amena con ese hombre que era su salvación.

—Buenos días —contestó ella con un tono amable—. ¿Cree que me pueda prestar un sitio para cargar mi móvil? Me he quedado sin batería y se me ha pinchado una llanta.

El hombre masticó el palillo que tenía entre los dientes.

—Qué mala suerte la suya, *bambina*. ¿Dejó su carro estacionado muy lejos?

—Quince minutos a pie —replicó—. Me he traído las maletas conmigo porque no confío en el carretero. ¿Puede ir a echarle un vistazo?

—Lo siento, ya le diría que sí, con lo *bellísima* que es usted. No puedo. Soy la única persona encargada de este sitio y no puedo dejar la gasolinera ni la tienda abandonadas. ¿No tiene a quién llamar?

—No —repuso con amargura. Sus padres estaban fuera. Su mejor amiga, Jannine, estaba en Estocolmo de paseo con su hija pequeña, y la gente en el viñedo estaba en el campo trabajando. Los únicos que podían estar en la oficina solían ser el administrador nuevo, y ella. Pero el administrador estaba enfermo y por eso había planeado ir a hacerle una visita. Los hombres eran los causantes de todos sus problemas, y por estaba ella en esa situación. ¡Demonios!

—Entonces no hay mucho que pueda hacer, salvo alquilarle un poco de corriente.

—¿Me va a cobrar por cargar el móvil? —preguntó con incredulidad.

El hombre se encogió de hombros y apoyó la mano sobre la barra donde tenía la caja registradora.

—No es que este camino sea precisamente muy transitado. Y en vista de que no podré cobrarle por arreglarle el neumático —elevó las manos en actitud de fingida aflicción— pues le cargaré la electricidad. Y luego ya podrá llamar a un taxi. El teléfono aquí se ha dañado por la lluvia de hace dos días. Tengo que esperar a que vengan a repararlo.

Lavinia asintió mordiéndose se la lengua para no mandarlo al diablo.

—De acuerdo. —Se acercó al hombrecito, le entregó un billete de veinte euros para que no fastidiara y luego conectó el móvil en el sitio que le indicó con el dedo de uñas sucias y mordidas.

De mala gana, se sentó sobre su maleta. Ni loca asentaría su trasero en esa silla llena de rayones y hedionda que el hombre ese le señaló como si fuese un asiento de Fendi Casa.

Minutos más tarde recibió una llamada inesperada que daba al traste con sus planes de viaje, pero que al mismo tiempo la libraba de tener que llamar a Leandro como medida desesperada.

—¿Qué pasó, tesoro? —preguntó el horrible dependiente al verla incorporarse con decisión.

Lavinia elevó el mentón.

—Pasarán por mí dentro de poco. Y no tendré que requerir de más corriente de este sitio. —Luego salió a la calle a esperar el automóvil prometido. De todas formas iba a tener que viajar. El destino era Sicilia.







Kate estaba sentada en la sala de Colette, mientras su amiga sostenía a Madison en brazos. Llevaba cinco días en Santa Mónica. Unos días fantásticos que había disfrutado como nunca antes. ¿Por Cesare? Quizá en gran parte debido a él. Era una compañía divertida, un amante sensual y generoso, y tenía una conversación ingeniosa que la hacía reír muchas veces.

—¿Estás segura de que quieres salir de fiesta? En dos días será el evento para el que te contrató Cesare y ya sabes que no puede fallar ningún detalle... Aun no entiendo por qué no me pediste ayuda.

—Porque ya tienes suficiente con tu familia. Madison es tu prioridad. Además, lo tengo todo preparado. Los últimos detalles los va a ultimar la empresa de catering. La decoración la instalan en la mañana el día del evento. Ya está aprobado el menú para cóctel, y aparte de eso, el tema de los medios está arreglado. Me vendrá genial salir a divertirme un rato. Además, el jefe se ha ido de viaje de negocios a Nueva York.

Colette rio.

—Así que el jefe se va, y tú sales a divertirme, ¿eh? —Kate asintió con una sonrisa—. Entonces, ¿vamos al karaoke en Beverly Hills?

—No debí contarte de mí pasatiempo en Nevada —replicó con una carcajada—. Pero si ya reservaste mesa, y si mi hermano va a ir con su conquista de la temporada —se encogió de hombros—, pues qué más da. Por cierto, ¿Jake está de acuerdo en quedarse sin ti hoy? ¿No le molesta que vaya mi hermano?

—Así me extrañará un poquito, y pasará una noche con Madison. Tiempo de padre e hija —replicó con tono bromista—. La confianza que existe entre nosotros es muy fuerte, Kate. Nos ha costado, porque el matrimonio no es fácil por más amor que exista, pero de parte y parte hay voluntad, y ya te digo, confianza.

—Si tú lo dices.

Colette se miró en el espejo de la consola que estaba cerca de la puerta. Tenía el cabello suelto en ondas hasta la espalda. Se lo había dejado crecer. Llevaba un vestido sin tirantes color rosa y unas botas color café que realzaban sus piernas. Colie se había redondeado en sus curvas con el embarazo, algo que había incrementado su vida sexual, aunque ella y Jake ya tenían una química sexual impetuosa, pero a ella le complacía saberse siempre deseada, aquello era algo recíproco con su esposo. Pero ese punto no era un tema que ella fuera a compartir con su mejor amiga. Observó a Kate ajustándose el cabello detrás de la oreja.

—Me gusta tu vestido —dijo Colette, cuando Kate terminó de peinarse.

El vestido de la rubia era ajustado, de tirantes finísimos y descubierto en la espalda. Llevaba unos botines de tacón color rojo. Estaba para quitar el hipo.

Ambas tomaron los abrigos del perchero y se encaminaron al garaje para salir en el automóvil de Colette. Era como en los viejos tiempos, pensó Kate, cuando ambas vivían juntas y se divertían a tope.

—¿Se ha portado bien Cesare? —preguntó Colie mientras aceleraba y salía del garaje rumbo al bar-karaoke.

—Es amable.

Colette sonrió.

—¿Ya no es mujeriego ni un Don Juan? —Kate la miró con el ceño fruncido—. A mí me parece que esta salida tiene mucho que ver con algo que estás escondiendo. Desde que llegaste apenas me has visitado y tienes un brillito peculiar en tu mirada. ¿Me lo vas a contar?

—No te escondo nada —contestó demasiado rápido.

—¡Ajá! —replicó soltando una carcajada—. Así que ese italiano tan sensual ha dejado su embrujo sobre mi mejor amiga.

—Colette...

—¿Es tan bueno en la cama como dicen?

—¡Colette! ¡No seas boba! —Eso solo sirvió para que Colie se echara a reír a carcajadas—. ¿Qué diría Jake si le dijese lo que acabas de preguntarme?

—Diría que soy una mujer sexualmente sana y satisfecha con mi marido, y tan solo estoy procurando pinchar a mi mejor amiga que no quiere soltar información confidencial —replicó con la sonrisa bailándole en los labios.

Kate soltó un bufido y se cruzó de brazos.

—Es... es bueno.

—¿Bueno de los que te hacen volver loca, o *bueno* de los que preferirías salir corriendo y no repetir?

—Eres odiosa, ¿lo sabías?

Colette se encogió de hombros, y giró en la siguiente calle a la derecha.

—Es más que *bueno*. ¿Satisfecha? Es fantástico y generoso. Sensual y divertido y... eso.

—Ahora sí parece que estamos hablando —replicó sonriente—. ¿Cómo empezó todo esto?

Kate se había estado guardando la historia demasiado tiempo, así que empezó a soltarle los detalles a borbotones. Se quedó los más privados, por supuesto, pero inclusive le habló sobre su fallido intento con Liam. Colette le recriminó haber usado así a una persona, a un amigo, pero continuó escuchándola.

Cuando Kate llegó a la parte de Sunrise, le hubiese gustado no decirse a Colette. Sabía cuánto apreciaba su mejor amiga a Cesare.

—¡Katherina Blansky! No puedes hacerle eso a Cesare. ¿Qué razones te ha dado para que lo expongas de ese modo?

—No me llares de esa manera...

—Pues te aguantas, porque me has hecho enfadar.

—Solo se trata de un trabajo periodístico —se defendió—, será algo muy imparcial. Creo que es bueno que la gente sepa que Cesare no es frío ni superficial. Tan solo le gusta reservarse ciertas cosas, pero también es humano y ha sufrido.

—¿Qué derecho tienes para ser tú quien decida exponer su dolor? Dios, Kate, yo ni siquiera sabía de este asunto. Jake no me lo había contado. Pobre Cesare... Si él deseara demostrar en público algo más que solo su talento para negocios y deportes, ya tiene un agente y un equipo de relaciones públicas a disposición. ¿Por qué tendrías tú que hacer ese trabajo?

—Ay, bueno, pues. Tengo un sueño por cumplir —dijo sin estar realmente convencida de lo que estaba diciendo.

En ese momento Colette apagó el motor del Audi. Habían llegado al bar-karaoke. Se quitó el cinturón de seguridad y se giró hacia Kate mirándola fijamente.

—¿Y miedo de enamorarte? ¿También tienes miedo de eso?

—¿Ah? ¿Enamorarme yo? —soltó con una voz chillona como si le hubiesen dicho que las cámaras fotográficas iban a desaparecer para siempre—. ¡Vamos! Me conoces bastante bien para saber que no creo en el amor. Además es solo una aventura sexual.

Colie enarcó una ceja.

—¿Lo dice la mujer que durante años no ha dejado que ningún hombre se acerque lo suficiente, porque temía que mal interpretarían las señales. Porque no querías comprometerte? ¿Lo dice la mujer que cuyas barreras emocionales hacia el sexo opuesto son prácticamente infranqueables, pero cuando llega un italoamericano encantador se quedan sin ellas y solo quiere atinar a defenderse para negarse lo que está sintiendo?

—Lo dice alguien que sabe lo que es aprovechar una oportunidad. ¿Y qué más te da si he dejado de erigir barreras? ¿No te alegras acaso?

—¡Claro que me alegro! Eres mi mejor amiga, mi hermana, la que ha estado en los momentos más duros de mi vida. Y por eso, escúchame bien Kate, te tengo que recordar que Ronald no tiene escrúpulos. No tienes ninguna garantía de que vaya a cumplir su palabra. —Kate iba a refutar, pero Colette le puso una mano en el hombro, apretándoselo para que la dejara continuar—. Si, en otras ocasiones tu idea de intercambiar favores por privilegios te ha funcionado. ¿Cómo sabes que Ronald no está echándose un farol? ¿Cómo puedes siquiera haber llegado a un acuerdo inconveniente que va a ponerte en una posición complicada? ¿Cómo pudiste pensar en aliarte con alguien que a Jake y a mí nos ha causado tantos líos?

—No me gusta desaprovechar las oportunidades...

—¡Estás hablando con tu mejor amiga, Kate! No te juzgo por las decisiones que tomes, porque siempre voy a apoyarte, pero sí creo que tengo la responsabilidad de decirte cuando estás equivocada. Y con Cesare lo estás. Es un hombre íntegro. Si te ha llevado hasta su casa significa que confía plenamente en ti. Imagina cuánto le ha tomado a Jake y a Rexford lograr penetrar sus muros emocionales para que sean considerados parte de su círculo de amistades.

—La decisión está tomada —insistió cada vez menos convencida de continuar su acuerdo con Ronald—. El texto está casi listo...

Colette soltó un suspiro.

—No quiero estar en tus zapatos cuando Cesare vea su nombre y el de esa muchacha fallecida en los periódicos sensacionalistas. —Dicho eso bajó del automóvil y se encaminó hacia el bar. Kate, no sin remordimiento, la acompañó.

¿Por qué tenía que renunciar a una revista por un hombre para quien solo era una diversión de temporada?, se preguntó Kate, mientras el ruido del bar la engulló. La respuesta, por supuesto, la aterraba.

\*\*\*

Desde el podio ubicado en la mitad de la cancha de cemento en el sofisticado edificio de la academia *Deuce*, los parlantes se hacían eco de la voz diáfana y cantarina de Charlotte. Los medios de comunicación invitados, alrededor de veinte, disparaban sus cámaras fotográficas, y las cadenas de televisión transmitían algunas en vivo y otras grababan.

Era una noche fría, pero Kate se había encargado de que hubiera fuentes exteriores de calor distribuidas por la cancha principal. El complejo deportivo era fabuloso. Todo blanco y cristales celestes. Diez canchas de tenis. Varios pabellones individuales equipados con última tecnología para masajes, entrenamiento y área de baño y sauna. Un salón de televisión estilo cine para repasar los vídeos necesarios.

El servicio de catering se movía con agilidad.

Los periodistas estaban entusiasmados con la locuacidad de Charlotte y capturando las imágenes de Cesare, Rex y Jake. Este último era socio minoritario, pero estaría involucrado en entrenamientos específicos y personalizados. A diferencia de Rexford que estaría monitoreando diariamente el desarrollo de actividades. El

papel de Cesare era de logística y gestión del negocio, aunque también estaría entrenando de vez en cuando.

Cesare estaba guapísimo con su traje Armani color negro. Le armaba como un guante. La noche anterior había regresado de Nueva York. La fue a recoger al hotel para cenar juntos. Al regreso hicieron el amor impetuosamente como ya era habitual. A Kate le gustaba el hecho de que él se tomaba siempre el tiempo para acariciarla y excitarla. La primera vez siempre era un intercambio hambriento, alocado y demencial. Las siguientes ocasiones, cuando estaba ella completamente húmeda y ansiosa de repetir, él le enseñaba una gama de posiciones que la hacían sonrojarse solo de recordarlas. Los ritmos que empleaba para darle placer variaban, a veces impetuoso, a veces tierno, pero siempre, siempre, la desarmaba el modo en que la besaba cuando el orgasmo había barrido con sus emociones. Como si fuera ella una fina porcelana. Como si le importara algo más que solo su físico.

—Tierra a Kate —dijo alguien a su lado.

Ella se giró.

—¡Ronie-Don, viniste!

—No me lo perdería por nada del mundo. Saber que estabas detrás de este evento y encontrarme con eso tres bombones en un solo sitio fue un gran aliciente —comentó sosteniendo una copa de champán en la mano—. ¿Cómo va nuestra gestión en común?

Kate se tensó, pero estaban rodeados de mucha gente y debía controlarse. Ella llevaba una cámara profesional al cuello, pues le había ofrecido a Jake que haría las fotografías para la página web de la academia como cortesía. A cambio, él le entregó esa flamante y hermosa cámara. La entusiasmaba la idea de estar captando con su lente ese evento.

—Ya está casi lista la gestión que mencionas.

—¿Eso significa que has averiguado cosas importantes y que vas a darme una buena nota para dejar de lado a mi competencia?

—Así es. ¿Me permites? —dijo apartándose. No quería continuar hablando con él, aunque sabía que con sus influencias el evento estaría en boca de todo el mundo. No podía desairarlo ni loca—. Tengo que ir a ver que todo vaya en orden o si algún otro periodista necesita algo. Te veo al rato.

Antes de que se alejara, Ronald la tomó del codo.

—Kate, la oferta tiene fecha de expiración. Hoy.

—Lo sé. No te preocupes. La tendrás. Solo tengo que ultimar un par de detalles. ¿Está bien?

—Unos días extra te daré en consideración a que Sunrise es tu sueño y no queremos que otro se lleve, ¿cierto? Tic-tac-. Tic-tac.

—Sin presiones que el arte se estropea —dijo en tono bromista, pero no le gustó el modo en que él le habló.

Ronald sonrió.

—Estaré por aquí, preciosa.

—Vale, pues, que te diviertas, Ronie-Don —dijo antes de mezclarse entre la gente para captar imágenes.

La fiesta fue genial. Todos los invitados parecían contentos, en especial los empresarios de grandes corporaciones amigos de los dueños de *Deuce*.

La comida fue exquisita a juzgar por el paladar de Colette. Ella estuvo solo unos momentos para apoyar a Kate. Ser madre implicaba otros horarios, así que una vez que concluyó el brindis, departió un rato y bailó dos piezas con su esposo, se despidió de los mejores amigos de Jake, y de Kate. No sin antes lanzarle una advertencia a su amiga con la mirada.

Con los pies doloridos, pero la cámara llena de fotos fabulosas, Kate se sentó y se sacó las botas cuando todo hubo acabado. Hacía un frío endemoniado, pero no le importaba. No aguantaba más los zapatos.

Desde su posición contemplaba cómo el último encargado de recoger la decoración dejaba limpia la cancha. Había sido un buen trabajo en equipo, pensó ella con una sonrisa. Le sorprendió que en ningún sitio hubiera rastro de Cesare. Los únicos que quedaban eran Charlotte y Rexford, quienes para variar estaban discutiendo. Y a decir por el modo en que salió Charlie con la cabeza bien erguida, la ganadora de la discusión había sido ella.

Supuso que esa noche terminaba todo en Santa Mónica. De mala gana, se puso de pie. Rex se acercó con una sonrisa cálida.

—Muchas gracias por tu trabajo —le dijo dándole un abrazo—. Espero que no haya sido tan agotador.

—¡Nah! Me encanta esta clase de cosas. ¿Qué le pasó a Charlie?

Hizo una mueca.

—Caprichos de diva —expresó restándole importancia a la discusión que había tenido con su pupila.

Kate rio, y no insistió.

—¿Y Cesare? Pensé que estaría por aquí...—quiso saber mirando a uno y otro lado. Abrió su bolsa, pero el móvil no tenía ninguna llamada perdida ni mensajes sin responder. Claro, era la una de la madrugada, pero Cesare solía siempre mandarle algún mensaje. Generalmente detalles explícitos de lo que quería hacer con ella en la cama y que la hacían sonrojar, o simplemente para decirle la hora en que iban a cenar o verse.

El gesto nervioso de Rexford no le gustó en absoluto. El hombre era muy extrovertido y sociable, así que no podía augurar nada bueno su actitud.

Después del discurso de Charlie, Kate no había vuelto a ver a Cesare. Lo había buscado con la mirada, y aunque eran más de doscientas personas en la fiesta de inauguración, él destacaba con su altura en cualquier sitio. Ella lo habría podido identificar sin problemas. Pero no lo encontró.

—Está atendiendo un asunto —atinó a comentar Rex. Tomó a Kate del brazo y la guió hasta la salida del complejo deportivo. Cuando llegaron al parqueadero de dos pisos, el Ferrari de Cesare no se veía por ningún sitio. Ella y él habían llegado juntos y por eso sabía en dónde habían parqueado—. Te llevo a tu hotel. Puedo hacer el camino hasta Three Hill sin problema.

—¿Y con quién se irá Charlotte?

—Ella ha decidido irse con unos amigos de fiesta —contestó con indiferencia—. ¿Necesitas algo más o ya tienes todas tus pertenencias contigo?

Cuando estaban cerca del Land Rover gris, Kate se paró en seco.

—Rexford, ¿qué me estás ocultando?

—No es nada de lo que debas preocuparte. Asuntos de Italia. Ha recibido una llamada y tuvo que salir.

—No me dijo nada... —se odió por sonar como una novia plantada. Sería boba—. Olvídalo. Quizá me he acostumbrado a que me lleve de un sitio a otro —comentó con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. Gracias por ofrecerte a llevarme, Rex.

Él la miró un rato con sus cálidos ojos verdes. Le puso las manos en los hombros antes de hablar.

—Kate, sé que tú y Cesare mantienen una relación que va más allá de lo profesional. Y es algo que no me compete, lo sé. Solo quiero decirte que nunca he visto a mi amigo tan interesado en una mujer como contigo, y me gustaría comentarte de qué se trata su asunto en Italia, pero...

—Le debes lealtad a él. Lo sé y lo entiendo. Que no pasa nada. De verdad...

—Solo un pequeño consejo. Si me permites.

—Claro...

—No juzgues a Cesare por su pasado tan duramente.

—¿Estás hablándome sobre Elizabetta?

—Algo relacionado con ella. —Definitivamente Cesare iba en serio con la mejor amiga de Colette, pensó Rex, pues el tema de Elizabetta era campo minado en las conversaciones con su amigo—. A veces nos encontramos frente a situaciones que se salen de nuestras manos y hacemos lo que consideramos correcto...

—No me gustan los mensajes crípticos. ¿Cesare está bien?

Él sonrió.

—Lo está. Solo debe resolver un pequeño tópico.

—¿Qué tan pequeño?

«Ojalá pudiera decírtelo», pensó Rex. Él sabía que, más allá de cualquier interés sobre Cesare, Kate era una persona particularmente curiosa. Lastimosamente no podía decirle dónde estaba su socio y amigo.

—Seguro se comunicará contigo tan pronto como resuelva lo que tiene entre manos en estos momentos —dijo de modo encantador. Pero ella no se convenció. ¿Qué diablos pasaba?—. Te llevaré a tu hotel. Así me puedes relatar tus aventuras por África haciendo fotografía.

—¿Quién te lo contó?

—Colette, por supuesto. Está muy orgullosa de ti. Dice que eres una fotógrafa sensacional.

—Gracias...—replicó con el ceño fruncido—. Espero que te gusten las tomas que hice esta noche para la página web de la academia. Te las enviaré muy pronto. Debo seleccionarlas primero y así tú eliges y se las das al diseñador web.

—Puedes quedarte con la cámara fotográfica como parte de una bonificación. —Kate lo miró con asombro. Era una Pentax645 D, que valía diez mil dólares por lo menos—. Estoy más que satisfecho por cómo salió esta fiesta.

—Es una cámara carísima... y o...

—Te lo mereces, Kate. Ha sido de verdad un gran trabajo. Seguro la repercusión en los medios de comunicación irá igual de bien.

—Cielos... gracias, Rex.

—Gracias a ti. Y ahora, ¿nos vamos? —preguntó con su tono optimista.

—Sí, claro —repuso tratando de asimilar que era propietaria de una flamante cámara profesional. «¡Madre mía!»







*Orange County, California, Estados Unidos.*

Rowena había horneado *cupcakes*, y observaba con atención a su hija. Le parecía curioso que no hubiese devorado ya una tanda completa de sus dulces. Llevaba observándola detenidamente desde hacía cinco días, tiempo desde el que había regresado de Santa Mónica. No solo era preocupante que hubiese vuelto a casa, sino que hubiera aceptado trabajar en la revista *Fundraiser* que era parte del conglomerado editorial de la familia.

—¿No piensas comer más? —le preguntó sentándose frente a ella en una de las sillas del desayunador de la cocina.

Ella la miró y arrugó el ceño.

—No, mamá. Ya he comido bastantes. Están buenísimos.

—Mmm... ¿Te estás adaptando a trabajar con tu padre?

Kate se encogió de hombros. Bebió un largo sorbo de café recién hecho. Una de las glorias de estar con su madre era disfrutar de su cocina exquisita. Estaba viviendo en una casa pequeña a pocas cuerdas de donde vivían sus padres, pero le gustaba pasar a desayunar con su madre. La adoraba y estar cerca de ella nuevamente le resultaba fantástico. Solo que era muy curiosa para su gusto.

—No lo veo casi. Me ha dejado encargada del área de fotografías y cubrir eventos nocturnos. Así me da tiempo de trabajar en la oficina en la mañana, en la tarde hacer fotos para cualquier trabajo *freelance*, y en la noche ir a los eventos que pudieran interesarle al editor. Está bien.

—¿Hasta cuándo va a estar alquilada la casa de Lago Tahoe?

—Un mes más supongo. O al menos de acuerdo a la cantidad depositada por el último arrendatario.

—Me gustaría que dejaras de mirar el café como si no hubiese nada más aquí en la cocina. —Kate elevó el rostro hacia su madre. Ambas compartían una mirada aguda e inquisitiva—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy trabajando para papá. Me ha parecido una excelente decisión. Una semana estupenda de trabajo.

—No me digas, ¿y desde cuándo trabajar para tu padre es una buena decisión si llevas rechazándolo desde hace muchos años?

—Mamá...

—¿Tiene acaso que ver con el escándalo sobre ese italiano?

—No quiero hablar sobre ningún escándalo —murmuró llevándose un gran bocado de una galleta de mantequilla que sobraba en una caja.

Rowena puso los ojos en blanco.

—Tarde o temprano vas a tener que asimilarlo.

—¿Qué perdí a oportunidad de trabajar en la revista de mis sueños por culpa de un hombre estúpido? ¿Qué volví a ser una redomada tonta?

Su madre negó con una sonrisa.

—Que te enamoraste de Cesare y por eso no enviaste el artículo.

¿Quién la mandaba a tener un temperamento tan volátil? Le había contado a su madre la rabia, el dolor y la decepción que sintió cuando, cuatro días después del evento de *Deuce*, un periódico sensacionalista de Estados Unidos se hizo eco del matrimonio secreto de Cesare Ferlazzo con Lavinnia Vitale. El texto decía que estaban casados desde hacía cuatro años y que Cesare había regresado a Italia para ayudar a su esposa con un trámite legal sobre unos viñedos.

Y todo eso mientras ella se preocupaba. ¡Le había dejado un mensaje de voz preguntándole si todo iba bien! ¿Cómo iba a contestarle Cesare si estaba disfrutando de los placeres de la cama de su mujer? La sola idea de imaginárselo con otra le daba rabia y sentía como si le hubieran lacerado el alma en dos.

—No envié el artículo porque el estúpido periodista norteamericano que fue a vacacionar a Italia se me anticipó —dijo bajando la mirada.

—Kate... ¿Cuándo le has mentido a tu propia madre? —preguntó con dulzura.

Entonces se desmoronó. Elevó la mirada llena de lágrimas sin derramar, y cuando Rowena la rodeó con los brazos, por primera vez en muchos años, lloró por amor. Tenía el corazón irremediablemente roto. No había podido evitar enamorarse de Cesare. Iba más allá de lo físico y por eso le dolía más... había dejado que sus barreras se debilitaran. Había creído poder manejar la situación. Qué nefasta falta de sinceridad consigo misma. Jamás debió acceder a cruzar un solo beso con él. Ver la foto de Lavinnia solo acrecentó su dolor. Era guapísima, distinguida y tenía un aire coqueto natural. ¿Cómo no se iba a casar Cesare con una belleza de esas? Pero le había mentido. “Si tengo una pareja soy fiel. Jamás hago una promesa que no pueda cumplir”, le había dicho el muy mentiroso.

No culpaba a Rexford, pues entendía la lealtad entre amigos. Solo luego de ver los periódicos y las páginas de cotilleos en línea comprendía las palabras de Rex sobre que Cesare ya se comunicaría con ella y que no juzgara tan duramente su pasado. ¡Já!

—Lo odio mamá. Lo odio —dijo entre sollozos.

Rowena le acarició el cabello con ternura.

—Tú eres una chica fuerte. Vas a superar esta situación.

—Yo nunca...

—Lo sé, Kate. Nunca has amado así.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó apartándose para limpiarse las lágrimas.

—Trabajar.

—No podré hacerlo en Sunrise.

—Kate, bien sabes que tu padre puede conseguirte el trabajo como *freelance*. Solo dale la oportunidad de ayudarte.

Ella negó.

—Si me llaman en algún momento será por mérito propio. Por ahora quiero hacer una carrera periodística en la empresa familiar, y cuando asuma el mando del conglomerado editorial quiero ser respetada por mi criterio y no por ser hija de papá que consigue un empleo pero no sabe trabajarlo.

—¿Por qué no enviaste el artículo al amigo que me contacte?

—Tenía la esperanza de que Cesare me amara y no quería arriesgarme a perderlo. A perder su confianza. —Suspiró—. Supongo que no ha valido de nada. Él me terminó defraudando.

—Ha valido de mucho, Kate. No vendiste tu integridad por un puesto. No dañaste a otra persona para conseguir lo que tú deseabas. Marcaste una línea, no solo por amor, sino porque muy dentro de ti sabías que exponer el dolor ajeno para lograr la felicidad de un sueño no iba a ser algo que podrías disfrutar si tenías en la conciencia cómo lo conseguiste.

—Hubiera sido un intercambio.

—¿Intentas venderme el argumento a mí? ¿A tu madre que ha convivido tantos años con el dueño de un grupo editorial, que ha vivido rodeada de periodistas y sobre todo, que te conoce al revés y al derecho?

Kate cerró los ojos. Su madre tenía razón.

—No... tu análisis es certero...

—Entonces haznos sentir siempre orgullosos de ti. No importa el lugar donde trabajes, lo que importa es que mantengas tu integridad profesional y no te vendas al mejor postor por una gratificación que, al final, no te va a causar más que pesar en la conciencia.

—Supongo que ya estuvo bien de divertirme pidiendo favores a cambio de información privilegiada.

—Puedes continuarlo haciendo, siempre y cuando no afecte la vida privada o el dolor de otras personas. Como lo has hecho hasta ahora, Kate.

Kate sonrió.

—Gracias, mamá...

—Hay algo más sobre lo que tienes que abrir tu mente, hija.

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Tu padre te ha dejado una caja en la biblioteca. Creo que será bueno para ti leer su contenido.

—Me estás asustando.

—¿Tú? ¿Mi valiente hija? Imposible. —Se incorporó y empezó a trocear las verduras para un platillo que llevaría a una reunión con sus amigas—. Anda a la biblioteca. Y si crees que tienes que tomar acciones al respecto, hazlo. Si no crees que merece la pena, tan solo déjalo estar.

—Oh, mamá, siempre te ha gustado pincharme con tus misterios —dijo con una sonrisa.

—Has salido a mí hija, has salido a mí —repuso riéndose.

Kate terminó de comer y subió las escaleras. Contrario a otras casas, la biblioteca de su padre estaba en el segundo piso. Abrió la puerta y encontró, tal como su madre le había comentado, una caja con su nombre junto al escritorio, en el suelo. Se acercó y la tomó. No era tan grande.

La abrió y encontró varios escritos, y sobres. Tan descomplicada como era ella, se acomodó sobre la alfombra de la estancia. Apartó hacia un lado una mesita circular de apoyo y volteó la caja para que todo el contenido cayera.

Empezó a leer con avidez. A medida que iba avanzando en la lectura se le revolvía el estómago. Había hecho bien en mandar al diablo en el restaurante al

cretino de Gabe. Lo que tenía entre manos era la transcripción de las conversaciones sostenidas por el padre de Gabe con sus secuaces diciendo que su hijo estaba al tanto del secuestro que debía llevar a cabo.

Con la boca seca y el corazón agitado abrió un sobre grueso. Había una decena de fotografías de Gabe y su padre con varios desconocidos a quienes vagamente se los podría identificar debido a la distancia con que habían tomadas. Kate sacó otro sobre, este menos grueso. En estas fotografías salía Gabe riéndose a carcajadas con dos personas. Kate achicó los ojos.

¡Madre mía!, pensó soltando las fotos, descorazonada. Uno de esos hombres, ella lo recordaba perfectamente, había sido el bastardo que la intimidó psicológicamente durante el secuestro. ¡Maldito, Gabe! Y tenía el descaro de habersele acercado fingiendo inocencia. Quizá había creído que podía limpiar la conciencia, si acaso la tenía, a la primera oportunidad. Que ella sería tan imbécil para creerlo luego de lo vivido.

Debería agradecerle a su padre. Lo haría más tarde. Por ahora necesitaba descansar. Demasiadas emociones juntas. No pensaba cargar más con ellas.

Esa noche fue la primera vez, desde que Cesare desapareció de su vida, que no durmió inquieta. Iba a sanar su corazón roto. Sería más fuerte. Aceptaría que el amor existía, que no siempre le dejaría sonrisas, pero sí lecciones.

Quizá en un futuro pudiera enamorarse de nuevo. Aunque después de Cesare probablemente pasaría un largo tiempo para que eso sucediera. Le dolía que ni siquiera la hubiese creído merecedora de un adiós.

\*\*\*

*Sicilia, Italia.*

Cesare estaba frustrado y cabreado. Eran dos emociones con las que no se podía lidiar si venían en un pack.

Su viaje a Italia había ocurrido de un momento a otro. Le habría gustado avisarle a Kate, pero la llamada exigía una respuesta inmediata. Salió del evento de inauguración y apenas alcanzó a explicarle rápidamente lo ocurrido a Rexford para que lo excusara con alguna historia ante los invitados. Su abuela Odessa se había puesto mal y pedía verlo. No creían que fuera a durar mucho tiempo más con vida. Luego le entró un mensaje de Lavinnia, que necesitaba con urgencia que fuera a Italia para resolver un problema legal. Así que, a trompicones, le contó lo de su matrimonio arreglado a Rexford.

Intentó comunicarse con Kate cuando su avión privado aterrizó en tierras italianas, pero el teléfono de ella parecía estar siempre ocupado o fuera del área de cobertura. Salvo el mensaje de voz que tenía en su contestadora del móvil del día siguiente a la fiesta de *Deuce*, no sabía más de Kate. Lo más probable era que lo odiase, y con justa razón. A esas alturas el escándalo ya habría saltado hasta Estados Unidos. Y conociendo las conexiones que tenía Kate, él era hombre muerto.

—Lo siento, lo siento muchísimo, Cesare —dijo Lavinnia sentada con su elegante vestido verde y su abrigo de piel en la sala del *castello* Ferlazzo. Lo miraba con rostro compungido—. Yo estaba en una estación de gasolina de mala muerte en Chianti porque se me estropeó el automóvil, iba camino al aeropuerto dispuesta a buscarte, pero me llamó tu hermana Luccia desesperada. Ella mandó por mí... —suspiró. Al menos no había tenido que llamar al imbécil de Leandro como su última opción. De hecho, le alegraba no saber de él y una vez más, era Cesare su salvador. El problema era que acababa de meter la pata hasta al fondo revelando su matrimonio a la prensa—. Y aquí estamos, en Sicilia.

Cesare se pasó la mano por el rostro. Apenas había dormido.

—Sí, pero no tenías que llegar corriendo, sin fijarte que la prensa estaba fuera del *castello* Ferlazzo, diciéndole al personal de seguridad que eras mi esposa y que no te podían impedir pasar.

—Tenía que ver a Odessa. Ella siempre se ha portado bien con mi familia... al igual que tú —murmuró cabizbaja en el gran salón que había visto pasar generaciones de la familia de Cesare.

Él sabía que no lo había hecho con maldad, pero su imprudencia le había costado muy caro.

—Ya nada puede hacerse. Ahora que mi abuela está estable. ¿Qué era ese asunto legal del que tenías que hablarme?

—Con esta creo que me gradúo en tu lista de personas *non-gratas* —dijo frotándose los dedos entre sí.

Cesare se acercó y la tomó de las manos para que se pusiera de pie.

—Cuéntame —expresó en tono calmado.

—Seguimos casados... y o... quemé los papeles de divorcio.

—¿Qué hiciste qué?! —soltó sin evitarlo. Se apartó abruptamente—. *Madre di Dio*. ¿Es que todo tiene que continuar siendo un desastre contigo en este viaje, mujer? Primero, me cuentas lo de este mafioso. —Ella fue a abrir la boca para opinar, pero prefirió callarse. Llevaba más de una hora conversando con Cesare. Se lo debía. Y la reprimenda le iba justa, pues también se la merecía—. Luego el tema de los viñedos que no sé por qué no pudiste simplemente llamarme y pedirme el favor. Sabes que no te negaría nada. Sabes que eres una amiga a quien quiero y con quien me siento en deuda. Y ahora me sales con el tema del divorcio. Confiaba en ti.

Cesare empezó a caminar de un lado a otro sobre la alfombra azul.

—Lo he manejado todo muy mal... Me siento tan culpable. Te juro que nunca pensé que todo se torcería de este modo y saldríamos en la prensa. No me fijé en nada que no fuera llegar pronto para ver a tu abuela. Y Leandro no es un mafioso, sino... no importa. El asunto es que no me podía divorciar de ti, porque hubiera tenido que recurrir a Leandro. No quería líos con los bancos. Y...

—Ya. No me lías más la cabeza con tus explicaciones, *cara*. Los hechos son simples. No estoy divorciado. Acabo de inyectar liquidez económica a tu viñedo

por última vez. Y ahora nuestro matrimonio está en todas las portadas de chismorreos internacionales.

Lavinnia asintió, apesadumbrada.

—¿Cómo puedo compensarlo? Haría cualquier cosa. Lo prometo —dijo nerviosa. La furia de Cesare no era algo que le gustara experimentar. Se había pasado de atolondrada y desorganizada.

—Es complicado que puedas resarcir el daño indirecto que has hecho con el asunto del matrimonio —expresó con seriedad.

—Te lo firmaré inmediatamente. ¡Vamos con los abogados hoy mismo!

—Necesito que hagas mucho más que eso si quieres que te perdone, Lavinnia.

—Sí, sí. Lo que sea.

Cesare negó con la cabeza en un inequívoco gesto de rendición. Quería a Lavinnia, pero a veces era un dolor de cabeza con los líos que armaba. Se acercó a ella y la abrazó.

—Ve por tu pasaporte. Mañana salimos de viaje una vez que hayamos pasado por las oficinas de nuestros abogados.

Ella se apartó.

—¿Cesare...? ¿Quieres que seamos amantes? —preguntó con recelo. No es que no deseara a Cesare, pero hasta donde tenía entendido ambos habían acordado no volver a acostarse juntos, luego de aquella primera vez que lo hicieron durante la supuesta Luna de Miel.

Él soltó una carcajada y la apartó con suavidad.

—No, Lavinnia. Me vas a acompañar a California y te vas a encargar de convencer a una persona muy importante de que tú y yo no tenemos nada que ver. Si no lo consigues entonces vas a tener que enfrentarte a tu padre y decirle exactamente lo que estuviste a punto de perder...

Lavinnia sintió un frío helado por la columna vertebral. Cesare conocía su punto débil. Si sus padres se decepcionaban de ella, le iba a doler más que si toda la prensa mundial la crucificara.

—Yo... tú... sí. Claro, claro, de acuerdo. Convenceré a quien tenga que convencer. Lo haré.

—Te deseo suerte —dijo Cesare con seriedad antes de guiarla al comedor en donde se iba a servir la cena.

Esa noche, acostado en su cama en Sicilia, Cesare sonrió. Su abuela estaba, contra todo pronóstico, estable de salud. Odessa era una mujer fuerte y decidida, aunque medio cotilla, pero él la adoraba, al igual que sus hermanas. La conversación que había tenido con ella lo había emocionado. Su consejo venía dado de la experiencia, y él sabía apreciar las palabras de Odessa. Le haría caso.

Colocó un brazo detrás de la cabeza, acomodándolo bajo la almohada.

No era difícil imaginar por qué se había enamorado de Kate Blansky. Detrás de una fachada de indiferencia y altivez, se escondía una mujer cálida y dulce; atrevida e inteligente; sagaz y divertida. Iba más allá del plano físico. Con ninguna otra mujer había sentido la conexión que experimentaba con Kate. No solo compartían una química sexual explosiva, sino que podían conversar de todos los temas. Lo mejor, ella siempre le arrancaba varias carcajadas.

Todas las veces que había tenido sexo con otras mujeres, y podía contar varias, le había dado igual porque nunca significaron nada para él. Amanecer y salir por la puerta sin mirar atrás era lo que solía hacer, pues ninguna lo había llegado a conmover del modo en que lo hacía Kate. Estaba seguro que de ninguna manera podría alejarse de ella. Si lo hacía corría el riesgo de dejar su corazón detrás sin la posibilidad de volver a recuperarlo jamás.

Enamorarse no estaba entre sus planes, pero algo en Katherina Blansky lo había embrujado desde la primera vez que se vieron. La idea de que pudiera odiarlo luego de leer las noticias sobre su matrimonio, lo atormentaba. Era consciente del pasado de Kate con los hombres, pero él no era igual que los demás. Iba a demostrárselo.

Quizá había pecado de idiota al no haberle hablado de su acuerdo con Lavinnia. Pero no lo encontró adecuado, pues se creyó libre de toda culpa y atadura con el pasado. Malditos reporteros entrometidos, pensó con una mueca.

Su preocupación ahora era otra. Ansiaba hacer admitir a Kate que ella también sentía algo por él.





*Lago Tahoe, Nevada, Estados Unidos.*

Daisy no tuvo inconveniente en darle posada a Kate los tres días que iba a estar haciendo fotografías en el Lago Tahoe. El editor de *Fundraiser* le había pedido a la guapa rubia que se encargara de la portada del mes. Para ella no existía mejor petición en el mundo que esa. La hubiese podido hacer en cualquier sitio de Orange County o en Santa Mónica, pero tenía ganas de charlar con Daisy y alejarse de todo lo que tuviese que ver con Cesare.

Instalarse en la casa de sus padres no era una opción, y dado que Cesare había pagado un alquiler que cubría varias semanas más, no pensaba volver allí. No quería nada que le recordase a ese italiano mentiroso. Era horrible, pero su ausencia resultaba más dolorosa que el tormento de saberlo a su alrededor.

—Daisy, ¿estás saliendo en plan formal con Mijail? —preguntó su primera noche de regreso en Lago Tahoe, mientras compartía un tazón de pop-corn con su amiga. Le había dado la habitación más bonita del resort. Ubicada en una discreta esquina con vistas a uno y otro lado de las pistas de hielo y el bosque, la suite invitaba a descansar.

—Le he dicho que voy a pensarlo —sonrió.

—Me alegra que al menos vas a pensarlo.

Daisy asintió.

—Es cierto lo que me dijiste. Mijail es más maduro, sabe lo que quiere...

—A ti, por supuesto —dijo Kate con una sonrisa, mientras Daisy le lanzaba una almohada en la cabeza.

—Por supuesto —replicó Daisy, poniéndose de pie—. ¿Estás bien?

Kate se rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla sobre ellos.

—No, no lo estoy, pero no tengo de otra que aceptar las cosas como vienen. Ha sido espantoso. Debería continuar celebrando que el amor no existe.

La dueña de Snowy Pine le sonrió con afecto.

—Pero siempre has sabido que es una mentira tuya. Y mía... —dijo con tristeza—. En todo caso no puedo decir que no nos divertimos yendo a celebrar San Valentín con blusas negras con decoraciones de Cupido lleno de flechazos y muerto en el piso. —Kate sonrió—. Quizá sea tiempo de que haya un Cupido que sobreviva.

—¿Por lanzar las flechas entre las personas equivocadas? No lo creo.

—A veces puede equivocarse, pero creo que en tu caso no lo ha hecho.

Kate bufó.

—¿Me vas a decir que no leíste los periódicos? ¡Cuatro años! Ha estado casado durante cuatro largos años. ¿Y qué hice yo, a ver? ¡Me acosté con él! Fui la amante, y no solo en calidad del tipo de relación que teníamos, sino literalmente. “La otra”. Vaya título. Debería ponérsela a una de las novelas que suelo leer. Me siento fatal.

—¿Por la esposa?

—¡Já! Que esa se cuide ella sola. Me siento fatal conmigo misma por haberme dejado llevar luego de haber sido tan precavida con otros.

—Todos cometemos errores de juicio.

—Bien pude haberme quedado con Liam, pero claro, la necia tenía que arruinarse del mejor modo posible. Porque como sabrás todo lo hago bien. Inclusive hundirme emocionalmente.

Daisy soltó una carcajada. Se acercó a Kate y le dio un abrazo.

—De lo poco que pude percibir de Cesare no es un hombre que se quede con los brazos cruzados. ¿Qué harás si te busca?

—No lo ha hecho, y si acaso me llamara pues no pienso responderle el teléfono. De hecho, mañana me iré a cantar al bar y pienso ligar con el primero que me preste atención.

—Kate...

—¿Qué? De pronto Cupido se apiada de mí y lanza otra de sus flechas chuecas. Un revolcón de una noche.

—Sabes de sobra que no vas a hacerlo. No te aconsejo que dejes que un corazón partido te lleve a brazos de un hombre que puede aliviarte unas horas, pero que en realidad no va a hacer más que verter alcohol en una herida abierta cuando despiertes con un desconocido a tu lado.

—¿Y acaso no lo era Cesare?

—El viaje desde California te tostó las neuronas, mejor te dejo para que descanses. ¿Quieres que te envíe algo más de comer? —preguntó observando el tazón vacío de pop-corn, la taza gigante de chocolate caliente, vacía; dos tazas de helado consumidas; tres trozos de pizza de los que solo quedaban los bordes, y una bolsita de gomitas de fresa que había sobrevivido a Kate.

—Ja-ja-ja. Qué graciosa.

Daisy rio.

—Mijail y yo iremos de viaje mañana al medio día. Volveremos en dos días. Es en este paseo en que tengo que darle una respuesta —confesó sonrojándose.

Kate lo dejó pasar, porque tenía otra inquietud.

—¿Vas a cerrar el resort?

—No me he tomado vacaciones desde que abrí este sitio... y creo que será un buen momento para Mijail y para mí. Organicé la agenda de tal manera que no hay reservas hasta que regrese. ¿Puedes quedarte sola? Llamaré al chef francés que venga al medio día para que te haga la comida. ¿Te parece?

—Sin problema. Le pagaré al estirado de tu chef.

—Anda, renegada, te dejo para que descanses. ¿Irás a cantar al bar mañana?

Ella negó.

—En otra ocasión quizá. Ya que no te parece bien que vaya a ligar... —Sacó la cámara que le había obsequiado Rexford y le hizo una foto a Daisy—. Cuando sea famosa me agradecerás esta foto.

La muchacha rio y salió deseándole buenas noches.

Kate apartó la cámara y se metió a darse una ducha. Cuando salió se quedó contemplando cómo caía la nieve en el exterior. Un halo tenue de luz de Luna se filtraba por la ventana cuando apagó el interruptor. Se abrazó a sí misma mientras el suave algodón abrigaba su cuerpo desnudo.

Tal vez ese cielo con estrellas pudiera ver más allá de lo que a ella le era posible. ¿Vislumbrar su futuro? Probablemente. Creía en todas las posibilidades, en el destino, en las cartas, en la astrología... ¿Por qué iba a negar la existencia de otras vías de explicación a las situaciones de la existencia humana? ¿Quién era ella para decidir lo que era conocimiento verdadero, intuición o fantasía? Prefería dejar los caminos abiertos. Al menos los de las posibilidades que incluyeran el amor.

La angustia que sentía en el pecho no se debía a la soledad. Le gustaba estar consigo misma. Se aprendía mucho de ese modo, sin embargo, aislarse tanto del sexo opuesto también podía acarrear la imposibilidad de ser sincera en sus planteamientos emocionales. Su angustia tenía que ver con Cesare. Lo amaba tanto que dolía. Y ese dolor era aún peor, porque él le había mentado. Le pertenecía a otra mujer. Aunque con el tiempo pudiese disculparlo, nunca podría ser suyo. Ya tenía dueña. ¿Cómo se lidiaba con la pérdida de algo que jamás se tuvo?

—A ver cómo te las apañas, Kate —se dijo a sí misma con una mueca.

Se acurrucó entre las sábanas. Cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño.

Lastimosamente, Morfeo estaba en su contra. Soñó con unos ojos negros profundos, un toque celestial en su cuerpo que la hizo volar de placer, y con unas palabras que jamás serían pronunciadas.

\*\*\*

Cesare estaba en la casa de los Weston con Lavinnia. Las miradas que Colette le dedicó no presagiaban nada bueno. Adoraba a la esposa de Jake, pero sabía que la lealtad de ella estaba primero con Kate. Algo que entendía, por supuesto, pero en ese momento le hubiese gustado que fuera inexistente.

Jake no emitió ningún comentario, mientras Lavinnia les contaba toda la historia. Luego fue el turno de Cesare de explicarle a Colie muy escuetamente sobre el deceso de Elizabetta, algo que pareció suavizar la percepción de su amiga hacia él.

—¿Es a ella a quien tenía que convencer de que no nos amamos y que el hecho de que no estuvieras divorciado hasta hace unos días fue mi culpa?

—No, Lavinnia.

—Se trata de mi amiga Kate —intervino Colie. Ahora podía comprender por qué Cesare era tan hermético, pero también sabía que era un hombre leal. Su acuerdo con Lavinnia por Elizabetta lo demostraba—. Ella y Cesare tienen una suerte de...

—Estoy enamorado de ella —dijo Cesare sin ningún tapujo. Esa confesión dejó mudos a todos, pues conocían que él no era una persona que expresara sus sentimientos abiertamente, menos ante otras personas.

Colette abrió la boca, pero la cerró de inmediato.

—Vaya —comentó Colie luego de asimilar la noticia—. Eso es inesperado.

—¿Debo considerarlo como algo bueno o como algo malo? —quiso saber Cesare mirando a Jake.

—Dado que Kate ha sido siempre muy desconfiada por una mala experiencia del pasado, y ahora con este asunto en la prensa pues te diría que no es algo



precisamente alentador. Sin embargo, yo sé el tipo de hombre que eres y nada me gustaría más que ella te creyera.

—No pongas en compromiso a mi esposa —comentó Jake de pronto tomando la mano de Colie entre las suyas—. Este asunto debes resolverlo tú.

—Jake... —dijo Colette apretando los dedos de su esposo con cariño. Luego miró a Cesare y agregó—: Me apuesto a que Kate ignora tus llamadas. —Cesare asintió—. Vamos a librarnos de alargar este asunto. Yo adoro a Kate como si fuera mi hermana, y sé que jamás hubiera permitido que te acercaras a ella si no sintiera algo más que solo atracción.

—Supongo que tienes alguna idea de qué puedo hacer para abordarla.

—Colette deja que él...

Colie se giró hacia Jake y lo fulminó con la mirada.

—¿Te gustaría que tu amigo padeciera lo que tú durante las semanas que no pudiste hablar conmigo? ¿Eso te parece justo, Jake Weston?

Jake tragó en seco. Su mujer tenía un genio que a veces era de cuidado. Como en ese momento.

—No... —refunfuñó.

Luego el tono de Colette se volvió dulce al mirar el rostro atormentado de Cesare. También sintió pesar por esa chica que había perdido a su hermana en circunstancias trágicas. El modo en que la situación se había torcido era lamentable, pero no condenable. No cuando los implicados habían buscado el modo de ayudar o solventar los problemas de la manera que creyeron más conveniente. No siempre se podía quedar uno con un sabor dulce en la boca, pensó Colette.

—Primero dime qué se te ha ocurrido a ti, y vemos cómo podríamos mejorar la estrategia para llegar a Kate.

Cesare empezó a contárselo.

Treinta minutos después, Cesare salía de la casa de los Weston con una sonrisa optimista. Lavinnia, a su lado, respiraba más tranquila. Un plan siempre era un plan, pensó la guapa italiana, dispuesta a ayudar a su gran amigo. Después de todo era su culpa por boquiabierta e imprudente.

El horizonte en Santa Mónica regalaba un ocaso espectacular, y aunque debido al fresco del invierno no se podían bañar en el mar, a los dos amigos italianos les gustaba mucho la costa californiana. Quizá no era tan espectacular como la seductora Italia y sus playas, pero ambos sabían disfrutar de un paisaje que valía la pena cuando lo tenían ante ellos.

Lavinnia y Cesare entraron en el Ferrari. Él puso en marcha el automóvil.

—Veo que has hecho muy buenas amistades en Estados Unidos.

—Ya sabes que es mi segunda patria, y todos mis amigos me han acompañado siempre.

—¿Sigues enfadado conmigo? De verdad que jamás me imaginé que tú... No sé... no eres dado al compromiso y me siento muy mal por no haber visto a esos paparazzi.

—No tenías cómo si venías tan preocupada por mi abuela y por verme. Seguro y salieron de la nada apenas abriste la boca increpando a los de seguridad.

—Sí...

—Quiero que me cuentes con puntos y señales tu relación con el hijo de Pietro Cantinni.

Lavinnia puso los ojos en blanco.

—¿Esa es parte de mi compensación hacia ti además de convencer a Kate de que tú no le mentiste sino que fue culpa mía?

Cesare sonrió.

—Primero, no estoy ya enfadado, pues a estas alturas no tiene sentido alguno. Segundo, quiero que me cuentes tu pasado con Leandro Cantinni para entretenerme durante el camino.

Por primera vez en todo ese viaje, Lavinnia rio.

—¿Volvemos a ser amigos?

Él la miró con afecto.

—Nunca dejamos de serlo. Solo ha sido una gran contrariedad la que hemos tenido estos días. Elizabetta hubiese querido que continuáramos siendo amigos.

—Sí... es así. Cesare, ¿alguna vez rompes tu código de honor?

Él giró la cabeza ligeramente y luego la volvió al frente.

—Una vez y me arrepiento —dijo.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió?

—No sé si recuerdas a Jessica Fiori. La chica más popular del sitio donde vivíamos. —Lavinnia asintió—. Estaba saliendo con Dante, un buen amigo mío de la

infancia, y cada vez que yo venía de visita desde Estados Unidos, salíamos a tomar algo. Una noche encontré a Jessica llorando a la salida de un restaurante. Estaba sola. Le pregunté qué le ocurría. Me dijo que Dante la había dejado.

—Tonto ese Dante, siempre lo fue.

—Lo suficiente para ignorar que yo deseaba a Jessica. Pero no me acercaba, porque nunca me meto con las mujeres de mis amigos. Sin embargo, la había deseado durante demasiado tiempo. Y esa noche me pidió que la acompañara a su departamento.

—Entonces te acostaste con ella.

—Durante la semana que le duró la pataleta a Dante. Cuando este volvió a buscarla, lo primero que le dijo Jessica fue que se había acostado conmigo. —Se detuvo en un semáforo—. Ese día nos fuimos de puños. Él se quedó con la chica, y yo perdí un gran amigo. Tonto con las mujeres, pero un buen tipo.

—Vaya...

—Ya sabes que no me gusta hablar de mí. Así que empieza tu relato que nos queda un buen tramo que recorrer —dijo él cambiando abruptamente de tema.

—Pues bien, aquí voy con mi historia más bien romántica —dijo con una carcajada. —Entonces empezó a relatar su romance juvenil con Leandro. El engaño. El intento de chantaje a cambio de apoyarla en los viñedos y cómo trataba últimamente de cruzarse en su camino cuando, durante los últimos años, apenas lo había hecho.

—¿Piensas entonces tratar de hablar con él?

Lavinia lo miró con una sonrisa triste.

—No, Cesare, cuando hay algo roto por un fallo tan grande como la infidelidad, creo que es mejor seguir el camino. Hay oportunidades que se pierden para siempre. Y Leandro la perdió conmigo el día en que decidió acostarse con otra mujer cuando éramos pareja.

—Lo siento.

—¿Por él o por mí?

—Supongo que por ambos. Ya llegará alguien a tu vida.

—Será lo que deba ser. Por ahora tenemos un plan que poner en marcha —dijo con tono optimista.

Cesare asintió y aceleró el automóvil.





## CAPÍTULO 16

—Eso es pequeñín. No te muevas cosita linda —dijo Kate en un susurro mientras disparaba la cámara—. ¿Te imaginas cómo sería si te regalaran una bellota como la de “La era del Hielo”? Si eso es —murmuró cuando el animalito se giró hacia ella y logró capturar la foto. Claro que la pobre ardilla debía pensar que era una chalada, pero necesitaba capturar varias tomas y hablar con los animales le parecía adecuado. O eso o realmente estaba enloqueciendo, pensó de buen humor.

Cuando el animalito se escabulló, Kate sonrió. Ah, el aire frío, el paisaje nevado del Lago Tahoe eran únicos. Llevaba despierta desde el amanecer y su propósito había sido capturar las mejores fotos. Y ya con la ardilla terminaba. Tenía una gama muy variada de dónde elegir. Esperaba que al editor le complaciera.

Miró el reloj. No en vano le rugían las tripas. Eran las dos de la tarde y apenas lo había notado. El insufrible chef francés y a debería haber hecho la comida.

Kate guardó todos sus materiales en su sitio y cargó el equipo de fotografía en la parte trasera de su automóvil. Encendió el motor y puso rumbo al Snowy Pine. Encendió la radio y empezó a tararear.

Había planeado seriamente ir esa noche al bar, pero cuando llamó le dijeron que ya habían contratado a una cantante de planta, pero que si le apetecía le buscarían un pequeño espacio en los próximos días. Kate tuvo que negarse. Después de todo ese era su último viaje a Nevada, pues su sitio de trabajo estaba ahora en Orange County. Y era una pena, porque aunque adoraba la idea de estar cerca de sus padres y de Santa Mónica, prefería la naturaleza del Lago Tahoe.

Estacionó el automóvil y bajó sus pertenencias.

El silencio en el resort era extraño, pues estaba acostumbrada a que siempre bullera de gente y ruido. Pero Daisy y Mijail tenían derecho a tomarse vacaciones. Juntos. Sentía alegría por ellos.

Subió a su habitación y aprovechó para ducharse. Se aplicó crema y se tomó su tiempo cepillándose el cabello hasta dejarlo brillante. Tal como le gustaba. «Cambio de hábito, cambio de actitud», se dijo mirando al espejo.

Fue hasta el comedor y empezó a comer con calma las gambas con papas gratinadas. Luego pasó a un exquisito mousse de chocolate. Cuando llegó el té, creía que iba a reventar. Fue a poner la vajilla en la máquina lava platos. Revisó el frigorífico. Lamier le había dejado una nota sobre un envase sellado.

*Mademoiselle Blansky, le he dejado comida para mañana. No creo que pueda llegar a tiempo. Lo siento. Compensaré con algo delicioso a mi retorno. Bon appétit!*

L.T.

Al parecer el chef Lamier Troufat creía que estaba sobre las órdenes de su jefa, pensó Kate lanzando la nota al cesto de basura.

Subió las escaleras de dos en dos. Llegó hasta su habitación y encendió la música. Iba a empezar a cantar cuando vio la lucecita de su móvil. Lo iba a ignorar hasta que vio que se trata de su madre. Bajó el volumen al parlante.

—Mamá —dijo a modo de saludo. Se sentó en una silla muy cómoda. La habitación tenía matices dorados con blanco y azul. Tenía un estilo de casa de campo con utensilios modernos. La cama era perfecta para descansar la espalda—. ¿Todo en orden?

—Sí. Kate, quería saber si ya habrías almorzado. Tiendes a saltarte las comidas cuando estás triste. ¿Lo has hecho?

Ella sonrió.

—No, mamá, no me he saltado la comida. Por cierto, antes de llegar al resort pasé por casa de tu amiga Milliseth. Dice que quiere ir a visitarte. Me tomé el atrevimiento de decirle que podía ir cuando quisiera que tú tienes habitaciones disponibles en Orange.

—Hiciste bien, cariño. ¿Cuándo tienes planeado regresar?

—Pasado mañana.

—De acuerdo. ¿Puedes llamar a tu hermano y preguntarle por qué diablos no se ha dejado caer por Orange?

Kate rio.

—Seguramente está entusiasmado con su novia de turno.

—Estos chicos de ahora. Cuidate, ¿bueno? Y dile a Milliseth que la espero pronto y que tengo que equilibrar mis chakras.

—No sabía que Milliseth hiciera Reiki.

—Ella es una mujer con mucha sabiduría.

—Ya veo, ya. Hasta pronto, mamá.

—Adiós, tesoro.

Kate cerró el teléfono. Encendió la música y se puso a cantar a todo pulmón. Si no podía ir al bar, al menos se daría un recital privado para sí misma.

Al atardecer estaba aburrida. Ya había enviado a Rex las fotografías finales para la página web de la academia. Este le dijo que estaban preciosas, algo que a ella la emocionó. También se contactó con el editor de *Fundraiser*, quien también le dijo que enviaría las fotos al departamento gráfico, pero que le gustaban muchísimo.

Se asomó a la ventana del lobby. Observó las pistas de esquí. No estaba nevando. Le hubiese gusto ver la nieve caer. Aunque eso no quitaba que le apeteciera tomar un vino, pero no quería abusar de la confianza de Daisy bebiéndose algo de las reservas del resort. Un vino era una excelente excusa para tomar las llaves del auto y salir.

Menos mal Daisy no había decidido vender el Ford Explorer que solía dejarle cuando estaba en Lago Tahoe, pensó Kate encendiendo el motor. Con una sonrisa bailándole en los labios salió de Snowy Pine rumbo a una de las tiendas cercanas a unos quince minutos de distancia sorteando una de las elevaciones de la montaña. Un camino diferente, pero no desconocido para ella.

El camino estaba un poco resbaloso por el agua lluvia, así que iba a una velocidad bastante lenta. Cincuenta kilómetros por hora.

Iba tarareando al ritmo de *Beyoncé*. La canción era *Single Ladies*. Porque esa le venía como anillo al dedo, pensó mientras movía la cabeza de un lado a otro, pero sin dejar de concentrarse en el camino que tenía delante.

Para ir a la tienda tenía que pasar necesariamente por la casa de sus padres en Lago Tahoe. Siguió cantando, porque no le importaba. Nada le importaba. Ella y *Beyoncé* eran almas gemelas del canto. Hasta notó que había un automóvil parqueado en la casa de alquiler. ¿Qué demonios?, pensó preocupada.

No dudó en disminuir la velocidad y aparcar.

¿Debería llamar a la policía?

Quizá el idiota de su hermano había tomado las llaves y creía que podía ir a la casa llevando su última conquista. «Y ni siquiera tiene la consideración de llamar a mamá para avisarle y averiguar si acaso estaba ocupada o no la casa», pensó con enfado. Lo peor, ni siquiera la llamaba a ella sabiendo que vivía de las comisiones de alquiler de sus padres. O solía hacerlo en todo caso. Pero eso era lo de menos. Damon era un desconsiderado.

Apagó la radio de mala gana y bajó dando un portazo.

Las botas de suela gruesa especial para el invierno le impidieron resbalar. Se había dejado el abrigo dentro del Ford, pero como solo iría a comprobar que su hermano recibiera el rapapolvo que se merecía, no importaba. Subió prácticamente trotando el camino de grava que llevaba a las escaleras principales.

El vestido color violeta que llevaba resaltaba sus facciones y el color miel de sus ojos de tupidas pestañas. Se abrazó a sí misma intentando ver hacia adentro. Un imposible, porque bien sabía ella que desde fuera el interior de la casa no era visible.

Llamó a la puerta con insistencia varias veces.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina.

Kate sonrió. Por supuesto que era su hermano. Se frotó las manos como si con los ceros grados Celcius de temperatura pudiera calentárselas.

—No sé si eres la nueva novia de Damon, pero, ¿puedes abrir? Soy Kate, su hermana. Necesito haber con él. —«Y darle un rapapolvo», se dijo.

La puerta se abrió de inmediato y una belleza de ojos verdes la miró.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

Kate no lograba articular palabra.

—Tú... —atinó a decir al reconocer ese rostro aristocrático y lleno de facciones italianas. Su cerebro le urgía a apartarse, decir algo más coherente que un monosílabo, pero no podía hablar. ¿Cómo era posible?

La alta morena abrió del todo la puerta.

—¿Quién es Lavinnia? —preguntó una voz dolorosamente familiar para Kate—. No deberías abrir la puerta sin antes... —entonces reparó en la mujer que miraba con el rostro pálido y ojos fríos a su amiga—. *Cara*. ¿Cómo estás? —preguntó sorprendido. Las cosas no iban a salir bien ese día. *Dio*. Intentó hablar con tono suave, odiaba ver esa mirada de dolor que Kate intentaba disimular sin éxito, y agregó—: Había pensado en ir a buscarte más tarde, Kate, para hablar, pero...

—Pero puedes irte al infierno —resopló ella. Finalmente sus pies fueron capaces de moverse y empezó a alejarse.

¿Por qué? ¿Por qué?, se preguntó Kate mentalmente. ¿Era posible sentir un dolor emocional que traspasara las barreras y llegase a doler el cuerpo y el corazón? Era desgarrador estar enamorada, amar, y tener frente a ella al hombre que era el culpable de su decepción, y no solo eso, sino que no sentía lo mismo por ella... ¡Y estaba casado! ¡Y su mujer estaba delante de ella, seguramente se habrían acostado en...! Ay, no, no. No podía ir por esos caminos derroteros.

Cesare apartó a Lavinnia con suavidad y fue tras Kate. Todo acababa de irse al traste. No servían de nada los planes. No con Kate, pensó de mala gana.

Durante la visita en Orange County, la madre de Kate le cantó las cuarenta y el padre de ella lo sometió al tercer grado frente a Lavinnia. Su amiga disfrutó de su incómodo momento. Él se había tenido que calar la charla de los padres de Kate sobre cómo había herido a su niña, como si fuera un imberbe adolescente, pero solo lo pudo haber aguantado porque realmente quería saber dónde estaba esa testaruda mujer de ojos miel. Porque la quería. Lastimosamente, Colette no tenía idea de dónde estaba su mejor amiga, pues apenas tenía tiempo de hablar con ella por las tareas de mamá y sus compromisos con Jake, así que Colie le había sugerido lo más obvio: ir a Orange County.

Cuando Rowena decidió que estaba convencida de que Cesare realmente quería a su hija, le dijo en dónde podía encontrarla. «Mi hija es bastante obcecada, te

deseo suerte si acaso llegas a convencerla de algo», le había dicho Virgil con tono sosegado, a diferencia del explosivo genio de su mujer. Exactamente como el de Kate, pensó Cesare cuando abandonó la casa y puso rumbo a un hangar privado para que su avión lo llevara hacia Nevada.

—Cariño, espera... —dijo alcanzándola finalmente. La tomó del codo y la giró hacia él.

Kate se soltó y le dio una bofetada.

Cesare se quedó quieto. Y ella meneó la cabeza.

—Déjame. Yo... —se miró la mano—. Nunca he golpeado a nadie... yo... —entonces, las lágrimas sin derramar asomaron a sus ojos, y Cesare se sintió el peor canalla del mundo.

—*Principessa*, escúchame —dijo con voz suave—. Me merecía la bofetada. No te vayas sin antes hablar conmigo... *per favore*.

Ella se quedó mirando la marca de sus dedos que empezaban a notarse en la mejilla derecha de Cesare. Quiso estirar la mano y tocarlo, pero no podía hacerlo. Debería hacer algo, pero se sentía paralizada. Estaba segura de que no podría manejar. «Qué horrible sensación. Era una pesadilla.»

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó finalmente recuperando el aplomo y conteniendo las lágrimas.

Cesare se giró para ver a Lavinnia.

—Esperábamos ir a buscarte al resort. —Al ver el gesto interrogante en el rostro de Kate explicó brevemente la visita a Orange County—. Queríamos que escucharas nuestra historia. Tu mamá nos dijo dónde podíamos encontrarte. Hemos llegado anoche.

Kate apretó los dientes.

—Mi madre te dijo en dónde estaba...

—Tenía que hablar contigo y estaba cansado de que no respondieras mis llamadas e ignoraras mis mensajes. Fue la única solución que encontré.

—¿Me querías contar tu historia para publicarla? —preguntó con sorna.

—Para que supieras que no te engañé a propósito. Es una historia que necesito que escuches de la boca de Lavinnia.

—¿Por qué crees que querría escuchar algo de ti o de esa mujerzuela? —preguntó cruzándose de brazos. En parte por el frío, en parte por creer que era posible juntar todos los pedazos de su corazón si mantenía de esa forma su cuerpo, abrigándose a sí misma. Maldita la hora en que se le había antojado ir de compras. Bien hubiera quedado su existencia permaneciendo en el resort y acabándose las reservas de Daisy. La próxima no sería tan considerada, pensó de mala gana.

Lavinnia estaba escuchando todo. Y por el rabillo del ojo Cesare supo que iba a protestar, así que le hizo un gesto para que se apartara. La italiana, no sin gruñir en italiano en voz baja, se alejó y cerró la puerta.

—No es una mujerzuela...

—No, claro, es tu *esposa mujerzuela* —dijo sin poder evitarlo. Qué horrible sonaba esa frase. Tan impropio de ella hablar con ese resentimiento.

Cesare apretó la mandíbula. Parecía que de un momento a otro esos ojos llenos de lágrimas iban a dejar salir las gotas saladas. Kate trataba de mantenerse erguida, pero su rostro estaba pálido y desenchajado. Él estaba habituado a las lágrimas de sus hermanas, pero las de Kate, lo mataban. No soportaba saberse el artífice de esas lágrimas.

—Voy a pasar eso por alto, porque entiendo que estás enfadada.

—Para estar enfadada tendría que sentir algo por ti, algo que, evidentemente no siento. Oh, bueno, sí, sí que siento algo por ti, Ferlazzo. D-e-s-p-r-e-c-i-o, porque eres un consumado mujeriego y mentiroso. Un cavernícola como todos los hombres.

Cesare no se las aguantó más, no iba a permitirle insultarlo de ese modo y juzgarlo sin antes escuchar sus argumentos.

—Suficiente —explotó. Si inclinó y la tomó de la cintura alzándola con pasmosa facilidad—. Tú y yo vamos a hablar, *amore*.

—¡Bájame mentiroso e idiota italiano! —exigió furiosa agitándose y golpeándole la espalda, pero Cesare la tenía fuertemente sostenida de las rodillas. Con la mano libre le dio un azote en el trasero—. ¡Con que me vuelvas a tocar vas a pagarla muy caro, cavernícola!

Cesare se echó a reír. Eso solo enfureció más a Kate que no dejó de debatirse para tratar de zafarse del modo en que él la llevaba. ¡Como si fuese un saco de patatas! De una patada, Cesare cerró la puerta, luego le hizo un gesto a una asombrada Lavinnia, y después avanzó con Kate a cuestas hasta llegar a la antesala de las habitaciones en el segundo piso.

Una vez que estuvieron sobre la alfombra persa, Cesare la bajó.

Kate le dio un empujón. Estaba sonrojada y despeinada. Él sintió ganas de abrazarla y besarla, pero tendrían que hablar primero.

—¡No me vuelvas a humillar de ese modo!

Lavinnia fingía estar mirando a otro sitio.

—¿Podemos, por favor, sentarnos y hablar, Kate? —preguntó Cesare con tono muy serio—. Si luego de lo que te tenemos que decir crees que no merezco la oportunidad de estar cerca de ti nuevamente, lo aceptaré. Con renuencia, pero lo aceptaré. ¿Te parece un trato justo?

Acorralada, Kate se encogió de hombros y se sentó de mala gana en una mecedora frente al sofá principal color moca, en donde Lavinnia se había instalado. Cesare tomó asiento en un sillón independiente, no quería provocar más a Kate, además no era una posición estratégica.

—Habla pues, para que pueda irme y alejarme de tu vida para siempre.

Cesare dejó pasar por alto el comentario y miró a Lavinnia con una ceja enarcada. Su amiga tomó aire profundamente y empezó a relatar la historia de Elizabetta, su dolor y el de la familia. Luego le explicó cómo Cesare había tomado la responsabilidad, aunque no debía porque el accidente fue exactamente eso: un accidente, para tratar de ayudar a los Vitale y no había otro modo en que sus padres aceptaran el dinero que casándose con ella.

A medida que Lavinnia hablaba, Kate levantaba ligeramente la cabeza para mirar a la muchacha. Cesare lo juzgó como buen signo y por primera vez en muchos días sintió un resquicio de esperanza. Si ella estaba tan enfadada y afectada tenía que ser porque al menos sentía algo por él. No importaba qué, aunque continuara siendo la atracción sexual que había entre ellos. Si Kate le daba una oportunidad intentaría convencerla de que podía amarlo. Podía confiar en él.

—Siento lo de tu hermana —dijo Kate finalmente con un susurro. Las lágrimas que había visto en los ojos de Lavinnia eran sinceras. Ella mejor que nadie juzgaba los dramas de la gente. Ella solía usar varios trucos cuando quería algo, de pequeña y adolescente, y sabía que la italiana no estaba mintiendo. Una ligera calma se empezó a apoderar de su atormentado corazón—. Lo siento de verdad...

—Gracias, Kate —murmuró Lavinnia mirando a Cesare. Este asintió—. Ahora quiero explicarte por qué Cesare seguía casado conmigo.

—¿Seguía? ¿En pasado?

La mujer asintió. Le comentó brevemente sobre el asunto con sus viñedos, sin mencionar a Leandro, su vida personal no tenía nada que ver en ese enredo en el que había metido a Cesare y a su familia de paso.

Cesare observó aliviado cómo el hielo en la mirada de Kate iba desapareciendo paulatinamente.

—Antes de que te conociera él ya debía estar divorciado. Confió en mí, y yo le fallé. No tenía ni idea de que iba a armarse un follón como este —suspiró—, lo lamento de verdad. Cesare y yo no hemos tenido vida de casados. Ha sido un mero acuerdo de amigos salvo...

—Lavinnia —intervino Cesare.

—Déjala hablar, ¿no querías que escuchara la historia? —expresó Kate.

—Fue solo una noche. Hace cuatro largos años. Consuelo mutuo. Confusión. No volvió a repetirse. Yo tenía competiciones y una carrera, y ella un negocio familiar por el cual trabajar y su vida —explicó Cesare.

Kate asintió.

—Ahora, ¿me crees? Cesare nunca te mintió. En realidad si yo no hubiese enviado a la chimenea los papeles de divorcio, y hubiera sido consecuente con mis errores, habría enviado los documentos al abogado familiar y Cesare estuviera divorciado. Jamás habría tenido que contarte nada. No nos casamos por la iglesia. Solo por lo civil. ¿Todo mejora ahora que conoces los detalles, Kate? —preguntó Lavinnia mordiéndose el labio inferior.

Kate asintió lentamente, y Lavinnia cerró los ojos con una sonrisa.

—¿Estoy relevada de culpa, Cesare? —preguntó, pero su amigo no la miraba a ella, sino a Kate, quien ahora se observaba las uñas como si no hubiera nada más importante.

—Sí. Puedes tomar las llaves del automóvil rentado. Déjalo en el concesionario. Llama a mi piloto para que ponga a tu disposición el avión. Suerte con los viñedos —dijo él sin mirar a su amiga.

—Kate... —susurró Lavinnia. La aludida levantó la mirada—. Espero que realmente en algún momento podamos llegar a ser amigas —sonrió.

Kate la miró y asintió devolviéndole una tímida sonrisa.

Cuando el último ruido a lo lejos fue el Porsche de alquiler alejándose con Lavinnia al volante, se hizo silencio en la casa.







—¿Y bien? —preguntó Cesare rompiendo el silencio. Cómodamente sentado contra el respaldo del asiento no parecía inquieto, pero lo estaba.

—Supongo que te creo... —murmuró sin mirarlo.

Él cerró los ojos un instante, y luego se puso de pie para acercarse a Kate. Le tomó las manos entre las suyas.

—Hey... —dijo con suavidad—. Mírame. —Ella lo hizo—. Gracias por escuchar a Lavinnia.

—No me diste muchas opciones.

Cesare sonrió.

—Tienes la costumbre de ser esquiva. Probablemente hubieras vuelto al resort a hacer la maleta y en menos de lo que podría esperar estarías con rumbo desconocido para que ni siquiera Colette supiera dónde estabas escondida.

—¿Hablaste con ella? —indagó desconcertada.

—Y con tu madre... y tu padre.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Por qué?

—No sabía en dónde encontrarte. No podía perder más tiempo. Medidas desesperadas para situaciones desesperadas. Aunque debo confesarte que jamás he tenido una situación desesperada de este calibre.

Ella torció el gesto.

—Te fuiste sin decirme nada...

Él apretó sus manos con ternura. Llevó los nudillos de Kate a sus labios y los besó con suma delicadeza.

—Fue un gran error de mi parte. Quiero pedirte disculpas por todo este absurdo enredo que te ha disgustado tanto. Debí contarte lo de mi matrimonio, pero no lo creí necesario pues...

—Creías que estabas divorciado —completó Kate.

Cesare esbozó una sonrisa y asintió. Se puso de pie y ella lo imitó.

—Hay algo que quiero darte. ¿Me acompañas?

Se dejó guiar hasta la habitación principal. Le gustó sentir las manos de Cesare enlazadas con las suyas. Quería preguntarle muchas cosas, pero prefirió quedarse callada. Tenía el corazón agitado.

—Quédate aquí un momento —le pidió. Kate sentía la cabeza dándole vueltas. No se podía creer lo estaba ocurriendo. Cuando se despertó esa mañana lo último que esperaba era enterarse de todo lo que había pasado en la vida de Cesare. Su nivel de compromiso, pero también lealtad, aunque hubiera sido marcada por la culpa para tratar de resarcir las situaciones por las que creía debía redimirse. La sobrecogía—. Vuelvo enseguida. ¿Sí?

—De acuerdo... —susurró. Lo vio desaparecer escaleras abajo.

Kate se fijó en la cama. Estaba perfectamente hecha. Ahora era consciente de que no había sucedido nada entre la chica de ojos verdes y Cesare. Y él no sabría nunca cuán aliviada estaba por ese hecho.

Se moría de frío. Se acercó a la chimenea y echó unos troncos. Cuando el calor empezó a apoderarse de la habitación se frotó las manos, complacida. Ya se sentía abrigada por la temperatura.

—Hay algo importante sobre lo que debemos conversar —dijo él.

De pronto Cesare le pareció vulnerable, pensó Kate al mirar los ojos negros, indecisos. El pantalón negro de vestir le quedaba como un guante, y la camisa gris parecía una segunda piel dejando entrever su físico atlético y viril. Esa barba de dos días que solía marcar su estilo la volvía loca.

—Luego de todo lo que me ha contado Lavinnia, y tú, ¿hay algo más?

Él asintió.

Kate se sentó en el borde de la cama.

—Bien... tú dirás.

—¿Por qué te afectó tanto el que te hubiera mentido? —preguntó él mirándola de pie. Frente a frente.

—Odio que me mientan.

—¿Has sido sincera conmigo todo este tiempo entonces?

Ella asintió, pero luego se lo pensó mejor. No, no había sido sincera con Cesare. Así que, dado que él no la amaba, al menos tenía la certeza de que le debía la verdad sobre Ronald.

—No, no lo he sido —repuso. Entonces empezó a decirle su acuerdo con Ronie-Don, y lo que podría conseguir si exponía su historia.

Cesare la miró sin verla. Luego volvió a enfocar su mirada. Se frotó la barbilla. Ladeó la cabeza.

—¿Y por qué no continuaste?

—Porque los medios de prensa italiano se me anticiparon y corrió por todo el mundo la noticia de que estabas casado desde hacía cuatro largos años —expresó a la defensiva.

Cesare la conocía, así que continuó.

—No, no es cierto. Cuando quieres algo nada te detiene. Así que tiene que existir otra explicación. Me gustaría escucharla.

—¿Qué más te da a ti por qué no envié el maldito reportaje? —indagó, molesta. Iba a ponerse de pie, pero Cesare se sentó a su lado, le puso la mano sobre la rodilla, impidiéndole incorporarse.

—Me importa esa respuesta. Una respuesta sincera, por supuesto —dijo elevando la barbilla de Kate hacia él con los dedos. Sus miradas se entrelazaron. La conexión entre los dos era innegable. Chispas y fuegos artificiales. Sin brumas que los apartaran y sin interrupciones—. Me gustaría mucho escucharla. *Per favore*. Por favor, Kate.

Ella tragó en seco.

—No tiene sentido —murmuró observando la boca de Cesare. Sentía un cosquilleo en el estómago. Su cuerpo tembló imperceptiblemente.

Él sonrió. No le importaba dar el primer paso.

—Sí lo tiene, porque yo te amo Kate, estoy locamente enamorado de ti, y para mí es muy importante saber si tú también sientes algo por mí.

La mirada incrédula de ella, le dijo lo que necesitaba saber. Jamás en su vida se había sentido tan contento. Ni siquiera cuando ganó el Australian Open, el Roland Garros y Wimbledon en el mismo año. Nada, nada se equiparaba con la resolución que notó en esas preciosas gemas doradas llenas de chispas y pasión.

—Yo...

—¿Tú?

Kate, sonrojada, le echó los brazos al cuello y enterró el rostro en el cuello masculino. Aspiró su aroma y soltó un suspiro. Un suspiro que era alivio y rendición. Él no dijo nada cuando sintió la humedad de las lágrimas de Kate en su camisa. Se limitó a acariciarle la espalda con dulzura.

—Te amo tanto que duele. Estaba muriendo lentamente al creer que no me correspondías —le dijo al oído en voz tan bajita que, si hubiese existido un ruido mínimo, él no la habría escuchado—, y pensé que aunque lo hicieras no serías libre de estar conmigo porque eras de otra...

Cesare la tomó de los hombros para mirarla. Le secó con los pulgares las lágrimas. Sabía que estas eran de alegría. Pero ignoraba que sus propios ojos estaban sospechosamente húmedos.

—*Non ho mai amato nessuno come io ti amo*. Nunca he amado a nadie como te amo a ti, Kate. Me perteneces en la misma medida en que yo te pertenezco. Siento tanto que te sintieras triste —confesó con emoción en su voz—. Te compensaré el resto de mi vida por estos días de zozobra.

—¿El resto de tu...?

En ese instante Cesare se apartó. Se hincó de rodillas ante ella. Metió la mano en el bolsillo y buscó lo que había ido a ver minutos atrás en su maleta de viaje.

Kate lo miró asombrada cuando le mostró en la palma de la mano un precioso anillo de diamantes con rubíes. Ella sabía que los italianos eran muy tradicionales, pero ver de rodillas a Cesare Ferlazzo, ante ella, era toda una revelación. Amaba con locura a ese hombre imponente, audaz, mandón, pero tan dulce e inteligente que se había ganado su necio y atormentado corazón.

—Durante mi viaje a Italia visité a mi abuela Odessa —le dijo con ternura—. Es una mujer fuerte, valiente y decidida. Siempre hemos tenido una relación muy cercana. Pensé que no iba a sobrevivir, pero es terca y no se deja vencer con facilidad. Le dije que había conocido a una mujer que, sin saberlo, me había puesto a sus pies desde el primer día en que la vi, pero que tuvimos un gran mal entendido.

—Cesare... —susurró mirándolo con adoración.

—¿Sabes lo que me dijo?

Ella negó.

—Que tomara el primer vuelo a cualquier sitio en el que esa mujer se encontrara y le propusiera matrimonio en lugar de perder el tiempo.

Kate rio emocionada. Sentía una opresión en el pecho. Como si su corazón se hubiese expandido de pronto llenando todo su cuerpo de una sola emoción.

Aquella que movía al mundo. El amor.

—¿Qué crees que debo decirle a mi abuela la próxima vez que la vea? —preguntó con anticipación.

Kate bajó del colchón y se arrodilló frente a Cesare para quedar a la misma altura. Estaban en igualdad de condiciones. Le tomó el rostro entre las manos y lo besó. Un beso muy suave.

—Que la mujer a la que le propusiste matrimonio aceptó, porque nada la haría más feliz que saber que va a compartir la vida con un hombre maravilloso, que acelera su corazón y le ha devuelto la capacidad de amar.

—Katherina Blansky, quiero una respuesta directa y formal. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

—Sí... sí, Cesare. Nada me haría más feliz.

Él se incorporó y la tomó en brazos y la apretó contra su pecho. Luego le deslizó el anillo en el dedo. Calzaba perfecto. La joya pertenecía a una colección privada de su familia. No iba a regalarla un anillo de sus joyerías, porque Kate era más importante que eso, ella se merecía algo con un legado sentimental.

—Es hermoso este anillo, gracias —susurró embelesada y con la voz cargada de emoción mirando al hombre que amaba—. Te adoro.

Él le acarició la mejilla.

—Tú eres todo lo que necesito. —Entonces la besó con lentitud haciendo que Kate se derritiera bajo las caricias de sus labios expertos. Ella estaba apretada contra él, abrazándolo de la cintura y acariciándole la espalda mientras se besaban apasionadamente.

El beso en esta ocasión fue totalmente diferente al que se hubiesen dado antes. Continuaba siendo igual de embriagador, pero ahora estaba cargado de una electricidad sobrecogedora que los impulsaba a ambos a tener la certeza de que esa tarde iban a vivir una experiencia sensual más allá de cualquier barrera física. El amor lo cambiaba todo. Lo transformaba. Y ellos estaban envueltos en esa magia que sabían que era fuerte y especial.

Cesare encontró la cremallera del vestido de Kate en la parte de la espalda. Deslizó hacia abajo el zipper. Ella lo miró con una sonrisa llena de anhelo y se deshizo de la prenda que cayó en la alfombra como una nube violeta. Se quedó en ropa interior. Llevaba unas bragas a tono con el vestido y un sujetador muy sexy.

—¿Poniéndote ropa provocadora siempre, eh? —preguntó con una sonrisa.

—Una pequeña debilidad en mis compras habituales —susurró mientras ayudaba a Cesare a quitarse la camisa. Dios, qué guapo y sexy era. ¡Y la amaba!

—Me gustaría continuar cultivando esa debilidad, *cara mía*... —dijo antes de apartarse para contemplarla. En su mirada había fuego y amor. Kate se sentía la mujer más dichosa y complacida del mundo—. Qué preciosidad de mujer, y eres toda mía —afirmó con su tono territorial mirándola con embeleso y deseo.

Kate rio bajito, pero pronto Cesare cubrió los labios de ella con los suyos. Con una urgencia sin igual empezaron a desnudarse. Disfrutaban la piel del otro, con besos y redescubriéndose con las manos ansiosas de placer. Cesare tomó uno de los pechos suaves y lo masajeó, con el pulgar jugueteó con un erecto pezón para luego inclinarse y succionarlo con deleite.

Kate echó la cabeza hacia atrás mientras sentía la boca de Cesare acariciando sus pechos, y la mano cálida deslizarse por su vientre hasta llegar al punto en donde convergían sus muslos. Cada vez que Cesare lamía o apretaba sus pezones, bien fuera con la mano o con su pecaminosa boca, ella sentía cómo palpitaba su clitoris. Sabía que estaba empapada, caliente e inflamada. Moría por tenerlo dentro de su cuerpo, llenándola, poseyéndola tanto como ella deseaba poseerlo a él. De la forma más primitiva, porque en su corazón, él era el único dueño. Jamás había experimentado lo que era vivir a merced de la pasión. Y ahora estaba a la merced de su propio deseo y solo Cesare era capaz de aliviar su ardor.

—Cesare... —gimió cuando él probó su sexo con los dedos.

—*Dio*. Te he echado de menos, cariño —confesó acariciando su interior. Estaba mojada y ardiente para él. Frotó el suave botón con el pulgar, mientras introducía el índice en el estrecho canal en el que se moría por hundir su sexo. Al tiempo que sus manos obraban magia, su boca no dejaba de deleitarse con el sabor único de los pechos de Kate—. Eres tan sexy, *Katherina*.

—Oh... quiero... por favor —jadeó ella presa de una pasión febril. Era barro entre las manos de Cesare. Podía moldearla como quisiera para darle placer y ella iría siempre complacida a sus brazos, el sitio en donde se sentía feliz y amada.

Cesare tomó a Kate de las caderas y la sentó en su regazo de modo que estuviera a horcajadas sobre sus muslos fuertes. Ella abrió los ojos ante la abrupta acción que la privó de las atenciones de la boca y manos de Cesare.

—¿Cesare?

—Shhh, confía en mí, *cara*.

—Lo hago... Nunca volveré a dudar de ti.

—Bien. Eso está muy bien, cariño... —dijo antes de ponerle las manos sobre las caderas y levantarla con lentitud. La acomodó con presteza y luego la deslizó hacia su erección. Ella lo observaba con ojos asombrados.

Empezó a penetrarla y enlazó su mirada oscura, ahora vibrante de amor, con los ojos dorados como la miel que lo observaban expectantes. Entonces él le dedicó una sonrisa ladeada y empezó a moverse. El esfuerzo le perló la frente de sudor. Kate sabía que él estaba haciendo malabares para tomarla de esa manera, para que ella disfrutara de toda su longitud. Ella quería más. Cesare la apartó, la subió, y luego volvió a deslizarla para mover las caderas y embestir con firmeza, mientras ella se sostenía de los hombros sudorosos y musculados.

Se besaron con desesperación, los movimientos de Cesare mezclados con los de Kate crearon un ritmo propio. Sus cuerpos danzaban al son de sus caricias y deseos más primitivos. Cada vez lo sentía más y más dentro de ella, le encantaba la sensación. Se movía al compás de las caderas de Cesare cada vez que la embestía, y

volvía a salir de su interior para repetir. Se sentía atraída a ese océano de placer y le gustaba dejarse llevar por cada ola.

El corazón de Cesare latía velozmente a medida que las emociones se iban apoderando de él. Verla tan entregada, sensual y sabiendo que lo amaba, fue su perdición. Deseaba que en ese momento Kate se perdiera en la vorágine de pasión que experimentaba al tenerla entre sus brazos.

Se inclinó para capturar uno de los tersos pezones con los dientes. Lo chupó. Tiró de él con fuerza e hizo lo mismo con el otro pecho, mientras ambos jadeaban empapados de sudor. Nada importaba, solo alcanzar el cielo. El cuerpo de Kate estaba en llamas y eran esas mismas llamas las que abrazaban a Cesare. Con una última embestida hizo que Kate se deshiciera en un grito de placer.

—Cesare, te quiero... —gimió cuando él la acompañó en una explosión de colores que sabía a deseo y amor. Kate se aferró a esa emoción que la embargaba; esa mezcla era más erótica porque con él nunca fue solo sexo. Nunca podría serlo. El autoengaño no servía cuando se trataba del hombre que amaba y por el que había dejado atrás sus miedos e inseguridades románticas.

Sintiendo cómo los espasmos de Kate continuaban apretándolo, Cesare permaneció con ella hasta que juntos volvieron convertidos en uno solo a la realidad. Permanecieron con las frentes unidas hasta que sus respiraciones fueron aplacándose y ralentizándose poco a poco. Él dejó un beso suave en la naricilla de Kate. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie y con ella abrazada se acostó en la cama.

La contempló con una sonrisa.

Ella era todo lo que necesitaba para sentirse completo. La única culpa que sentía era la de no haber hecho algo en relación a la chispa que surgió entre ellos cuando la vio por primera vez. Pero puesto que el destino había sido generoso con él, pensaba aprovechar lo que le quedaba por delante para hacer feliz a esa preciosa mujer. Su mujer.

—*Ti amo con tutto il mio cuore* —susurró Cesare con su aterciopelado acento italiano antes de cerrar los ojos y atraerla a su lado—. Te amo con todo mi corazón —repitió en español, y la sintió sonreír.







## EPÍLOGO

*Dos meses después.*

*Palermo, Sicilia, Italia.*

A Kate no le resultó nada difícil organizar su propia boda. Lo disfrutó inmensamente, pues contó con la ayuda de Daisy. Colette no podía dejar a Madison sola en California con Jake, así que a diferencia de otras ocasiones esta vez no pudo contar con las ideas de su mejor amiga.

Le habría gustado casarse en California, pero quería darle una alegría a Cesare y también vivir una aventura en una tierra que no conocía. Había llegado a Sicilia una semana antes de la boda. Él la llevó a recorrer Palermo y los sitios más emblemáticos de la región.

Se hospedaron en hoteles lujosos, fueron a bailar, Kate cantó en un karaoke y le dedicó a él una canción; Cesare la llevó a nadar e hicieron el amor en lugares inauditos. Entre risas y besos robados se escabullían para estar juntos. Cada vez que hacían el amor era mejor que la anterior.

Kate todavía seguía asombrada por un gesto que había tenido Cesare. Le había pedido a su agente que buscara a Ronald Loguin. La tercera noche en Palermo, su amigo periodista se presentó con una gran sonrisa.

—¡Katie-Katie! Te lo tenías bien guardado —le había dicho mientras se sentaba en los jardines exteriores del *castello* Ferlazzo—. Tu futuro esposo insistió en que viniera personalmente a Italia para entrevistarlos.

Ella había mirado a un apuesto Cesare vestido con traje de gala al igual que ella. Tan solo que Kate había pensado que tenía que ver con alguna recepción de la que probablemente se habría olvidado. Pero no. Estaban en una bonita área del jardín, iluminada con antorchas y chimeneas modernas exteriores, para una entrevista que nunca en su existencia hubiera pensado.

—¿De qué se trata todo esto? —había preguntado ella.

—Cesare me dijo que estaba al tanto de nuestro acuerdo, y sabe que no me diste el reportaje por motivos personales. —Ella lo había mirado achicando los ojos, luego había dirigido su atención a Cesare y este se encogió de hombros—. Me aseguró que me daba la exclusiva del romance contigo a cambio de un favor.

Kate había soltado una carcajada.

—¿Él ha intercambiado información por un favor?

—Cosas que uno aprende en pareja —había respondido Cesare, pero a ella no se le pasó que tenía las mejillas curiosamente sonrojadas—. Puesto que sé que no aceptarías que hablara con el dueño de *Sunrise*, al menos te consigo esto como parte de mi regalo de bodas, *dolcezza*.

—¿Cuál es ese favor, Ronie-Don? —había querido saber controlando la emoción en su voz. Su regalo de bodas a Cesare había sido una colección de fotografías, con efectos y trabajos gráficos especiales, que ella había estado tomando de él en los diferentes sitios que habían visitado juntos. A Cesare le había encantado.

—Las fotos de tu matrimonio van en una edición especial de *Sunrise*.

Kate no podía creerlo. Cesare iba a hablar de su vida personal. Con fotografías y todo, solo por ella. Para que pudiera ser parte de la revista de sus sueños del único modo que él sabía que aceptaría.

En ese momento a ella se le habían llenado los ojos de lágrimas. Cesare no le conseguía el favor de trabajar para esa revista, le conseguía la oportunidad de immortalizar su matrimonio en la publicación que más le gustaba. Él sabía que no aceptaría que nadie le consiguiera las oportunidades que bien podía lograr por sí sola. En el transcurso de su noviazgo ella había decidido abrir su estudio fotográfico en Lago Tahoe, y trabajar a distancia para *Fundraiser*, algo que complació a su padre y al editor de dicha revista. Pero los planes de trabajo los organizaría bien una vez que volviera de su Luna de Miel en Cabo San Lucas, México. Les hacía ilusión visitar Latinoamérica.

Cesare había comprado la casa de vacaciones en Lago Tahoe para ellos. Acordaron compartir medio año en Estados Unidos y medio año en Italia. Y en el caso de que tuvieran hijos se asentarían en California la mayor parte del año, pues Cesare poco a poco estaba delegando la responsabilidades de los negocios familiares en Europa entre sus tres hermanas.

Las hermanas de Cesare le cayeron bien de inmediato y tomaron a cargo al mujeriego de Damon para presentarle a sus amigas. Su hermano estaba encantado. La abuela de los hermanos Ferlazzo, Odessa, era un cielo. Sus suegros eran acogedores, y congeniaron de inmediato con sus padres. El alboroto, las carcajadas desenfadas y la calidez de los italianos eran contagiosos.

Cesare lo había dispuesto todo para que los amigos y la familia de Kate viajaran sin problemas con todo pagado a Palermo. Los padres de Elizabetta estaban invitados, y cuando se enteraron de la verdad tras el matrimonio con Lavinnia, le dijeron que su gesto solo había demostrado la integridad y el gran corazón que tenía. Él se sintió aliviado al escucharlos, y le causó sorpresa ver que Lavinnia le había preguntado si podía llevar a Leandro al matrimonio. Esperaba que su amiga fuera feliz y algún día le contara cómo había pasado de no dar segundas oportunidades, a enredarse nuevamente con el magnate hijo de *un capo di tutti i capi* de la *Cosa Nostra*.

El matrimonio de los Ferlazzo fue una ceremonia privada realizada en los grandes jardines del *castello* familiar. Solo se invitaron a sesenta personas. Los amigos más íntimos del novio y de la novia.

Colette y Jake estaban emocionados por sus amigos. Daisy y Mijail seguían saliendo juntos y Kate veía buen pronóstico para ellos. Lo que no lograba entender todavía era la dinámica de la relación entre Rexford y Charlie. A diferencia de su tutor y entrenador personal, la guapa tenista no había asistido al matrimonio. Kate esperaba que los conflictos entre ese par se aclararan. Pero ella ya había tenido suficiente con sus líos como para querer meterse en los de otros. Ya se enteraría más adelante.

Kate consideraba que en su vida, finalmente, todo encajaba correctamente. Inclusive el karma. Meses atrás leyó en las noticias que el padre de Gabe, Jefferson Schmidt, había sido condenado a veinte años de cárcel, y su hijo, a la mitad por complicidad. Todo un escándalo, pero luego de leer el artículo del periódico, optó por no interesarse más de esa nauseabunda familia. Ya no importaban.

—No puedo pensar en una pareja más compatible y perfecta que tú y él —le había dicho Colette, mientras le daba un abrazo entre lágrimas antes de la ceremonia. Estaba esperando su segundo bebé con Jake—. Me siento absolutamente feliz por ti. Cesare es un gran hombre.

—Es maravilloso —había comentado con voz soñadora—. ¿Cuándo te has enterado que estabas embarazada?

—Oh, quise contártelo, pero no quería interrumpir tu burbujita, Kate. Hace una semana que lo sé. Estoy de seis semanas apenas.

—Espero que cuando sea madre pueda controlar a mis diablitos, porque si salen como yo...

—Ya tendrás la oportunidad. Y me contarás.

Kate había sonreído con su vestido de corte sirena de Giambattista Valli. Una fantasía en blanco con pedrería de Swarovski. Parecía una reina, y Cesare se había quedado boquiabierto cuando la vio entrar por el camino preparado para que entrara del brazo de Virgil Blansky.

El beso, luego de que los declararan marido y mujer, fue un poquito más largo de lo habitual. Algo que despertó aplausos de los invitados entre las risas de los recién casados. La fiesta se extendió hasta la madrugada.

Días después, los esposos descasaban en las tumbonas frente a la playa de agua transparente y celeste en México. Estaban en la propiedad de un amigo que les había dejado la casa para ellos.

Contemplaban el ocaso, plácidos y relajados.

—Señora Ferlazzo —dijo Cesare girándose hacia ella.

Kate ladeó la cabeza hacia su esposo.

—¿Sí?

—He estado pensando —comentó antes de ponerse de pie y rodear la tumbona de Kate. Se colocó a horcajadas apoyando las manos sobre los brazos del asiento. Su esposa estaba en topless. Era una playa privada y Cesare pretendía hacer de las suyas no solo para complacerse mutuamente, sino para escandalizar un poco a Kate, pues había descubierto que tenía cierta tendencia a sonrojarse cuando él hacía sugerencias subidas de tono en la cama. Algo que él disfrutaba enormemente.

—¿En qué...? —preguntó mirándolo a los ojos.

Él se inclinó para darle un beso largo y profundo hasta que ella suspiró. Cesare quería tomarla en brazos para volver a la habitación de la casa.

—Creo que dijiste que te gustaría tener una familia grande.

Kate se echó a reír, pero pronto se convirtió la risa en un suspiro de deseo cuando su esposo lamió uno de sus pechos, y luego el otro.

—Cesare...

—¿Sí, *dolcezza*? —indagó consciente de que cuando la besaba de esa manera ella perdía la capacidad de hilar las ideas. Tal como le ocurría a él cuando Kate lo tomaba con su boca o cuando lo besaba como si hubiesen estado separados años.

Esos veinte días de Luna de Miel eran para los dos. Sin interrupciones.

—Deberíamos aprovechar para darnos un baño —susurró intentando apartarse, pero no podía. Adoraba las caricias de Cesare.

—¿Tú crees? Deberíamos tener un acuerdo, *amore*.

—¿Un acuerdo conveniente esta vez? Porque, si te pones a pensar, los acuerdos últimamente no me salen tan bien...

—A mí me salen estupendos.

Ella rio y acarició la mejilla de Cesare con dulzura.

—¿Y cuál ha sido el mejor de todos?

—Casarme contigo, por supuesto.

Él tomó los lazos que mantenían en su sitio la parte inferior del bikini de Kate. Los desató.

—¡Cesare...!

Sonrió con picardía.

—Es una playa privada, mi amor. —Tomó la parte inferior del traje de baño y lo lanzó a un lado—. Así que todo lo que hagamos es muy privado.

—¿Y eso qué incluye? —preguntó con una sonrisa y estirando los brazos para colgarlos alrededor del cuello de Cesare y acercarlo a su boca.

—Pues ahora mismo lo vas a ver —replicó antes de besarla de nuevo.

En esa ocasión no volvieron a separarse hasta que el Sol se ocultó del todo y las estrellas del cielo fueron las mismas que sintieron explotar a su alrededor cuando se fusionaron para ser uno solo. Tan libres de cualquier culpa del pasado como sucedía cuando llegaba un amor sincero y correspondido.

Kate estaba segura de que ese día habían empezado a hacer crecer la familia.





## SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indie (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1,200 manuscritos de diferentes géneros literarios de habla hispana de 37 países. Kristel fue la única latinoamericana entre los cinco finalistas del concurso.

La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y es coadministradora del blog literario Escribe Romántica. Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Un acuerdo inconveniente, Lazos de Cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un Capricho del Destino, Desafiando al Corazón, Más allá del ocaso, Un orgullo tonto, entre otras. Revista Hogar, una prestigiosa publicación de Ecuador, la nominó como una de las Mujeres del año 2015 en la categoría Arte por su trabajo literario.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. En su tiempo libre disfruta escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Encuentra más de la autora en su blog: [www.kristelralston.com](http://www.kristelralston.com)